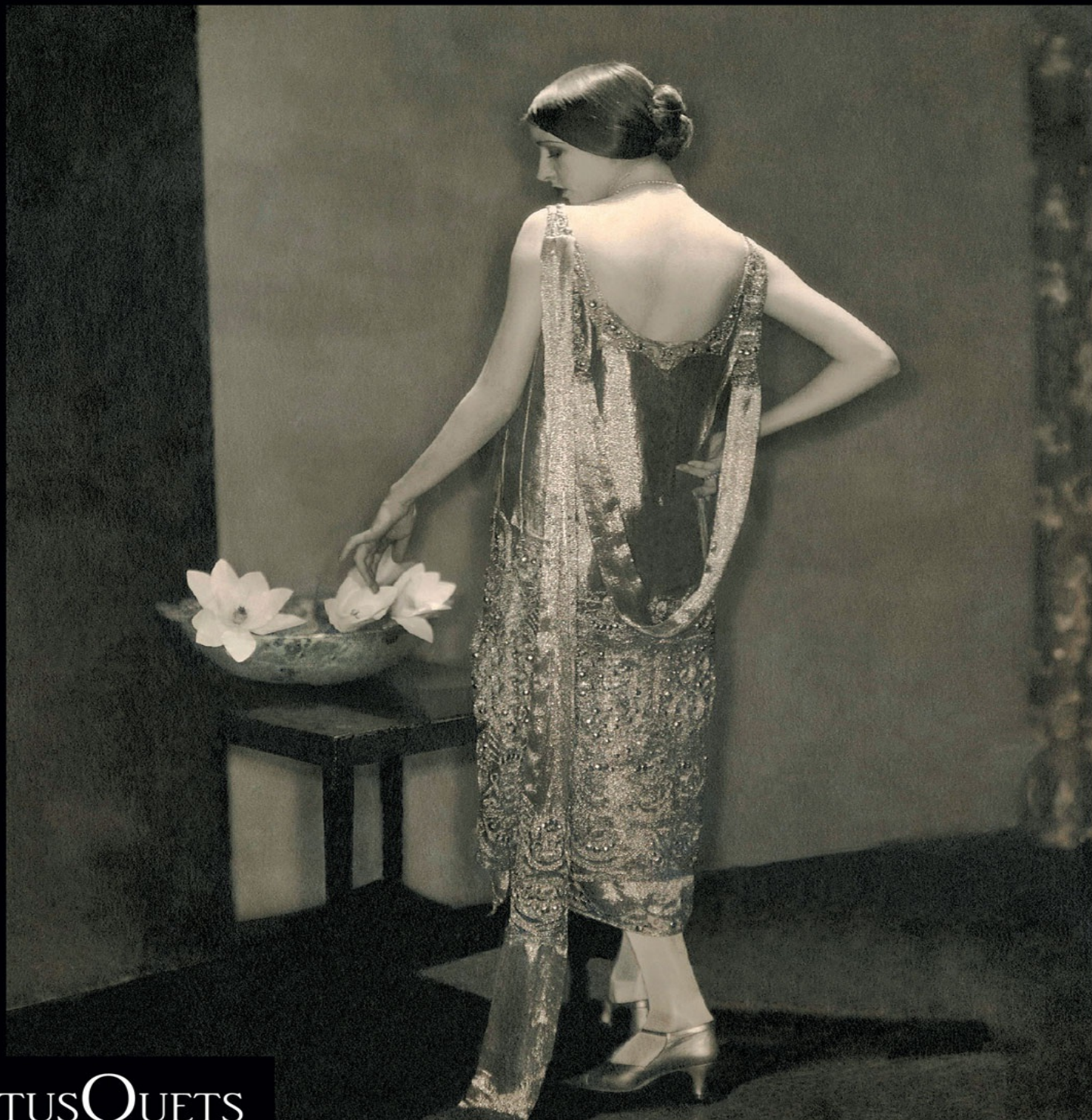


F. SCOTT FITZGERALD TRIMALCIÓN

colección rara avis



TUSQUETS
EDITORES

Índice de contenido

Portadilla

Prólogo, por *Juan Forn*

TRIMALCIÓN

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Trimalción

Colección rara avis

F. SCOTT FITZGERALD
TRIMALCIÓN

Traducido del inglés por Juan Forn

Fitzgerald, F. Scott

Trimalción / F. Scott Fitzgerald. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-670-522-6

1. Literatura. I. Título.

CDD 813

Título original: *Trimalchio*

Traducción de Juan Forn

Todos los derechos reservados

© 2018, Tusquets Editores S.A.

Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: marzo de 2018

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-522-6

Prólogo

Cuenta Petronio que en la Roma de Nerón había un esclavo que daba tan buenos consejos de negocios a su amo, que éste decidió premiarlo con la libertad. El liberto, llamado Trimalción, siguió haciendo buenos negocios por las suyas y se enriqueció de tal manera que lo celebró con un banquete al cual invitó a todos los amigos de su viejo amo ya difunto. La mitad ni lo conocía pero acudió igual. El banquete fue fastuoso, orgiástico, incluso para los parámetros de la Roma de Nerón. A lo largo de la noche los invitados fueron dando rienda suelta a su envidia hasta terminar destrozando todo y prendiéndole fuego a la casa. Entre las ruinas se encontró el cuerpo sin vida de Trimalción.

Diecinueve siglos más tarde, en el año 1922, James Joyce publica su *Ulises*, y nadie en el mundo habla de otro libro: para algunos resume toda la cultura occidental, para otros la dinamita. En la Riviera francesa, Francis Scott Fitzgerald tiene un ejemplar del *Ulises* sobre su escritorio, pero carece de tiempo o de paciencia para leerlo; él mismo está terminando una novela que aspira que sea, para América, lo que es el *Ulises* para Europa: su celebración y su derrumbe. La novela es, por supuesto, *El gran Gatsby*. Pero Fitzgerald le anuncia por carta a su editor que quiere llamarla *Trimalción*: también él quiere para su novela un nombre de resonancias míticas. La historia es famosa; Maxwell Perkins, el editor de Fitzgerald, legendario por su paciencia y delicadeza de santo, fue convenciendo carta a carta al volátil Fitzgerald de cambiarle el título y de hacer, además, ciertos toques en la novela que, según la leyenda, la convirtieron en la obra maestra que es.

La leyenda tiene su razón de ser; Fitzgerald es el anti-Joyce. Donde uno enrulaba cada línea de su texto «para dejar a los críticos discutiendo durante cien años», el otro escribía sin darse cuenta casi de la resonancia de lo que contaba. El *Ulises* tiene más de ochocientas páginas; *Trimalción*, menos de ciento cincuenta. Joyce era capaz de poner por escrito todas las disgresiones que craneaba su cabeza; Fitzgerald no pensaba: su gracia era la del colibrí, su propio vuelo. Eso decía Hemingway: «No sabe adónde va, no sabe cómo vuela, no sabe cuándo es tiempo de migrar, pero nadie vuela como él». El propio Fitzgerald lo reconocía: alguien tenía que pensar por él, siempre. Maxwell Perkins lo hizo y, gracias a él, el *Gatsby* es tal como lo conocemos. Pero la fama del *Gatsby*, el mito alrededor de él, fue creciendo tanto con los años que, finalmente, en la edición Cambridge de las obras completas de Fitzgerald, en el año 2000, se publicó el *Trimalción* tal como era antes de que Scott lo convirtiese en *El gran Gatsby*.

Jay Gatsby, como sabemos, irrumpe de la nada y conquista durante un verano a la sociedad neoyorquina de los años de la Ley Seca, con sus fastuosas fiestas en su fastuosa mansión a orillas del Sound. Todo lo hace para conquistar a una mujer casada que es el amor de su vida, Daisy Buchanan, pero eso nadie lo sabe, así como no se sabe nada de Gatsby: de dónde vino, cómo hizo su fortuna, qué hará a continuación. Al final de cada una de esas fiestas, puede verse a Gatsby solo en su terraza, contemplando la luz verde que titila al otro lado de la bahía, en el amarradero de la mansión donde vive Daisy con su marido. El único que ve esa escena es un joven sin dinero que alquila una cabaña pegada a los fastuosos jardines de Gatsby y que es primo de Daisy. Él es quien propicia el encuentro entre Daisy y Gatsby, el testigo de su pasión clandestina, el que nos cuenta la

novela que, como todos saben, termina con el cadáver de Gatsby flotando boca abajo en su piscina y su mansión abandonada y cubierta de pintadas insultantes, mientras Daisy parte a Europa con su marido polista y millonario.

No sé a ustedes pero lo que a mí me enganchó para siempre del *Gatsby* desde la primera vez que lo leí es ese tránsito de la curiosidad a la fascinación, y de la fascinación al asco por los ricos, que experimenta y nos hace experimentar Nick Carraway, el primo de provincia de Daisy, el vecino pobre de Gatsby, el sapo de otro pozo entre los ricos y famosos de Nueva York, el tipo común y corriente por excelencia. Hombre invisible, confidente perfecto, custodio único de un secreto que a ninguno de los demás personajes le interesa ya, Nick Carraway nos revelará a los lectores por qué vivió y por qué murió Jay Gatsby.

Cuando los fitzgeraldianos más fanáticos están en confianza, reconocen que lo único que quizá le falte a *El gran Gatsby* es un poco de Gatsby, pero siempre se ha dicho que eso es un mérito del libro, aquello que nos lleva a releerlo una y otra vez. Doy fe: a pesar de tener un ejemplar de *Trimalción* en casa, tardé años en leerlo. Prefería releer el *Gatsby*, confiar en Maxwell Perkins, ¿para qué leer una versión imperfecta de un libro perfecto? Cómo me equivocaba.

Dice la leyenda que Perkins creía que era un defecto que, a lo largo de la novela, no se supiera nada del pasado de Gatsby salvo las habladurías sobre él («¡Dicen que mató un hombre! ¡Dicen que se hizo rico vendiendo armas! ¡Dicen que fue espía alemán! ¡Dicen que hizo un acueducto desde Canadá para contrabandear alcohol!») y que convenció a Fitzgerald de que fuera dosificando con astucia información a lo largo del relato. Dice la leyenda que Fitzgerald, de una sentada, fue agregando pinceladas de cinco o diez líneas a lo largo del relato y mandó el libro de vuelta, mágicamente terminado. No es cierto: lo que hizo, además de reescribir por completo los capítulos VI y VII, fue romper y diseminar a lo largo del libro un monólogo excepcional del anteúltimo capítulo de *Trimalción*, donde Gatsby le cuenta a Nick su pasado, en una noche insomne, cuando todavía ignora que ya ha perdido a Daisy y que en pocas horas más perderá también la vida.

El efecto de ese monólogo es monumental: puesto todo junto, en ese momento culminante, es infinitamente más poderoso que desperdigado en dosis homeopáticas, y aligeradas de lirismo, a lo largo del libro. Parece que dijera el doble, y de hecho lo hace, porque lo dice en el momento en que más ávidos estamos por saber y más abiertos estamos a que nos noqueen: el efecto es tan asombroso que, al terminar el *Trimalción*, fui corriendo a buscar mi edición de *Gatsby* y las comparé ambas, línea por línea. Fitzgerald agregó detalles brillantes al *Gatsby* que no estaban en *Trimalción*, pero todos ellos son virtuosas muestras de oficio: mejoran, perfeccionan lo que ya estaba. Lo que sacó, en cambio (en especial ese monólogo inolvidable del capítulo VIII), era intuición pura, loca, lírica, raramente sabia: eso que sólo él podía sacar quién sabe de dónde.

Todo libro esconde su secreto, y ése es el secreto que esconde *Trimalción*. Los fanáticos fitzgeraldianos tienen razón en su añoranza: falta un poco de Gatsby en el *Gatsby*. Pero eso que falta está en este libro. Fitzgerald necesitó toda la vida que alguien pensara por él, pero en este caso era mejor lo que había pensado él mismo: deforme y desequilibrada, su criatura era doblemente bella. Lástima que el bueno de Maxwell Perkins prefiriese una golondrina a un colibrí. Lástima que Fitzgerald creyera más en él que en sí mismo.

JUAN FORN

TRIMALCIÓN

CAPÍTULO I

En los tiernos años de mi juventud, mi padre me dijo algo que me quedó grabado para siempre en la memoria: «Cuando quieras criticar a alguien, recuérdate a ti mismo que no todos en el mundo han tenido tus ventajas».

Eso fue todo, pero como ambos hemos sido inusualmente comunicativos en nuestro estilo reservado, entendí que me estaba diciendo algo esencial. En consecuencia, he tendido a reservarme siempre la opinión, un hábito que hizo que me abrieran su corazón personas de lo más interesantes, y unos cuantos pesados también. La mente anormal es rápida para detectar esa cualidad en personas normales como yo, cuando las encuentra en su camino. En la universidad me acusaban injustamente de cortesano, por conocer las penas y desvelos de compañeros de estudios tan avasalladores como herméticos. Nunca busqué esas confidencias: he simulado sueño, preocupación o indiferencia casi hostil cuando veía venir una revelación íntima, porque las revelaciones íntimas de nosotros los jóvenes, al menos los términos en que las expresamos, suelen ser plagios infames de palabras ajenas, además de padecer de omisiones flagrantes. Reservarme la opinión, en cambio, es una manera de practicar la esperanza. Creo que me perdería algo decisivo de la vida si olvidara por un instante aquello que mi padre me dio a entender de manera tan snob y yo practico de manera igualmente snob: que la decencia viene repartida en forma desigual desde el nacimiento.

Habiéndome jactado así de mi tolerancia, debo confesar también su límite. La conducta humana puede edificarse sobre dura roca o húmedo barro, pero a partir de cierto punto no importa sinceramente qué tiene debajo. Ése era mi estado de ánimo cuando volví del Este el otoño pasado: sólo anhelaba silencio y monotonía; no quería más excursiones de privilegio al corazón humano. Únicamente a Gatsby he eximido de ese veto. A Gatsby, que representaba todo aquello por lo que he sentido siempre absoluto desprecio. Si la personalidad no es más que una sucesión sin pausa de decisiones exitosas, entonces había algo único en Gatsby, una receptividad superior a las promesas de la vida, como si estuviera conectado a una de esas máquinas que registran terremotos a miles de kilómetros de distancia.

No me refiero a esa electricidad nerviosa, dignificada con el nombre de «temperamento creativo». Hablo de otra cosa: de un don extraordinario para la esperanza, una disponibilidad romántica que no he visto en ninguna otra persona y que dudo que vuelva a ver. No fue Gatsby el que desactivó mi interés por las penas y euforias humanas; él resultó de buena madera al final. Fue aquello que lo acechaba, ese polvo tóxico que flotaba en la estela de sus sueños, el culpable.

Mi familia lleva tres generaciones de prosperidad y buena reputación en esa ciudad del Medio Oeste que es mi ciudad natal. Los Carraway somos una especie de clan, hay quien dice que descendemos de los Duques de Buccleuch, aunque el verdadero fundador de nuestro linaje fue el hermano de mi abuelo, que llegó en 1851 a estas costas, tuvo el tino de enviar un sustituto en su lugar a la Guerra Civil y se dedicó de cuerpo entero al negocio de ferretería que mi padre dirige al día de hoy.

Yo no vi nunca a ese tío abuelo, pero dicen que me parezco a él, o al menos a ese retrato suyo que cuelga en la oficina de mi padre. Me gradué en New Haven exactamente veinticinco años después que él y poco después (1915) me sumé a esa reacción colectiva contra el expansionismo teutón, conocida como la Gran Guerra. Fue tan vívida la experiencia que volví transformado al Medio Oeste: ya no me parecía el cálido centro de la tierra sino un rincón perdido del universo. Quería poner proa a la Costa Este, para aprender el negocio de la Bolsa. Toda la gente del Este que conocía estaba en el negocio de la Bolsa, así que me imaginé que habría lugar para uno más. Tíos y tías convergieron en casa para analizar el asunto en conciliábulo familiar y finalmente dieron el sí con expresión grave y vacilante. Mi padre aceptó financiarme por un año y así fue como llegué a Nueva York, con la idea de quedarme para siempre, en la primavera de 1922.

Lo razonable hubiera sido alquilar un cuarto en la ciudad, pero era una primavera sofocante y yo venía de un mundo de amplios jardines y amables arboledas, así que cuando un colega de la oficina me sugirió alquilar una casita juntos en algún pueblo de las afueras de Nueva York, me pareció buena idea. La casa la encontró él, un bungalow de cartón pintado a ochenta dólares mensuales, pero a último momento lo mandaron a Washington, así que tomé posesión de ella solo. Llegué con un Dodge viejo y un perro que se escapó a los pocos días, y una señora finlandesa aparecía todas las mañanas a prepararme el desayuno y murmurar sabios consejos finlandeses mientras adecentaba la casa.

Me sentí sapo de otro pozo los primeros días, hasta que un hombre aun más recién llegado que yo detuvo su coche y me preguntó cómo se llegaba al pueblo. Ya no me sentía forastero cuando seguí mi camino: me sentía un guía, un oriundo, un nativo de la comarca. Como en cámara rápida vi crecer las hojas en los árboles y hacerse más largos los días y sentí que mi vida comenzaría de nuevo con el verano. Tenía tanto para leer y tanta salud para derrochar... Había comprado una docena libros sobre finanzas e inversiones que acomodé en la repisa como si fueran fajos de billetes recién salidos del Banco: sus nobles lomos con letras doradas prometían revelar secretos que sólo Midas, Morgan y Rotschild conocían. El plan era sentarme a leer esos libros y muchos más. Había sido bastante literato en la universidad, incluso tuve a mi cargo durante un año el editorial del *Yale News*; me gustaba leer. Sólo se trataba de recuperar aquel estilo, volver a ser uno más de esos «especialistas en nada», los peores de todos los especialistas, los más falsos. No es una boutade: la vida se ve mejor desde una ventana sola.

Fue por pura casualidad que desembocara en aquella isla, una de las comunidades más peculiares de toda Norteamérica, una lengua de tierra tan angosta como vociferante que se extiende paralela a Nueva York y donde, a la altura del Bronx, se alzan dos promontorios de tierra en forma de óvalos idénticos, separados por una bahía, conocida como la superficie de agua salada más calma de todo el hemisferio occidental, el Long Island Sound. Ni East Egg ni West Egg son óvalos perfectos: como el huevo de Colón, ambos tienen una abolladura donde se tocan. Su semejanza fisonómica ha de ser fuente de perpetua confusión para las gaviotas que les vuelan por encima; para los seres terrestres, en cambio, lo que llama la atención son todas las cosas que los diferencian excepto forma y tamaño.

Yo vivía en West Egg, el lado menos elegante de los dos, aunque ésa es una manera muy superficial de expresar el colorido contraste entre ambos. Mi morada estaba en la mismísima punta del huevo, a sólo cincuenta pasos del agua, apretada entre dos caserones inmensos que se alquilaban a doce mil dólares por temporada. La de mi derecha era una mole colosal desde cualquier punto de vista: una imitación en tamaño real de cierto Hôtel de Ville de Normandía, con una prolijísima barba de hiedra en sus muros, enorme piscina de mármol y más de dos hectáreas de césped cortado por peluqueros. Esa era la mansión de Gatsby. O, para ser más preciso, la

mansión que habitaba un caballero de ese nombre a quien yo aún no conocía. Mi chalecito era un adefesio, pero un adefesio pequeño, como si hubiera sido pasado por alto, cosa que me permitía tener una vista panorámica de la bahía y de los fastuosos jardines que me rodeaban, más una estimulante proximidad con vecinos millonarios, por sólo ochenta dólares al mes.

Bastaba mirar al otro lado de la bahía para ver refulgir en las aguas los palacios del elegante East Egg, y así empieza la historia de aquel verano: la tarde en que me dirigí al otro lado de la isla a cenar con los Buchanan. A Tom Buchanan lo conocía de la universidad; su esposa Daisy era mi prima segunda. Recién terminada la guerra había pasado dos días con ellos en Chicago.

Entre otras proezas físicas, Tom había sido uno de los delanteros más potentes y populares que habían jugado al fútbol universitario, uno de esos titanes que alcanzan a los veintiún años tal excelencia deportiva que todo lo que viene después es una especie de anticlímax. Su familia era enormemente rica (ya en el colegio secundario era tema de conversación la manera en que Tom gastaba dinero), pero su traslado de Chicago al Este había superado todos los parámetros: sin ir más lejos, se había traído todos los petisos de polo que poblaban su caballeriza en Lake Forest. Era casi inconcebible que alguien de mi propia generación fuese tan rico.

Por qué se instalaron allí Tom y Daisy, no lo sé. Antes habían pasado un año en Francia sin saber qué buscaban exactamente, y luego vagaron sin sosiego de aquí para allá, deteniéndose en cada lugar donde hubiera caballos de polo y millonarios como ellos. Habían llegado al Sound para quedarse, me dijo Daisy por teléfono, pero no le creí: dijera lo que dijere el corazón de mi prima, su marido iba a seguir en perpetuo movimiento, porque lo que anhelaba, lo que añoraba, era la adrenalina de sus hitos de juventud.

De manera que una tarde agradablemente tibia partí hacia East Egg a ver a esos dos viejos amigos a los que apenas conocía. La casa era más pretenciosa de lo que esperaba, una mansión colonial en blanco y rojo, con vista a la bahía. El gigantesco jardín iba de la playa hasta las puertas de la galería e incluía relojes de sol, senderos de grava y macizos florales. Al llegar a la casa el césped parecía envolverla en forma de coquetas enredaderas. En el frente, había una serie de puertas ventana abiertas de par a par a la brisa de la tarde. Allí me esperaba Tom Buchanan parado con las piernas abiertas, en impecable ropa de montar.

Había cambiado desde sus años de universidad. Ahora era un robusto treintañero de pelo castaño, duro semblante y modales al borde de lo despectivo. Su arrogante mirada seguía siendo el centro de su cara y seguía haciendo retroceder a su interlocutor. Ni siquiera el corte femenino del pantalón de montar disimulaba la enorme potencia de ese cuerpo: parecía llenar las botas hasta casi reventar las costuras, y lo mismo pasaba con la masa muscular debajo de la camisa. Era un cuerpo capaz de todo, un cuerpo cruel.

Su áspera voz de tenor completaba el cuadro. Había un toque paternal de menosprecio en ella, incluso con aquellos que le caían bien, y desde sus tiempos universitarios eran legión quienes lo odiaban. Pero él se limitaba a pensar: «Lo siento, no puedo evitar parecer más fuerte y más hombre que todos ustedes». En la universidad estuvimos en la misma fraternidad; nunca fuimos íntimos pero siempre tuve la impresión de que me aprobaba y de que incluso quería caerme bien, a su manera recia y altanera.

Tom decidió que debíamos conversar unos instantes en la galería antes de entrar.

—Como verás, me conseguí un buen lugar —dijo abarcando con la mano el enorme jardín e incluso la lancha que flotaba junto al amarradero—. Pertenece a Demaine, el petrolero —me informó. Luego giró abruptamente y dijo: —Vamos adentro.

Entramos en un enorme ambiente rosado, unido frágilmente a la casa por ventanales. La frescura del pasto parecía continuar adentro y las cortinas blancas flotaban como banderas,

rozando las rosadas molduras del techo y produciendo en la alfombra el mismo efecto que el viento hace sobre la superficie del mar.

El único objeto inerte en todo el ambiente era un enorme sofá sobre cuyo respaldo asomaban dos jovencitas como si espieran el paisaje desde un globo. Las dos estaban de blanco; sus vestidos eran casi inmateriales y parecían haberse posado sobre sus cuerpos después de flotar por toda la casa. Debo de haber permanecido unos instantes contemplando los efectos del viento hasta que, con un ruido sordo, Tom cerró las ventanas y las cortinas y las muchachas se depositaron suavemente en la superficie.

Nunca había visto a la más joven de las dos. Estaba desparramada sobre el sofá en completa inmovilidad, con el mentón en alto, como si sostuviera algo a punto de caer. Si me vio por el rabillo del ojo no dio la menor señal; de hecho, terminé murmurando una disculpa por interrumpir sus actividades. La otra ocupante del sofá era Daisy y su intento por incorporarse desembocó en una carcajada tan absurda como encantadora, que me hizo reír a mí también y avanzar hacia ellas.

—Estoy *paralizada* de felicidad —dijo y siguió riéndose como si hubiera dicho una agudeza mientras tomaba mi mano, me miraba a los ojos y decía que no había nadie en el mundo a quien quisiera ver más que a mí. Así era Daisy.

También susurró el nombre y apellido de su compañera pero no alcancé a oír más que Baker. Se decía que Daisy hablaba en susurros sólo para hacerse la misteriosa y lograr que la gente se inclinara más hacia ella, pero eso no la hacía menos encantadora. Baker me saludó con un casi imperceptible movimiento de cabeza, casi de los párpados, y retomó su inmovilidad, como si el objeto que sostenía su mentón hubiera amenazado caer. Estuve a punto de pedirle que me considerara invisible, ésa es la clase de efecto que tiene sobre mí cualquier manifestación de autoconfianza.

Daisy empezó a hacerme todo tipo de preguntas en su inimitable estilo. Había algo musical en su voz, que casi formaba en el aire las notas que la componían antes de deshacerse. Los rasgos de su cara se complementaban de una manera adorable, había fulgor en sus ojos y pasión en su boca, pero era la voz lo que resultaba difícil de olvidar después, a todo hombre que la conocía: una compulsión cantarina, una complicidad en el susurro, la promesa de que había estado haciendo hasta recién cosas fascinantes, y que la próxima hora auguraba todo tipo de cosas fascinantes.

Le conté que había hecho una parada en Chicago, camino a Nueva York, y que una docena de personas le mandaban saludos.

—¿Me extrañan? —dijo ella encantada.

—Dejaste desolada la ciudad. Todos los coches pintaron de negro la rueda de auxilio en señal de duelo y todas las noches se oye un lamento ululante desde las aguas, a todo lo largo de la costa.

—¡Qué hermoso! Volvamos, Tom. ¡Mañana! —y como si de pronto volviera en sí, agregó: — Tienes que ver a la bebé.

—Me encantaría.

—Está durmiendo, ahora. Ya cumplió tres. ¿Nunca la viste?

—Nunca.

Tom había estado en movimiento perpetuo desde que habíamos entrado. Ahora me apoyó una mano en el hombro, y la dejó ahí mientras preguntaba:

—¿Qué has estado haciendo, Nick?

—Trabajo en la Bolsa.

—¿Con quién?

Mencioné el nombre de mi empleador.

—Nunca lo oí nombrar —dijo él.

Me irritó un poco.

—Ya oirás hablar de él. Si te quedas en el Este.

—Nos quedaremos, créeme —dijo Tom, mirando a Daisy y volviendo de inmediato la mirada hacia mí, como si temiera perderse algo—. Sería un idiota si viviera en cualquier otra parte.

A lo que Baker agregó:

—Absolutamente.

Lo dijo con tal convicción que no sólo me tomó por sorpresa a mí (era la primera palabra que le oía pronunciar desde que habíamos entrado con Tom) sino que ella misma se asombró también, por lo que procedió a bostezar e incorporarse.

—Estoy a punto de fosilizarme. Llevo *décadas* echada en ese sofá.

—A mí no me mires —le retrucó Daisy—. Estuve toda la tarde tratando de convencerte de ir a la ciudad.

—Terminantemente prohibido —dijo Baker, esquivando la bandeja de cócteles que se acercaba a nosotros—. Estoy entrenando.

Tom la miró con incrédulo desdén.

—¡Se nota! —dijo, y alzó una copa de la bandeja y se la bebió como si hubiera habido sólo una gota en el fondo—. Lo que me supera realmente es cómo logras lo que te propones.

Yo miré a Baker y me pregunté qué sería lo que se proponía y cuánto de eso lograba. Me gustó mirarla. Era esbelta, grácil y bien proporcionada, caminaba muy erguida, como un cadete. Sus ojos grises se cruzaron con los míos en recíproca curiosidad, mientras el resto de su cara mantenía una imperturbable languidez. Tuve la impresión de que había visto su cara en alguna foto de los diarios.

—Vives en West Egg, ¿verdad? —me estaba diciendo ella, como si le hablara al aire—. Conozco a alguien que vive allá.

—No conozco a nad...

—No puedes no conocer a Gatsby.

—¿Gatsby? —dijo Daisy—. ¿Qué Gatsby?

Antes de que yo pudiera comentar que era mi vecino anunciaron que la cena estaba lista. Tom me agarró del brazo imperativamente y me arrastró como quien mueve de casillero una pieza de ajedrez, mientras las damas flotaban por delante de nosotros hacia la galería, donde había una mesa impecablemente servida con velas, mirando hacia el atardecer.

—A quién se le ocurre, velas —dijo Daisy, apagándolas una a una con dos dedos—. En dos semanas será el día más largo del año. —De golpe giró hacia nosotros y dijo: —¿Ustedes también se la pasan esperando el día más largo del año y después se olvidan y se lo pierden, todos los años igual?

—Podríamos planear algo para este año —dijo lánguidamente Baker, y se sentó a la mesa como si se acostara en una cama.

—Gran idea —dijo Daisy—. ¿Qué plan? ¿Qué planes hace la gente en estos casos? —dijo volviéndose hacia mí.

No me dio tiempo a contestar. Su meñique había acaparado toda su atención.

—¡Oh, no, me lastimé! Miren.

Todos miramos su meñique. Estaba amoratado.

—Fue tu culpa, Tom —dijo Daisy acusadoramente—. Ya sé que no quisiste hacerlo, pero lo hiciste igual. Eso me pasa por haberme casado con un bruto, con un salvaje y voluminoso espécimen de...

—Va a llover mañana —dijo Baker mirando al cielo—. ¿Cuánto apuestas, Tom? ¿Veinticinco

dólares?

—Yo apuesto siete —dijo Daisy—. Es lo que me debe este salvaje y voluminoso espécimen...

—Odio la palabra voluminoso —dijo Tom—. Incluso en chiste.

—Voluminoso —le dijo Daisy.

Durante la cena, Daisy y Baker superponían sus voces una encima de la otra con una despreocupación tan flagrante y etérea como sus vestidos blancos y sus miradas vacías de todo anhelo. Estaban ahí, y aceptaban nuestra compañía, sólo para entretener y ser entretenidas. Sabían que la cena terminaría en breve y la noche también, tan distintas de como eran en el Medio Oeste, donde una velada va arrastrándose de etapa en etapa rumbo a su fin, en anticipación perpetuamente fallida o en tensión creciente hasta su decepcionante desenlace.

—Me haces sentir incivilizado —le confesé a Daisy después de segunda copa—. ¿No podríamos hablar de cosechas o algo así?

—La civilización se está cayendo a pedazos —dijo Tom sentenciosamente—. Imposible no ser pesimista. ¿No leyeron *El ascenso de los imperios de color*, de ese tipo Goddard?

—Ehhh, no —contesté, sorprendido de que Tom hubiera leído algo.

—Pues deberías leerlo. Todos deberían leerlo. La idea es que, si no la protegemos, la raza blanca será destruida. Está probado científicamente.

—Tom se está poniendo profundo —dijo Daisy con desilusión—. Lee libros sesudos, llenos de palabras difíciles. ¿Cómo era esa palabra que...?

—Son libros científicos —insistió Tom, mirándome con impaciencia—. Este tipo Goddard ha llegado al fondo del asunto. Depende de nosotros como raza dominante vigilar que las otras razas no alcancen el control.

—Debemos aplastarlos —susurró Daisy parpadeando.

—O mudarnos a California —dijo Baker, pero Tom la interrumpió reacomodándose ruidosamente en su silla.

—La idea es que somos nórdicos. Tú y tú y yo y... —Luego de una pausa infinitesimal incluyó a Daisy en el grupo y se volvió de nuevo hacia mí: —Somos nosotros los que hemos producido todas las cosas que hacen funcionar una civilización, la ciencia y el arte y todo eso, ¿me sigues?

Había algo patético en su convicción, como si su arrogancia de siempre ya no alcanzara. Entonces sonó el teléfono en alguna parte de la casa y el mayordomo partió en esa dirección. Daisy aprovechó para susurrarme al oído:

—Te voy a contar un secreto familiar. Es sobre la nariz del mayordomo. ¿Quieres que te cuente?

—A eso vine esta noche.

—Bueno, parece que no fue siempre mayordomo; antes era lustrador de platería de una gente de Nueva York que tenían una vajilla para doscientos invitados. De la mañana a la noche se la pasaba lustrando hasta que le afectó el olfato y...

—Las cosas fueron de mal en peor —acotó Baker sin mirarme.

—Eso. De mal en peor hasta que tuvo que dejar el puesto.

El último rayo de sol se posó con ternura en su rostro. La voz de Daisy me atraía hacia ella para no perderme palabra. La luz del día se fue apagando tal como los niños abandonan la calle cuando oscurece. El mayordomo reapareció y murmuró algo al oído de Tom, que empujó hacia atrás su silla y se levantó de la mesa. Como si su ausencia facilitara las cosas, Daisy se inclinó hacia mí y recuperó su melodioso ánimo.

—Estoy feliz de tenerte en mi mesa, Nick. Eres como una rosa. ¿No te parece? —preguntó a

Baker—. ¿No es como una rosa perfecta?

Nada menos cierto. No me parezco ni remotamente a una rosa. Daisy sólo se estaba dejando llevar, tratando de que la calidez que venía de su corazón se colara en su susurro cantarino. Pero de pronto dejó caer la servilleta sobre el plato, se excusó y nos dejó solos en la mesa. Baker y yo cruzamos una mirada que evitaba toda expresión. Yo estaba a punto de decir algo cuando ella me chistó: un murmullo apasionado llegaba hasta nosotros desde el interior de la casa y Baker intentaba escuchar sin ningún pudor. Por un momento el rumor pareció hacerse inteligible pero luego cesó.

—Ese Gatsby que mencionaste antes es mi vecino —dije, por decir algo.

—Shhh. Déjame escuchar qué pasa.

—¿Está pasando algo?

—¿No lo sabes? Creí que todo el mundo lo sabía.

—No sé nada.

—Hmm —dijo ella sin convencerse del todo—. Parece que Tom tiene una fulana en Nueva York.

—¿Una fulana?

—Podría tener al menos la decencia de no llamarlo a la hora de la cena, ¿no te parece?

Antes de que pudiera reaccionar oímos pasos y Tom y Daisy volvieron a la mesa.

—Un compromiso impostergable, perdonen —dijo Daisy con una sonrisa tensa—. Me asomé al jardín recién y está muy romántico. Creo que vi un ruiseñor, ha de haber venido de polizón en algún transatlántico de la Cunard o la White Star, y estaba cantando tan románticamente... ¿No es romántico, Tom?

—Muy romántico —contestó él y con el mismo tono me dijo: —Cuando terminemos aquí quiero que veas algo en las caballerizas.

El teléfono volvió a sonar adentro, como un intruso. Daisy miró significativamente a Tom y el tema de las caballerizas y todo otro tema de conversación se evaporó en el aire. Alguien encendió las velas y yo luché con la necesidad de mirar francamente a los ojos a todos y al mismo tiempo evitar sus miradas. Ignoraba qué estaban pensando Tom y Daisy; creo que ni siquiera Baker, a pesar de su mundana indiferencia, era capaz de ignorar la metálica urgencia de aquel quinto huésped en nuestra mesa. Ciertos temperamentos habrían sentido intriga por la situación; mi reacción instintiva hubiera sido llamar a la policía.

Huelga decir que las caballerizas no fueron mencionadas nuevamente. Tom y Baker enfilaron hacia la biblioteca separados por varios metros de penumbra, como si los convocaran distintos propósitos, mientras yo seguía a Daisy a través de las puertas que daban al jardín. Su tristeza era visible cuando nos sentamos en unas reposeras de mimbre. Se cubrió el rostro con las manos como si necesitara palpar su belleza, y luego dirigió su mirada hacia la oscuridad. Para alejarla de sus turbulentas emociones intenté interesarme en su hijita.

—No nos conocemos demasiado, Nick. Aunque seamos primos. Ni siquiera viniste a mi casamiento.

—Estaba en la guerra, Daisy.

—Es cierto. —Dudó un instante y luego confesó: —Estoy pasando una mala temporada; me he convertido en una cínica.

Evidentemente tenía sus razones. Esperé sus siguientes palabras pero ella no dijo nada, así que insistí con el tema de su hijita.

—Ya habla, supongo.

—Oh, sí, claro —contestó distraídamente—. ¿Quieres saber lo que dije cuando nació? ¿Te

interesa?

—Muchísimo.

—Te demostraré lo que siento acerca de todo. No había pasado una hora del parto, Tom estaba vaya a saberse dónde. Desperté de la anestesia casi sin fuerzas y le pregunté a la enfermera si era varón o niña. Cuando me dijo que era una niña di vuelta la cabeza y lloré. Y me dije: «Está bien, me alegra que sea una niña. Y ojalá sea una tonta. Es lo mejor que le puede pasar a una niña en este mundo: ser hermosa y tonta». Estarás pensando que es terrible lo que digo. Pero todas las personas que conozco piensan lo mismo. Lo sé. He estado en todas partes, lo he visto todo. —Sus ojos centellearon desafiantes, casi como los de Tom, y luego rio con desprecio. —¡Qué sofisticada soy! Oh, Dios, qué sofisticada.

Cuando su voz se apagó, y con ella cesó mi suspensión del juicio, advertí la flagrante falsedad de lo que había dicho. Me sentía muy incómodo, como si toda la velada hubiera sido una puesta en escena para obtener cierta reacción de mi parte. Esperé en silencio, pero un instante más tarde Daisy ya se había recompuesto y me dirigió un mohín de rampante coquetería, que daba a entender a las claras la existencia de una selecta sociedad secreta a la que ella y Tom y sólo unos pocos más pertenecían.

La biblioteca refulgía de luz. Tom y Baker estaban sentados en extremos opuestos del mismo sofá. Ella le leía en voz alta y sin inflexiones un cuento del *Saturday Evening Post*. La luz de las lámparas se reflejaba en las botas de montar de él, hacía aun más otoñal el tono del cabello de ella y daba un satinado irreal a las páginas de la revista que sostenía en sus brazos exquisitamente dorados. Cuando nos vio entrar nos hizo guardar silencio con un dedo en alto.

—... y continuará en el próximo número —recitó. Luego dejó caer la revista sobre la mesa, se puso de pie con elasticidad y, como si hubiera leído la hora en el techo, dijo: —Las diez. Hora de que este cuerpito se vaya a la cama.

—Jordan tiene torneo mañana —me explicó Daisy—. En Westchester.

De pronto entendí por qué me era familiar su rostro. Se trataba de Jordan Baker, la golfista. Había visto muchas veces sus soberbias facciones en fotos que ilustraban sus triunfos en Ashville, Hot Springs y Palm Beach. Había oído también una historia desagradable sobre ella, pero ya no la recordaba.

—Hasta mañana —nos dijo con voz ronroneante—. Despiértenme a las ocho, por favor.

—Si logras levantarte.

—Me levantaré. Buenas noches, Carraway; nos estamos viendo.

—Por supuesto que sí —dijo Daisy—. Yo me encargaré de eso. Tienes que volver a visitarnos, Nick. Y los encerraré a ambos en el armario de la ropa blanca, o los empujaré mar adentro en un bote, esa clase de cosas.

—Que conste que no he oído una palabra —dijo Jordan Baker desde la escalera.

—Es una buena chica —dijo Tom instantes más tarde—. No deberían dejarla andar por ahí así.

—¿Quiénes no deberían? —preguntó Daisy secamente.

—Su familia.

—Su familia es una tía de mil años. Además, Nick cuidará de ella a partir de ahora. ¿Verdad que lo harás, Nick? Va a estar aquí todo el verano. Creo que serás una buena influencia para ella.

Daisy y Tom se contemplaron en silencio largamente.

—¿Es de Nueva York? —pregunté yo.

—No, de Louisville. Pasamos juntas la infancia. Nuestra maravillosa, inmaculada...

—¿Tuviste tu charla íntima con Nick allá afuera? —preguntó Tom de golpe.

—¿La tuve? —dijo ella—. No me acuerdo. Creo que hablamos de la raza nórdica. Sí, eso hicimos. El tema se nos impuso solo y cuando quisimos darnos cuenta...

—No creas todo lo que escuchas, Nick —me aconsejó Tom.

Yo comenté con falsa despreocupación que no había escuchado nada y unos minutos más tarde me levanté para volver a casa. Ambos me acompañaron hasta la puerta y permanecieron uno al lado del otro bajo la luz del porche mientras yo subía a mi auto. Cuando arranqué el motor Daisy gritó:

—¡Espera! Olvidé preguntarte algo importante. Alguien me dijo que te habías comprometido con una chica allá.

—Es cierto —corroboró Tom—. Eso oímos por ahí.

—Una calumnia. Soy demasiado pobre.

—Pero se lo oímos decir a tres personas —dijo Daisy, abriéndose de nuevo como una flor—, de manera que debe ser cierto.

Por supuesto sabía bien a qué se referían, pero dicho compromiso era inexistente. De hecho, una de las razones por las que había partido hacia el Este era por esos chismes. Uno no deja de salir con una vieja amiga por esa causa, pero yo no tenía la menor intención de terminar casado por culpa de chismes.

Me conmovió el interés de Tom y Daisy, hasta me hizo verlos menos inalcanzables en su riqueza, aunque no por eso se aplacó mi incomodidad mientras volvía a West Egg. Lo que pensaba era que Daisy debía irse cuanto antes de esa casa con su niña en brazos, cosa que no tenía la menor posibilidad de suceder. En cuanto a Tom, que tuviera una fulana en Nueva York me resultaba menos sorprendente que el hecho de que hubiera leído un libro entero hasta el final, como si a su tosco egoísmo ya no le alcanzara con los estímulos habituales y necesitara hincar el diente en ideas rancias.

El verano ya se podía palpar a mi alrededor mientras pasaba con el auto delante de las posadas y tiendas al costado del camino. Cuando llegué a mi bungalow bajé y me senté un rato sobre una cortadora de pasto abandonada. El viento había dejado de soplar, la noche era apacible, se oía un rumor de alas en los árboles y los fuelles de la tierra hacían croar a las ranas su canto de vida. La silueta de un gato pasó fugazmente a mi costado y, al volver la vista, descubrí que no estaba solo: a unos veinte metros de distancia, en el enorme jardín vecino, una figura había emergido de las sombras y estaba parada con las manos en los bolsillos, contemplando la pimienta plateada de las estrellas. Algo en la soltura de sus movimientos y la confiada pose de su cuerpo me hizo pensar que se trataba del mismísimo Gatsby, evaluando qué porción de los cielos era suya.

Estuve a punto de acercarme. Mencionaría a Jordan Baker, eso bastaría como presentación. Pero no llegué a hacerlo; entendí que Gatsby prefería estar solo cuando vi que tendía los brazos hacia las aguas oscuras de la bahía. A pesar de la distancia me pareció que temblaba. Dirigí la mirada hacia donde apuntaban sus brazos, pero no alcancé a distinguir más que una luz verde titilando en la lejanía, seguramente en el extremo de un muelle. Cuando volví a mirar a Gatsby, ya se había ido, dejándome a solas en aquella inquietante oscuridad.

CAPÍTULO II

A mitad de camino entre West Egg y Nueva York, la carretera se acerca y corre paralela a las vías del tren durante un kilómetro, como buscando compañía en esa zona tan desolada. Es un valle de cenizas, un territorio fantasma donde la ceniza crece como el trigo de la tierra y forma colinas, hondonadas, grotescos jardines de ceniza con sus casas y chimeneas humeantes, y en un esfuerzo final y trascendente incluso moldea hombres de ceniza, que vagan difusos y a punto de deshacerse en el aire polvoriento. De tanto en tanto un auto se acerca por el camino, baja de velocidad con un ronco gruñido y se detiene para cargar combustible, y de inmediato lo rodean hombres de ceniza, con grises trapos en la mano, y la nube de polvo que producen oculta de nuestra vista lo que hacen.

Pero por encima de la tierra gris y las ráfagas de polvo que soplan constantemente velan los ojos del Dr. TJ Eckleburg. Los ojos del Dr. Eckleburg son azules y gigantes: sus pupilas tienen un metro de alto. No hay cara; sólo un enorme y circular armazón de anteojos que se apoyan en una nariz inexistente. Algún oculista megalómano creyó que ese autohomenaje acrecentaría su clientela en Queens; al parecer las cosas no salieron como él quería, pero sus ojos, despintados día tras día por el sol y la lluvia y el viento y el polvo, siguen velando solemnemente sobre aquel basural. Cuando se alza el puente levadizo para dar paso a los transbordadores, los pasajeros del tren pueden contemplar hasta cansarse ese paisaje desolador. Esa espera fue la razón por la cual conocí a la amante de Tom Buchanan.

En cada lugar donde lo conocían era sabido que Tom tenía una amante. A todos les fastidiaba que se apareciera con ella en los antros de moda y se las dejara en la mesa mientras se iba a charlar con cualquiera en la barra. Aunque el asunto me daba un poco de intriga no tenía el menor deseo de conocerla, pero Tom me la hizo conocer igual, un domingo en que íbamos juntos a la ciudad. Cuando el tren paró delante del basural, se puso de pie de un salto y literalmente me arrastró fuera del vagón.

—Parada técnica —dijo—. Quiero que conozcas a mi chica.

Había bebido bastante en el almuerzo y su determinación rozaba la violencia. Me ofendió esa arrogante confianza en que yo no tuviese nada mejor que hacer un domingo a la tarde. Pero igual lo seguí, más allá de la valla despintada de la estación, bajo la mirada vigilante del Dr. Eckleburg. La única construcción a la vista era un bloque de ladrillo amarillento en medio de la nada. Uno de los tres locales estaba en alquiler, en otro había una cafetería abierta toda la noche, el tercero era un taller mecánico con un tosco cartel que decía:

George B. Wilson
Compro-Vendo Autos

Tom entró; lo seguí. El interior era miserable y estaba casi desierto; sólo se veía un viejo Ford destartado y cubierto de polvo a un costado y una oficinita encristalada al fondo. Creí que todo aquello era una fachada que ocultaba unos suntuosos y románticos departamentitos arriba, pero entonces vi venir hacia nosotros al propietario, limpiándose las manos en un trapo grasiento. Era

un hombre ceniciento, anémico, sin espíritu. En sus opacos ojos grises hubo un destello de reconomiento cuando nos vio.

—¡Wilson, viejo amigo! —dijo Tom, palmeándole jovialmente el hombro—. ¿Cómo anda el negocio?

—No me puedo quejar —dijo Wilson sin convicción—. ¿Cuándo va a venderme ese auto?

—La semana que viene. Mi mecánico está en eso.

—Un poco lento su mecánico, ¿no?

—En absoluto —dijo Tom fríamente—. Pero si opina así, quizá me busque otro comprador para ese auto.

—No, no quise decir eso —se apuró a balbucear Wilson—. Sólo que...

Su voz se apagó mientras Tom miraba impacientemente en torno. Entonces oímos pasos por la escalera y una mujer de rotunda figura bloqueó la luz que venía de la oficina. Ya había pasado los treinta y su cuerpo enfundado en un vestido azul a lunares tenía algunos kilos de más, pero los llevaba con la sensualidad que caracteriza a ciertas mujeres. No había nada delicado ni hermoso en sus facciones pero su cuerpo tenía una vitalidad más que perceptible, como si todos los nervios de su organismo palparan a la vez. Pasó por delante de su marido como si él fuera un fantasma y tendió una mano a Tom mirándolo fijamente a los ojos. Entonces se humedeció los labios y, sin darse vuelta, le dijo a Wilson, en voz ronca y suave:

—Trae unas sillas, que los caballeros quieren sentarse.

—Sí, por supuesto —dijo él y corrió a la oficina, fundiéndose de inmediato con el color gris de las paredes. Un polvo ceniciento cubría su pantalón, su camisa y su cabello, tal como opacaba todo lo que nos rodeaba excepto a su esposa, que se acercó aun más a Tom.

—Quiero verte —dijo él—. Sube al tren.

—De acuerdo.

—Te espero en el puesto de diarios de Penn Station.

Ella asintió y le dio la espalda mientras Wilson salía de la oficina con dos sillas.

La esperamos en el andén de la estación, lejos de la vista de curiosos. Faltaban pocos días para el 4 de julio y un niño escuálido y demacrado estaba encendiendo petardos contra la valla del otro lado de las vías.

—Terrible lugar, ¿no? —dijo Tom, cruzando una mirada con el Dr. Eckleburg.

—Espantoso.

—Le va a hacer bien salir un poco.

—¿Su marido no tiene inconveniente?

—¿Wilson? Cree que ella va a ver a su hermana a Nueva York. Es tan idiota que no se da cuenta si está vivo o muerto.

Así fue cómo Tom y yo y su chica partimos juntos a Nueva York. O no del todo juntos: la señora Wilson se sentó discretamente en otro vagón. Al menos esa deferencia tenía Tom Buchanan por los vecinos de East Egg que pudiera haber en el tren.

La señora Wilson se había cambiado de vestido: ahora llevaba uno de muselina estampada que le apretaba un poco las caderas cuando se nos unió frente al puesto de diarios de Penn Station. Pidió a Tom que le comprara un ejemplar de *Town Tattle* y luego nos detuvo en la farmacia porque necesitaba una crema y un perfume. Una vez afuera dejó pasar cuatro taxis hasta que vio uno que la satisfacía. Era de color lavanda, con tapizados en gris. En él partimos rumbo al sol resplandeciente que iluminaba las calles. Pero casi enseguida ella golpeó el vidrio que nos

separaba del conductor e hizo frenar el vehículo:

—¡Quiero uno de esos perritos! —dijo—. Para el departamento. ¿No son tiernos?

El taxista retrocedió unos metros hasta dejarnos frente a un viejo absurdamente parecido a John D. Rockefeller, que llevaba una canasta colgada al cuello, llena de cachorritos de origen indiscernible.

—¿De qué raza son? —preguntó la señora Wilson cuando el viejo se acercó hasta la ventanilla.

—Tengo de todo. ¿Qué raza le interesa?

—Me gustaría un pastor alemán bien grandote. Supongo que no tiene de esos.

El hombre miró el contenido de su canasta y alzó uno de los cachorros por el pellejo.

—Eso no es un pastor alemán —dijo Tom.

—No exactamente. Al menos no es alemán —reconoció el viejo—. Pero mire este hermoso pelaje —y pasó la mano por el lomo castaño como si le sacara lustre—. Le garantizo que este pelaje es a prueba de resfríos.

—¿Qué tierno es! —dijo la señora Wilson—. ¿Cuánto cuesta?

El viejo miró admirativamente el cachorro que colgaba de su mano.

—Diez dólares por este hermoso ejemplar.

El dudoso ejemplar (que evidentemente tenía sangre cruzada porque sus patas eran blancas) cambió de manos y fue a parar al regazo de la señora Wilson, que se puso a acariciarlo embelesada.

—¿Es macho o hembra? —preguntó casi para sí.

—Macho, sin duda.

—Es hembra —corrigió Tom con fastidio—. Aquí tiene su dinero. Ahora vaya y cómprese diez cuscus como ése.

El taxi volvió a arrancar. Tom pidió que fuéramos por la Quinta Avenida. Casi no se veía gente por la calle, sólo había sol y tibieza, el paisaje era casi pastoral; creo que no me habría sorprendido si hubiera visto aparecer un rebaño de ovejitas doblando por la esquina.

—Detenga el taxi —dije de pronto—. Perdonen, pero tengo que dejarlos.

—No se detenga. El señor sigue con nosotros —dijo Tom al instante—. Vas a ofender a Myrtle si no vienes a conocer el departamento. ¿No es cierto, Myrtle?

—Cierto —dijo ella mirándome—. Si quieres, puedo llamar a mi hermana y decirle que venga. La gente que sabe dice que es hermosa.

El taxi siguió calle arriba hasta dejar atrás el Central Park. En la 158 frenó delante de una serie de departamentos gemelos, angostos como porciones de budín. Luego de dedicarle un vistazo de orgullo a su vecindario, la señora Wilson alzó su cachorro y demás pertenencias y se internó en sus dominios. Cuando subíamos en el ascensor dijo:

—Voy a invitar a los McKees. Y a mi hermana, por supuesto.

El departamento estaba en el último piso. Tenía un living pequeño, un dormitorio pequeño y un baño más pequeño aun. El living estaba atestado de muebles demasiado grandes, en falso estilo francés, de manera que era imposible moverse sin tropezar a cada paso con un gobelino o una pastora de porcelana. Había un solo cuadro en las paredes, que a primera vista parecía el retrato de una gallina sobre una roca y lentamente iba convirtiéndose en el rostro de una corpulenta dama de Versailles debajo de su peluca. Vi varios números viejos de *Town Tattle* y otros pasquines de chismes sobre una mesa baja. Lo único que desvelaba a la señora Wilson era su perrito. Mandó al ascensorista a traerle un cajón relleno de paja y un poco de leche, a lo que él agregó por propia iniciativa una caja de galletas para perros, una de las cuales estuvo descomponiéndose

apáticamente en el plato de leche durante el resto de la tarde. Mientras tanto, Tom había sacado una botella de whisky de un aparador y estaba sirviendo tragos para todos.

Me he emborrachado sólo dos veces en mi vida, y una de ellas fue esa tarde, así que todo lo que recuerdo flota en una nebulosa aunque a las ocho de la noche el departamento siguiera recibiendo de lleno el sol. Sentada en la falda de Tom, la señora Wilson invitó a varias personas por teléfono, después descubrió que no quedaban cigarrillos y yo bajé a comprar. Cuando volví, la feliz pareja había desaparecido, así que me senté discretamente en el living y me leí una entrega completa de *Simon llama a Peter*, que era pésima o había quedado así distorsionada por el whisky, porque no le vi ni pies ni cabeza.

Justo cuando reaparecieron Tom y Myrtle (con quien ya nos tuteábamos después del primer whisky), el departamento empezó a llenarse de gente. La hermana de Myrtle era una chica esbelta y mundana que rozaba los treinta. Se llamaba Catherine, tenía una melinita pelirroja y un maquillaje que acentuaba su piel lechosa. Llevaba las cejas depiladas y dibujadas con delineador, lo que daba un aspecto inquietante a su expresión. Iba y venía con un tintineo incesante de las pulseras que cubrían sus antebrazos. Se movía como si el departamento fuera su casa, pero cuando le pregunté se rio a carcajadas y cuando repetí la pregunta me dijo que vivía con una amiga en un hotel.

El señor McKee resultó ser un hombrecito pálido y afeminado que vivía en el piso de abajo. Un resto de espuma seca debajo de su oreja indicaba que acababa de afeitarse. Saludó a todos los presentes con solemnidad y dijo que se movía en «el ambiente del arte»; supuse que era fotógrafo y que era el responsable del incalificable retrato de la mamá de la señora Wilson que ahora flotaba como un ectoplasma en la pared. Su esposa era estridente, lánguida, bonita y horrible. Me dijo con orgullo que su marido la había fotografiado ciento veintisiete veces desde que se habían casado.

Myrtle se había cambiado; ahora lucía un rebuscado vestido de noche en chiffon color crema que acompañaba con un continuo frufú sus movimientos por la habitación. El nuevo atuendo había producido un cambio en su personalidad. Su corporalidad, tan patente en el taller de su marido, había virado a una imponente altanería. Su risa, sus gestos, sus comentarios fueron haciéndose cada vez más afectados y, a medida que su carácter se expandía, el departamento se iba reduciendo cada vez más, hasta que me pareció simplemente una caja en la cual una muñeca giraba sobre su eje en el aire lleno de humo.

—Mi querida —le dijo en cierto momento a su hermana, a un volumen atronador—, todos en esta ciudad van a tratar de engañarte todo el tiempo. Porque aquí todos piensan sólo en el dinero. El otro día vino una mujer a hacerme los pies y, cuando me presentó la cuenta, quería cobrar como si me hubiera extirpado el apéndice.

—¿Me puedes pasar el nombre? —pidió la señora McKee—. Llevo años buscando una buena pedicura.

—Se hace llamar Eberhardt, especialista en pies ajenos a domicilio.

—Me encanta tu vestido —dijo la señora McKee—. Es absolutamente adorable.

Myrtle rechazó el cumplido con un desdeñoso revolear de ojos.

—Es un trapo viejo. Me lo pongo sólo cuando no me importa cómo me veo.

—¡Pero te hace una figura espléndida! Si Chester pudiera fotografiarte en esa pose, estoy segura de que sería cosa seria.

Todos miramos en silencio a Myrtle; ella se apartó un bucle de los ojos y nos devolvió una sonrisa radiante a todos. El señor McKee se puso a estudiarla intensamente con la cabeza ladeada y luego hizo unos movimientos en el aire con sus manos.

—Yo cambiaría un poco la luz, para resaltar los rasgos de su cara. Y le recogería el pelo.

—¡En absoluto! —dijo su esposa—. Todo está...

Su marido la hizo callar y permanecimos contemplando a Myrtle en silencio hasta que Tom bostezó sonoramente y se puso de pie.

—Sírvanse una copa. Myrtle, trae más hielo y soda antes de que tus invitados se duerman.

—Pedí que me subieran hielo hace más de dos horas —dijo Myrtle y condenó con un suspiro de hastío la vagancia de las clases bajas—. ¡Qué gente! Hay que estarles encima constantemente.

Luego de soltar una risa sin sentido mirándome, desvió su atención al cachorrito que jugueteaba a sus pies, lo besó repetidas veces y partió a la cocina, como si allí la esperara un batallón de chefs pendiente de sus órdenes.

—He hecho algunos trabajitos en Long Island —estaba diciendo el señor McKee.

Tom lo miró inexpresivamente.

—Tengo dos de ellos enmarcados en mi departamento.

—¿Dos qué?

—Dos paisajes. Los bauticé «Montauk. Gaviotas» y «Montauk. Mar».

La hermana de Myrtle se sentó a mi lado en el sofá.

—¿Tú también vives en Long Island? —quiso saber.

—Sí, pero en West Egg.

—¿En serio? Estuve allí hace poco, en una fiesta. En lo de un tipo llamado Gatsby. ¿Lo conoces?

—Es mi vecino.

—Dicen que es sobrino o primo del Kaiser Guillermo. De ahí viene su dinero.

—¿Ah, sí?

Ella asintió con solemnidad.

—A mí me da miedo. Me aterrará que se fijara en mí.

El apasionante flujo de información sobre mi vecino fue interrumpido por la señora McKee, que dijo señalando a Catherine:

—Chester, creo que podríamos hacer algo con ella.

Pero el señor McKee sólo asintió con desgano y siguió dedicándole toda su atención a Tom.

—Me gustaría seguir haciendo cosas en Long Island, si lograra acceso. Todo lo que pido es una invitación.

—Hable con Myrtle —dijo Tom y estalló en una carcajada cuando la vio entrar con una bandeja—. Ella le redactará una carta de presentación. ¿Lo harás, querida?

—Hacer qué —dijo ella con inquietud.

—Le harás al señor McKee una carta de presentación para tu marido, así puede ir a hacerle unos retratos. —Disfrutó por un instante la expectativa y agregó: —«George B. Wilson. Taller» o algo así.

Catherine se me arrimó al oído y me susurró:

—Ninguno de los dos soporta a la persona con la que se ha casado.

—¿De veras?

—No los soportan —repitió, y miró a Tom y luego a Myrtle. —Lo que yo digo es: ¿por qué siguen casados si no los aguantan? Yo que ellos ya me habría divorciado y estaría en pareja con quien amo realmente.

—¿Myrtle no soporta a Wilson?

La respuesta vino de un lugar inesperado y fue violenta y obscena: Myrtle había estado escuchando.

—¿Lo ves? —me dijo Catherine, triunfal. Y volvió a bajar la voz: —Es la esposa de él la que lo impide. Es católica, no acepta el divorcio.

Daisy no era católica. Me impresionó lo rebuscado de la mentira.

—Cuando logren casarse —continuó Catherine—, nos iremos a la Costa Oeste hasta que pase la tormenta.

—Creo que sería más discreto ir a Europa.

—¿Te gusta Europa? —dijo ella sorprendida—. Yo acabo de volver de Montecarlo.

—¿De Montecarlo?

—Fui con una amiga, el año pasado.

—¿Cuánto tiempo estuvieron?

—Sólo fuimos a Montecarlo y volvimos. Llegamos con mil doscientos dólares al casino, pero nos desplumaron al segundo día. Se nos hizo un poco complicado el retorno, créeme. ¡Dios mío, cómo odio ese lugar!

El atardecer titiló por un momento en la ventana como un duende mediterráneo, hasta que la chillona voz de la señora McKee rompió el encantamiento.

—Yo también estuve a punto de cometer un terrible error. Casi me caso con un judío que me persiguió durante años. Todos me decían: «Lucille, ese hombre está muy por debajo de ti». Pero si no hubiera conocido a Chester, estoy segura de que habría terminado con aquel judío.

Myrtle levantó de pronto su cabeza y dijo:

—Al menos no te casaste con él. Yo, en cambio, lo hice. Esa es la diferencia entre tú y yo.

—¿Por qué lo hiciste, Myrtle? —preguntó su hermana—. Nadie te obligó.

Ella se quedó pensando.

—Porque pensé que era un caballero. Creí que era de buena cuna, y no sirve ni para lamerme los zapatos.

—Al principio estabas loca por él.

—¿Loca? —repitió Myrtle incrédula—. No sentía nada por él. Sentía menos que lo que siento por ese hombre —dijo señalándome. Todos me miraron acusadoramente. Traté de que mi expresión dejara en claro que yo tampoco sentía nada por Myrtle. —El único momento en que estuve loca fue cuando acepté casarme con él. Pero ya sabía que era un error. Tuvo que pedir un traje prestado para casarse y no se atrevió a confesármelo. El que se lo prestó apareció por casa a buscarlo, así me enteré. «¿Es suyo ese traje? Primera noticia que tengo», le dije. Pero se lo devolví igual. Luego me tiré en la cama y lloré toda la tarde.

—Debería dejarlo de una vez —me dijo Catherine en voz baja—. Lleva once años viviendo en esa pocilga. Y Tom es el único amante que ha tenido.

La segunda botella de whisky corría de mano en mano. Tom llamó al portero y lo mandó a traer unos sándwiches que eran famosos en el vecindario. Doy fe: eran toda una cena.

Lo único que yo quería era irme de ahí, caminar hacia el parque en la luz del crepúsculo. Pero cada vez que trataba de levantarme algo me enredaba en otra estúpida conversación que me mantenía pegado a la silla. El reflejo del atardecer en las ventanas de aquel departamento del sexto piso contribuía a acrecentar el secreto que flotaba sobre la ciudad a los ojos de los paseantes anónimos que iban por las calles. Yo era uno de ellos, mirando hacia arriba con intriga. Estaba adentro y afuera, ahí arriba y allá abajo, fascinado y asqueado por la inagotable variedad de la vida.

Myrtle acercó su silla a la mía y su aliento caliente susurró en mi oído cómo se había conocido con Tom:

—Íbamos sentados frente a frente en esos taburetes rebatibles que siempre son los últimos

asientos en ocuparse en cada vagón. Yo iba a Nueva York a visitar a mi hermana, pensaba a pasar la noche allá. Él estaba de traje y sus zapatos lustrados me hipnotizaron. No podía sacarles la vista de encima, aun sabiendo que él me estaba mirando todo el tiempo. Cuando llegamos salió del vagón a mi lado, podía sentir el aroma a limpio de su camisa. Le dije que me obligaría a llamar a un policía si no me dejaba tranquila, pero él se dio cuenta de que estaba mintiendo. Estaba tan excitada que cuando subimos juntos a un taxi pensaba que estaba bajando a tomar el subte. Lo único que oía en mi cabeza era una vocecita que decía: «No se vive para siempre. No se vive para siempre».

Luego de que su risa tronara en la atestada habitación se volvió hacia la señora McKee.

—Mi querida —le dijo—, voy a darte este vestido en cuanto me lo saque y me voy a comprar uno nuevo. Voy a hacer una lista de todo lo que me voy a comprar. Necesito una permanente y un masaje y un collar para el perro y uno de esos ceniceros con resorte que se tragan las colillas y un hermosa corona fúnebre con una cinta de seda negra para la tumba de mi madre. Tengo que anotar todo para no olvidarlo.

Eran las nueve de la noche. Un instante después ya eran las diez. El señor McKee dormía en un sillón con los puños apretados contra su pecho, como en una fotografía forense. Saqué mi pañuelo y le limpié el resto de espuma de afeitarse que me había estado molestando toda la tarde. El cachorro estaba echado sobre la mesa, entre los vasos y botellas, mirando extraviado el aire lleno de humo. La gente desaparecía y volvía a aparecer, hacía planes para ir a algún lado, se perdía y volvía a encontrarse a escasos metros, esquivando muebles. Cerca de la medianoche Tom y Myrtle empezaron a discutir acaloradamente. El motivo era si ella tenía o no derecho a mencionar el nombre de Daisy.

—¡Daisy! ¡Daisy! ¡Daisy! —gritaba la señora Wilson—. ¡Lo repetiré todas las veces que quiera!

Casi sin moverse, Tom le dio vuelta la cara de un cachetazo.

Un instante después todo era un revuelo de toallas ensangrentadas y voces airadas de mujer y, por encima de la confusión, un interminable aullido de dolor. El señor McKee se despertó y caminó como un sonámbulo hacia la puerta. A mitad de camino se detuvo y miró alrededor: vio a la señora McKee y a Catherine yendo y viniendo a los tumbos con distintos artículos de primeros auxilios en las manos, mientras la inconsolable Myrtle seguía sangrando e intentando cubrir con las páginas de un *Town Tattle* el tapizado del sofá en donde yacía. El señor McKee retomó su camino hacia la puerta. Yo manoteé mi sombrero de arriba de una lámpara y lo seguí.

Un instante después estábamos en el ascensor.

—Debe venir a almorzar con nosotros algún día —dijo el señor McKee.

—Adónde.

—Adonde usted quiera.

—Retire la mano de la palanca, señor —dijo el ascensorista.

—Perdón —dijo el señor McKee con dignidad—. No me di cuenta.

Un instante después me encontraba de pie junto a su cama. Él se había metido vestido entre las sábanas y abrazaba una carpeta llena de fotos.

—Soledad... Bella y Bestia... Puente de Brooklyn... Mercado de Frutas... —decía en sueños.

Un instante después me descubrí dormitando en un banco de Penn Station, mirando de lejos los titulares del *Herald Tribune* y esperando la salida del tren de las cuatro de la mañana.

CAPÍTULO III

La música que llegaba de la mansión de mi vecino no se detuvo durante todo el verano. Hombres y mujeres iban y venían como luciérnagas por los jardines azulados, el burbujeo del champagne competía con el de las estrellas en el cielo. De día podía ver desde mi casa a las huéspedes sumergiéndose en el agua desde el muelle o tomando sol en la arena tibia de la playa, mientras dos lanchas surcaban las aguas del Sound arrastrando en esquíes acuáticos a los más arriesgados, entre surtidores de espuma. Durante los fines de semana, el Rolls Royce del dueño de casa se convertía en un taxi que llevaba y traía gente de la ciudad. Había además una camioneta que se encargaba de los que llegaban en tren a la estación.

Los lunes, ocho sirvientes y dos jardineros reparaban los desmanes de las noches anteriores. Todos los viernes llegaban cajones y cajones de naranjas y limones de una frutería de Nueva York, y cada lunes partían por la puerta trasera todos esos limones y naranjas, en pirámides de cáscaras exprimidas. Había una máquina en la cocina que podía extraer el jugo de doscientas naranjas en media hora, si el botón de arranque era presionado doscientas veces por el dedo de un servicial empleado. Al menos una vez a la semana llegaba una legión de proveedores que alzaba una carpa y convertía los jardines de Gatsby en un enorme árbol de Navidad. Las mesas del buffet destellaban con todo tipo de entremeses con ahumados y mariscos, ensaladas de diseño arlequinesco y carnes transformadas por arte de magia en oro oscuro. Había una barra abastecida con alcoholes tan diversos que la mayoría de las huéspedes femeninas era demasiado joven para conocerlos.

La orquesta llegaba a las siete de la tarde, y no era un tímido ensamble de cinco integrantes sino un elenco completo, con oboes, trompetas, cellos, saxos, timbales y platillos. Los últimos bañistas volvían de la playa y se iban a cambiar arriba, los coches de Nueva York estacionaban de a cinco en fondo a lo largo de la entrada, los salones y la galería y los jardines bullían de vestidos multicolores, melenitas cortadas a la moda y mantones jamás vistos en Manila. La barra estaba atestada de gente y las botellas circulaban de mano en mano por los jardines hasta que el aire se saturaba de gritos y risas, de insinuaciones casuales, presentaciones olvidadas al instante y de entusiastas reencuentros entre personas que ignoraban el nombre de sus interlocutores.

A medida que la Tierra se alejaba del sol, las luces del jardín se hacían más brillantes y la orquesta intensificaba sus ritmos y la cacofónica ópera de voces subía una octava. Las risas se hacían más pródigas a cada minuto, los grupos se formaban y disolvían a mayor velocidad, los recién llegados se integraban a la dinámica al instante, chicas hermosas derivaban con confianza entre los invitados más estáticos, por un intenso y feliz instante se convertían en el centro de un grupo y luego, excitadas por el triunfo, se volvían a internar en la marea de caras y voces y luces de todos los colores.

Una de esas gitanas envuelta en trémula gasa manoteaba de pronto un cóctel en el aire, se lo bebía de un trago, subía a la plataforma y se ponía a bailar sola moviendo los brazos como si fueran serpientes. El director de orquesta adaptaba el ritmo de la melodía a los movimientos de la danzante y un rumor erróneo corría de boca en boca, informando que esa chica era la reemplazante de Gilda Gray en las Ziegfeld Follies. La fiesta había comenzado.

La primera noche que asistí a una de esas fiestas creo que fui de los pocos que habían sido formalmente invitados. La gente no necesitaba invitación para ir a lo de Gatsby: sencillamente iba. Se subían a sus coches, enfilaban hacia Long Island y terminaban en su puerta. Una vez allí encontraban a alguien que conocía a alguien que conocía a Gatsby y, a partir de ese momento, adoptaban las reglas de conducta de los visitantes a un parque de diversiones. A veces llegaban y se iban sin haber visto a Gatsby ni de lejos. Venían por la fiesta, con una simpleza de corazón que alcanzaba y sobraba como salvoconducto de acceso.

Yo, en cambio, había sido invitado de verdad. Un chofer de uniforme azul apareció por mi jardín un sábado a la mañana y me entregó una nota caligrafiada de su patrón: decía que sería un honor para él si podía asistir esa noche a un pequeño ágape. Decía también que me había visto varias veces a la distancia y se había propuesto saludarme pero una peculiar combinación de circunstancias lo había impedido. Y firmaba con rebuscada rúbrica: Jay Gatsby.

En el único traje blanco que tenía me dirigí a las siete en punto al jardín vecino y vagué incómodo durante media hora entre una marea humana que no había visto en mi vida. Intenté encontrar a mi anfitrión para agradecerle, pero las dos o tres personas a quienes pregunté me contemplaron con tal estupor y negaron con tal vehemencia todo conocimiento de su paradero, que terminé dirigiéndome a la barra, el único lugar de la fiesta donde un hombre solo no llamaba la atención.

Mi propósito era emborracharme por pura vergüenza cuando Jordan Baker salió a la galería y se apoyó en la balaustrada de mármol contemplando con desdeñosa sorna el espectáculo en el jardín. Fuera bienvenido o no por ella, yo necesitaba arrimarme a alguien mínimamente familiar antes de que empezara a hacer papelones frente a desconocidos.

—¡Holaaa! —rugí, abriéndome paso hacia ella. Mi voz me resultó bastante desconocida. Jordan me miró, o más precisamente miró a mi costado.

—Imaginé que quizás estarías aquí —dijo—. ¿Sigues viviendo al lado?

Y sin transición me tomó del brazo, como prometiéndome que en un minuto se encargaría de mí, mientras seguía conversando con dos chicas en vestidos gemelos amarillos que se habían detenido delante de ella.

—¡Cuánto lamentamos que no pudieras ganar! —dijeron a coro. Se referían al torneo de golf cuya final había perdido Jordan la semana anterior. —Seguramente no nos recuerdas, pero nos presentaron aquí, hace un mes.

—Veo que se tiñeron el pelo —dijo ella, y yo ya me preparaba a alejarme cuando las gemelas siguieron su ronda y se abalanzaron sobre una mujer orquídea, sentada majestuosamente bajo un ciruelo majestuosamente florecido.

—¿Sabes quién es esa? —me preguntó Jordan.

Con un chispazo de reconocimiento identifiqué a la misteriosa dama; era una diva del mundo del cine.

—El hombre a su lado es el director de sus películas —me explicó Jordan—. Acaba de casarse; salió en todas las revistas.

—¿De casarse con ella?

—No seas ingenuo. —Luego de una pausa agregó: —Mira a esos inglesitos.

Eran cerca de una docena, todos impecablemente vestidos y todos con un trago en la mano; cada uno de ellos conversaba con intensidad con hombres que parecían banqueros, o magnates del cine, o meros millonarios interesados en acciones, o seguros, o coches último modelo, o lo que fuera que vendieran aquellos inglesitos. Se les notaba que olían en el aire el aroma del dinero fácil y que se creían alegremente capaces de apoderarse de él si decían las palabras adecuadas.

No era de noche todavía pero ya había salido la luna; su fulgor parecía obra de los mismos que habían instalado las luces y servido las mesas. Del brazo de Jordan bajé al jardín, esquivamos una bandeja llena de copas que se abalanzó sobre nosotros y logramos sentarnos a una mesa, junto con las gemelas de amarillo y tres caballeros que se presentaron uno tras otro con el mismo murmullo ininteligible.

—¿Vienen seguido a estas fiestas? —preguntó uno de los Señores Murmullo a las gemelas.

—La última fue cuando nos presentaron a Jordan, aquí presente —contestó ella mirándonos a nosotros, y luego se volvió hacia su compañera: —Tú me trajiste, ¿verdad, Lucille?

Lucille la había traído, efectivamente.

—Me encanta venir —nos dijo—. No importa lo que haga, siempre la paso bomba. La última vez que vine se me rasgó el vestido con una silla y él averiguó mi dirección y a la semana recibí un paquete de Croirier con un vestido nuevo.

—¿Te lo quedaste? —preguntó Jordan.

—¡Por supuesto! Iba a usarlo esta noche pero me queda un poco largo. Está enteramente bordado. Averigüé y cuesta doscientos setenta y cinco dólares.

—¿No es un poco raro que un sujeto se comporte así? —dijo la otra gemela—. Se ve que no quiere tener problemas con nadie.

—¿Quién? —pregunté estúpidamente.

Las dos gemelas contestaron a coro:

—¡Gatsby!

Una de ellas agregó:

—Escuché por ahí que... —Y sus cabecitas y la de Jordan se unieron como si estuvieran conspirando. De pronto Lucille se echó para atrás:

—¿Estás diciendo que *mató* a un hombre?

Los tres Señores Murmullo pararon la oreja sin disimulo.

—Estoy diciendo que fue espía durante la Guerra.

Uno de los Murmullo afirmó vigoroso con la cabeza:

—Eso mismo oí decir yo, a un hombre que lo sabe todo acerca de él. Crecieron juntos en Alemania —agregó bajando la voz.

—Eso es imposible —dijo la otra gemela—, porque peleó de nuestro lado en la guerra. —Y cuando sintió que había recuperado la atención de toda la mesa agregó: —Mírenlo cuando él cree que nadie lo está mirando, y van a ver. Podría *jurar* que mató a un hombre.

Y entornó los ojos y simuló un escalofrío. Lucille también se estremeció. Los demás dirigimos nuestra mirada a la galería en busca de Gatsby. Su ausencia alimentaba aun más la especulación romántica que suscitaba. Incluso aquellos que no creían en chismes bajaban la voz y paraban la oreja cuando se mencionaba el nombre de Gatsby.

Ya estaban sirviendo la primera cena (habría otra más, avanzada la noche). Jordan me llevó adonde estaba su grupo. Ocupaba una mesa en un extremo tranquilo del jardín. Eran tres parejas casadas y el escolta de Jordan, un jovencito universitario muy pagado de sí, convencido de que tarde o temprano ella iba a entregarle en mayor o menor medida su persona. En lugar de sumarse al descontrol de la fiesta, el grupo de Jordan se esforzaba por conservar cierta dignidad homogénea, como si se adjudicara la función de representar a la sobria nobleza de East Egg frente a los advenedizos de West Egg y la ciudad.

Los varones de la mesa (a uno de ellos lo conocía de los tiempos de la universidad) hablaban todos con acento de Oxford; de a poco fui notando que no lo consideraban una impostación.

—Mi hijo mayor ya está anotado en Eton y Groton —dijo el que yo conocía—. Aunque quizá

termine enviándolo a Andover. No quiero que me salga creído.

—Buena idea —contesté—. ¿Por qué no enviarlo entonces a una escuela pública en Nueva York?

Mi amigo se rio por toda respuesta.

—Hace poco me crucé en una fiesta con esas dos que se te acercaron a conversar —dijo el pretendiente de Jordan—. Dios, qué tedio.

—¿Quiénes? —preguntó Jordan distraídamente.

—Las gemelas de amarillo. Preferiría pasar la tarde en un colegio de monjas.

—Tienes un poco de razón —comentó ella—. Nosotras somos la clase de chicas con las cuales te diviertes y ellas son la clase de chicas con las que te casas.

Dicho esto, Jordan miró a todos con una sonrisa perfectamente hueca, se echó hacia atrás en la silla y, sin dejar de sonreír, alzó la cara hacia el cielo nocturno. De pasada me dijo al oído:

—Vámonos de aquí.

Me hizo poner de pie y explicó a la mesa que íbamos a saludar a nuestro anfitrión, o mejor dicho a presentarme, ya que era mi primera invitación a lo de Gatsby. El pretendiente de Jordan sonrió cínicamente y miró hacia otro lado.

Primero fuimos a la barra, que explotaba de gente, pero Gatsby no estaba allí. Tampoco lo vimos por las escaleras ni en los jardines ni en la galería. Nos aventuramos por una puerta de aspecto importante y nos encontramos con una biblioteca de proporciones góticas, seguramente transportada por entero (tanto la ornamentada carpintería como todo su contenido) desde algún castillo en ruinas al otro lado del Atlántico.

Un borracho de mediana edad, con enormes ojos de lechuza detrás de sus anteojos, estaba sentado en un sillón, contemplando con vacilante concentración los anaqueles de libros. Cuando nos oyó entrar se abalanzó a nuestro encuentro, contempló sin pudor a Jordan de arriba abajo y luego preguntó imperativamente:

—¿Qué piensan de esto?

Su brazo hizo un amplio movimiento que abarcó todo el ambiente.

—No hace falta que verifiquen; ya lo hice yo. Son todos de verdad.

—¿Los libros?

—Absolutamente auténticos. Tienen páginas, están todas escritas: no hay truco. Al principio pensé que eran un decorado. Pero son de verdad. Miren.

Se abalanzó a uno de los estantes y volvió hacia nosotros con el Tomo Nueve de las *Conferencias Completas* de John Lawson Stoddard.

—¿Ven? Perfectamente auténtico, a la altura de un Belasco: un triunfo de la puesta en escena. Fíjense; las páginas del libro están sin cortar. ¿Qué debemos pensar? ¿Qué quiere él que pensemos?

Me arrancó el libro de las manos y lo volvió a su lugar en los estantes murmurando que, si movíamos un solo ladrillo, toda la habitación se nos caería encima.

Luego quiso saber quién nos había traído a la isla.

—¿O vinieron por las tuyas? A mí me trajeron. A la mayoría los trajeron.

Jordan lo miraba tan divertida como en guardia, sin contestarle una palabra.

—A mí me trajo una señora Roosevelt —dijo él—. Casada con un tal Claude Roosevelt. ¿La conocen? Me crucé con ella hoy, en algún momento; no podría decir cuándo porque llevo una semana borracho. Me pareció que sentarme un rato frente a estos libros me despejaría un poco.

—¿Y funciona?

—Un poco, creo. Todavía no estoy seguro. ¿Les dije de los libros ya? ¿Les dije que son libros

de verdad?

—Sí, nos dijo, muchísimas gracias —le contestamos, y le dimos solemnemente la mano y abandonamos la biblioteca.

En el jardín ya habían empezado a bailar. Hombres viejos arrastraban en círculos sin gracia a muchachas en flor, parejas de mediana edad seguían tortuosamente la melodía de moda pero se mantenían en los bordes de la pista y, en el centro, un gran número de chicas solas bailaban tan desenfadadamente que aliviaban de protagonismo a la orquesta.

—Amo las fiestas grandes —dijo Jordan—. Son tan íntimas... En las fiestas pequeñas no hay la menor privacidad. ¿Qué tal lo estás pasando?

—¿A tu lado? Espléndidamente.

Hacia la medianoche la hilaridad general aumentó. Un popular tenor había cantado en italiano, luego fue el turno de una cantante de jazz y, entremedio, algunos anónimos hacían sus numeritos en el jardín despertando vacuos estallidos de risa que ascendían al cielo. Las gemelas de amarillo resultaron ser actrices e hicieron un acto en que simulaban ser bebés, mientras los mozos servían champagne en copas tan altas que parecían botellas. La luna había ascendido en el cielo y formaba un triángulo plateado en las aguas del Sound, que se agitaban levemente por el estruendo metálico de la orquesta.

Yo seguía con Jordan. Habíamos desembarcado en una mesa junto a un hombre de mi edad y una ruidosa muchacha que a la menor provocación soltaba una risa incontrolable. Me sentía bastante a gusto, luego de dos de esas copas de champagne. La escena delante de mis ojos había virado: ahora era una ceremonia significativa, profunda, ancestral.

—Tu cara me resulta familiar —dijo tentativamente mi compañero de mesa—. ¿Puede ser que estuvieras con la Primera División durante la guerra?

—Sí. En el Séptimo de Infantería.

—Sabía que nos conocíamos de algún lado. Yo estuve en el Noveno hasta junio de 1918.

Conversamos un rato sobre húmedos pueblos franceses en la niebla y pasamos rápido a la posguerra. Evidentemente él vivía en la isla porque me contó que acababa de comprar un hidroavión y planeaba probarlo en la mañana.

—¿Quieres sumarte, camarada? El plan era sobrevolar un poco la costa, nomás.

—¿A qué hora?

—A la hora que te quede bien.

Ya estaba a punto de preguntarle su nombre cuando Jordan no pudo ocultar más su sonrisa y dijo:

—¿Encontraste un amigo?

Yo me volví a mi camarada de armas y expliqué:

—Es una fiesta un poco inusual para mí. Todavía no logré encontrar al anfitrión para agradecerle. Vivo al lado —y señalé el límite invisible donde comenzaba mi pequeño jardín—. Este tipo Gatsby mandó a su chofer con la invitación y...

Mi interlocutor me miró alzando una ceja.

—Yo soy Gatsby.

—¿Cómo? ¡Oh, no, mil perdones!

—No es para alarmarse, camarada. No soy el mejor de los anfitriones, lo sé.

Por alguna razón me lo había imaginado mayor y con algunos kilos de más. Si bien teníamos casi la misma edad, no había en él ni una gota de inmadurez. La escrupulosidad casi absurda de sus modales contrastaba con la ligereza informal con que hablaba y me sonreía. Aun así, era evidente que elegía con mucha precisión las palabras. Casi al instante un mayordomo se

materializó de la nada y le avisó que tenía una llamada de Chicago. Gatsby se excusó con una elegante reverencia y dijo:

—Lo que necesiten, sólo pídanlo. Ahora sabrán perdonarme. En unos minutos estaré de vuelta con ustedes.

Cuando nos dejó solos miré a Jordan inquisitivamente, pero ella pudo notar que Gatsby no me había caído nada mal.

—¿Te parece que fue a Oxford?

—¿Tienes algún problema con los que fueron a Oxford?

—No. Simplemente no creo que haya ido.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Simplemente no le creo.

Algo en su tono me hizo recordar a las gemelas: *Podría jurar que mató a un hombre*. Pero antes de que lograra averiguar a qué se debía la sospecha de Jordan, el director de la orquesta golpeó con su batuta el atril hasta lograr un poco de silencio.

—Damas y caballeros, a pedido del señor Gatsby vamos a ejecutar ahora la pieza del señor Vladimir Epstín que tanto revuelo produjo en el Carnegie Hall en mayo pasado. Si leyeron los diarios sabrán a qué clase de revuelo me refiero —dijo y obtuvo una carcajada general del público—. La pieza se titula «Historia Jazzeada del Mundo según Vladimir Epstín» —agregó con pomposidad.

Los integrantes de la orquesta se miraron con sonrisas condescendientes hasta que el director alzó su batuta, y no sé si fue el champagne, pero durante los quince minutos siguientes quedé galvanizado en mi silla.

Sé tan poco de música que sólo soy capaz de relatar sus efectos, lo que demuestra qué clase de paladar tengo. No me animaría a decir que sonaba como música prehistórica puntuada por ecos marciales de himnos cristianos que la acercaban a nuestra era. Empezó con un clamor envolvente de bronces, luego vino un vendaval percusivo que coloreó todo lo que siguió, hasta que el tema central se abrió camino por entre el estruendo. En cuanto uno empezaba a familiarizarse con la melodía entraba una nueva disonancia que la reformulaba hasta que uno terminaba rindiéndose a su hipnótica imprevisibilidad. Lo único que puedo decir es que, cuando la orquesta se detuvo, la música siguió sonando en mi cabeza. Todavía hoy, cuando recuerdo aquel verano, ésa es la música de fondo.

Bajo los efectos de ese aquelarre musical miré alrededor y vi a Gatsby en lo alto de la balaustrada contemplando a sus invitados. Me pregunté si lo que lo diferenciaba de todos nosotros era que no tenía una copa en la mano, pues a medida que aumentaba la fraternidad general él parecía cada vez más solitario. Hermosas muchachas apoyaban sus cabezas en el hombro de sus compañeros de baile, las más atrevidas se dejaban caer en brazos de desconocidos descontando que no las dejarían caer al piso, pero nadie se acercaba a Gatsby, ninguna melenita reposaba contra su hombro, nadie le tarareaba melodías en el oído.

—¿Quién es él, exactamente? —pregunté a Jordan—. ¿De dónde viene? ¿A qué se dedica?

—No tengo la más remota idea.

—Nadie irrumpe de la nada y se compra un palacete como este y logra arrastrar hasta aquí a tanta gente de la ciudad.

—Gatsby sí.

—Pero debe tener un pasado. Dime simplemente que viene de los arrabales de Galena, Illinois, o de algún lugar semejan...

—Disculpen.

El mayordomo de Gatsby se había materializado a nuestras espaldas.

—Señorita Baker, el señor Gatsby necesita hablar a solas con usted sobre un asunto importante.

—¿Conmigo? —se sorprendió Jordan.

—Sí, madame.

Ella se puso de pie con lentitud, me dedicó una mirada de perplejidad y siguió al mayordomo hacia adentro. Llevaba su vestido de noche como si fuera ropa deportiva: había tal soltura en sus movimientos, que uno no podía menos que pensar que había aprendido a caminar en una cancha de golf en el rocío de la mañana.

Me quedé solo y pronto se hicieron las dos de la mañana. Oí risas y ruidos confusos por las ventanas abiertas de una de las habitaciones sobre la terraza. Luego de eludir al pretendiente de Jordan, que intentó sumarme a una conversación ginecológica que estaba teniendo con dos coristas, me interné en la mansión.

Había un salón lleno de gente, donde divisé a una de las gemelas de amarillo tocando el piano mientras una pelirroja cantaba a su lado. Se notaban los litros de champagne que había bebido porque a media canción decidió que todo era muy triste y los sollozos se colaron en su interpretación. Las lágrimas corrían por sus mejillas en ríos de rimmel. Alguien le sugirió con sorna que se limitara a la partitura de la canción o a la del llanto, ante lo cual la pelirroja se dejó caer en un sillón cubriéndose el rostro con las manos y casi al instante se quedó dormida en esa posición.

—Tuvo una pelea con el hombre que dice ser su marido —me comentó alguien.

Yo miré a mi alrededor. La mayoría de las chicas que quedaban parecían haberse peleado con hombres que decían ser sus maridos. Incluso el grupo de Jordan, el cuarteto proveniente de East Egg, padecía los efectos del disenso. Uno de ellos conversaba intensamente con una estrellita del teatro mientras su esposa simulaba reírse de la situación con dignidad e indiferencia, hasta que no soportó más y comenzó a tironear del brazo de él mientras le repetía sibilantemente en el oído: «¡Me lo prometiste, me lo prometiste!».

Dos parejas discutían cerca de la puerta. Los hombres parecían deplorablemente sobrios; las mujeres manifestaban su airada indignación en tono cómplice.

—Cada vez que él me ve divirtiéndome, quiere que volvamos a casa.

—¡A mí me pasa lo mismo! Nunca he visto comportamiento más egoísta.

—Siempre somos los primeros en irnos.

—¡Nosotros también!

—Bueno, evidentemente hoy seremos de los últimos —intercedió con timidez uno de los maridos—. La orquesta se fue hace media hora.

A pesar del acuerdo entre esposas la escena terminó con un forcejeo y los dos maridos llevándose en andas a sus mujeres, mientras ellas daban pataditas en el aire.

Mi propósito era no irme hasta que Jordan volviera de su interludio con Gatsby. Era lo menos que podía hacer por ella, a la luz de los siniestros rumores que había escuchado sobre él toda la noche. Volví a salir al jardín. Vi a la diva y a su director: seguían sentados bajo el ciruelo, pero ahora sus rostros casi se tocaban a la luz de la luna. Pensé que el director había necesitado toda la noche para alcanzar esa cercanía y me quedé mirándolos hasta que, en un último esfuerzo, él logró rozar con sus labios la mejilla de ella.

Cuando volví adentro vi a Jordan despidiéndose en la puerta. Gatsby estaba de pie en la entrada saludando a los últimos invitados. A los hombres les estrechaba la mano, a las mujeres se las besaba. Esperé que terminara y me acerqué a decirle que me había pasado toda la noche

buscándolo para agradecerle la invitación y pedirle perdón por no haberlo reconocido antes.

—Ni lo menciones, camarada. —La informalidad de sus palabras chocaba con la marcialidad de su actitud corporal. —Y no olvides que mañana a las nueve probaremos el hidroavión.

El mayordomo se materializó a su lado:

—Filadelfia al teléfono, señor.

—Dígales que me esperen un minuto. Bueno, camarada, parece que esto ha sido todo. Hasta mañana.

—Hasta mañana —contesté y bajé los escalones de la entrada con el propósito de irme cuando vi que la noche no había terminado del todo. A cincuenta metros de distancia por el camino había varios autos detenidos. Sus faros iluminaban la zanja adonde había ido a caer otro vehículo. Varios choferes contemplaban el incidente. Los que seguían adentro de los autos se quejaban y exigían que despejaran el camino. Un hombre bajó a los tumbos del vehículo caído en la zanja, logró llegar hasta el camino y miró a los curiosos con divertido estupor.

—Creo que nos fuimos a la banquina.

Lo reconocí por su expresiva perplejidad antes que por sus rasgos: era el borracho de ojos de lechuza que habíamos encontrado con Jordan en la biblioteca.

—¿Qué pasó? —le preguntaron.

—Lo ignoro olímpicamente. No sé nada de mecánica —contestó él arrastrando las palabras.

—¿Pero en qué estaba pensando? —le recriminó alguien.

—A mí no me pregunten —dijo Ojos de Lechuza ofendido—. No sólo no sé nada de mecánica; tampoco sé conducir.

—Si no sabe conducir ¿para qué se pone al volante?

—Ni siquiera intenté ponerme al volante —contestó con toda lógica.

—¿Qué pretendía entonces: ¿suicidarse?

—Me parece que no me expliqué bien —dijo el borracho, luchando con las consonantes—: Yo no iba manejando. Había otro hombre al volante.

Por encima de la irritación general se oyó entonces un ruido metálico y se abrió la puerta del auto caído. Los curiosos retrocedieron un paso. Poco a poco, con evidente esfuerzo, fue asomando primero una pierna, luego otra y por fin el cuerpo completo del conductor. Encandilado por los faros y aturdido por los bocinazos, permaneció un larguísimo instante contemplándonos.

—¿Qué pasa? —dijo de repente—. ¿Nos quedamos sin combustible?

Recién entonces reparó en que el volante del auto colgaba inerte de su mano izquierda. Miró hacia arriba, como si le hubiera caído del cielo y luego dijo:

—¿Cómo llegó esto hasta acá?

—¿Se siente bien?

—Oh, sí, perfectamente. No me di cuenta de que habíamos parado. ¿Alguien puede decirme dónde cargar combustible?

Los curiosos lo rodearon con camaradería, varios de ellos estaban casi tan alcoholizados como él.

—¡Atrás! —gritó de pronto—. Que alguien se suba y ponga marcha atrás. El resto, a empujar.

—¡Pero no hay volante!

—No perdemos nada con probar —dijo el hombre del volante en la mano.

Consideré que ya había tenido suficiente y enfilé hacia mi bungalow por el jardín. Eché un último vistazo a la mansión de Gatsby: la luna brillaba más que nunca y el eco de la música y la juerga aún reverberaba en el aire. Pero de las ventanas abiertas parecía salir un vacío que me estremeció. Justo en ese instante reconocí la figura de mi anfitrión, que alzó la mano y se la llevó a

la sien en un gesto de despedida.

Leyendo lo que llevo escrito veo que da la impresión de que esas tres noches separadas entre sí por semanas fueron lo único digno de mención que me sucedió hasta entonces en el Este. Todo lo contrario: sólo fueron episodios aislados que ocuparon mucho menos mi atención que mis asuntos personales.

Básicamente me pasé el verano trabajando. Cada mañana llegaba a Wall Street con mi sombra pisándome los talones y me internaba en el edificio de la Bolsa. Llegué a conocer por su nombre de pila a casi todos los colegas de mi edad y almorzaba con ellos, en cafetines repletos, siempre el mismo menú: salchichas de cerdo con chucrut. Incluso tuve un breve romance con una chica de Nueva Jersey que trabaja en el departamento contable, pero su hermano empezó a dedicarme miradas amenazantes así que, cuando ella se tomó una semana de licencia en julio, dejé que la historia se disolviese sola.

Por lo general cenaba temprano en el Yale Club (el momento más deprimente del día) y luego subía a la biblioteca a estudiar una hora. Siempre había algún energúmeno en el club pero ninguno de ellos se acercaba a la biblioteca, así que podía trabajar tranquilo. Con la caída del sol salía a la calle y caminaba hasta Penn Station.

Nueva York me gustaba cada vez más, especialmente de noche: el espíritu de aventura en el aire, el constante parpadeo de máquinas y personas. A veces cuando caminaba por la Quinta Avenida me gustaba elegir entre la multitud a mujeres románticas e imaginar que entraba en sus vidas sin que nadie lo supiera o reprobara. A veces las seguía mentalmente hasta sus departamentos por callejones desconocidos y ellas giraban y me dedicaban una sonrisa antes de perderse en la tibia oscuridad. A veces me sentía solo en aquella metrópolis encantada y podía sentir la soledad de los jóvenes empleados como yo, que vagaban mirando vidrieras, malgastando los instantes más emocionantes del día hasta que se hiciera la hora de cenar solos.

A partir de las ocho de la noche, cuando todos los taxis de la ciudad parecían converger hacia Broadway y las calles se abarrotaban en doble y triple fila de vehículos, de los cuales salía gente sonriente, voces cantarinas, humo de cigarrillos y carcajadas, imaginaba que yo también iba en pos de la diversión y la alegría, y me dejaba contagiar la excitación, y les deseaba mentalmente a todos lo mejor.

Por un tiempo no supe nada de Jordan Baker hasta que, entrado el verano, nuestras órbitas volvieron a encontrarse. Me encantaba ir a lugares con ella porque era la golfista famosa, todos la conocían. Pasó también algo más: no fue que me enamorara pero empecé a sentir por ella una mezcla de curiosidad y ternura. Había algo debajo de su aparente desdén por todas las personas y cosas que despertaba mi interés. Cuando una chica atractiva presenta esa cara de altivo aburrimiento al mundo, con frecuencia oculta su temor al amor (la mayor parte de las afectaciones oculta algo, siempre). Jordan iba por la vida en un arrebatado de perpetua adolescencia; sus acompañantes ideales eran los tipos como yo, esos que no buscan amor en las mujeres, salvo el tenue sentimiento que son capaces de despertar con supremo esfuerzo y deliberación.

Descubrí el secreto de Jordan por casualidad, una noche en que la encontré en una fiesta en Warwick. Ella había dejado el auto que le prestaron bajo la lluvia, con la capota baja, pero aseguró con total descaro que no lo había hecho. De golpe vino a mi mente esa historia desagradable sobre ella que no había logrado recordar la tarde en que Daisy me la presentó. En su primer torneo importante hubo un escandaleta que casi llegó a los diarios: al parecer Jordan había movido su pelotita cuando cayó en un matorral, durante las semifinales. La cosa empezó a ponerse

turbia, hasta que el caddy se retractó de su testimonio, el único otro testigo presencial admitió que pudo haberse equivocado y el escándalo no pasó a mayores, afortunadamente para ella.

Era evidente que Jordan evadía a todos los hombres astutos que se cruzaban en su camino: se sentía más segura con aquellos para quienes toda transgresión a las reglas fuese inconcebible, porque era, descubrí, incurablemente deshonesto. No soportaba perder, no toleraba estar nunca en desventaja. Supuse que había empezado a valerse de trucos desde muy pequeña, hasta que logró perfeccionar esa máscara sonriente y fríamente altiva con la que satisfacía las demandas de su vibrante e impune naturaleza.

A mí me daba lo mismo. La deshonestidad en una mujer no es especialmente reprochable: da un poco de pena y después se olvida. Pero en aquella fiesta en Warwick tuvimos una sugestiva conversación sobre su comportamiento al volante. Todo empezó cuando ella pasó demasiado cerca de unos operarios que trabajaban en el camino, y el guardabarros del coche le arrancó a uno de ellos la herramienta que sostenía en la mano.

—Eres un desastre al volante —protesté—. Si no puedes ir con más cuidado, no deberías conducir.

—Soy perfectamente cuidadosa.

—No, no lo eres.

—Qué importa; los demás lo son —contestó con desdén.

—¿Qué quieres decir?

—Que se mantienen fuera de mi camino —explicó—. Hacen falta dos para que haya un accidente.

—¿Y si te cruzas con alguien tan descuidado como tú?

—Espero que no suceda nunca —dijo ella—. Detesto a la gente descuidada. Por eso me gustas tú.

Sus ojos grises siguieron mirando cansinamente hacia adelante, pero esas palabras habían producido un vuelco en nuestras relaciones. Por un momento, mientras los tibios rayos del sol doraban sus facciones, pensé que la amaba. Pero soy lento de reacciones; hay un código completo de reglas en mi interior que funciona de freno a mis deseos. Antes de siquiera fantasear con Jordan, debía solucionar el enredo que había dejado en casa. Llevaba todo el verano escribiendo una vez a la semana cartas que invariablemente firmaba: «Con amor, Nick», y lo primero que venía a mi mente cuando escribía esas cartas era la finísima película de transpiración que se le formaba a aquella persona sobre su labio superior cuando jugábamos al tenis. Había un tácito compromiso que debía deshacerse con tacto antes de que pudiera paladear la libertad.

No hay persona en el mundo que no se adjudique al menos una de las virtudes cardinales, ¿verdad? Pues la mía es esa: soy una de las pocas personas honestas que conozco.

CAPÍTULO IV

Cada domingo a la mañana, mientras las campanas de las iglesias repicaban en cada pueblo a lo largo de la costa, el mundo entero amanecía en casa de Gatsby y titilaban los chismes en el jardín.

—Es contrabandista de alcohol —decían las damas, mientras disfrutaban con igual impunidad de los cócteles y de las flores de la casa.

—Una vez mató a un hombre que había descubierto que era sobrino de Hindenburg.

—Lo que había descubierto es que era primo segundo del diablo. Alcánzame esa rosa, cariño, y échame una última gota de ese champagne.

A lo largo de aquel verano fui anotando, en los márgenes de una guía de horarios de trenes que encontré en mi bungalow, los nombres de quienes fueron a casa de Gatsby. Parece un objeto de otro tiempo ahora, con las hojas sueltas y amarillentas, y la pomposa advertencia: «Horarios vigentes al 5 de julio de 1921». Pero aún pueden leerse esos nombres garabateados en tinta gris, y darán una imagen más precisa que mis generalidades sobre aquellos que aceptaron la hospitalidad de Gatsby y le rindieron el sutil tributo de no saber nada de él.

De East Egg estuvieron los Chester-Becker, los Leech, un Bunsen a quien conocía de Yale, el doctor Webster Civet (que recientemente murió ahogado en Maine), los Hornbeam y Willie Voltaire y su esposa, y todo un clan de apellido Blackbuck, que ocupaba invariablemente el mismo rincón del jardín y dilataba sus narices como las cabras ante cualquiera que se aventurara cerca. También estuvieron los Ismay, los Chrystie (o, mejor dicho, Hubert Auerbach y la esposa del señor Chrystie), y Edgar Beaver (cuya entera cabellera quedó blanca como el algodón una tarde del invierno siguiente, sin causa aparente).

Clarence Endive era de West Egg. Sólo vino una vez, en babuchas blancas, y tuvo una pelea en el jardín con un matón llamado Etty. De rincones más alejados de la isla vinieron los Cheadle y los Schraeder, y los Fishguard y los Stonewall-Jackson de Georgia, aún obsesionados por el resultado de la Guerra Civil. Ripley Snell apareció tres días antes de ingresar en la Penitenciería (llegó tan borracho que se durmió en el camino de grava de la entrada y el auto de la señora de Ulysses Swett le pasó por encima de la mano derecha sin despertarlo). También estuvieron los Dancie y SB Whitebait, a pesar de que ya rozaba los setenta, y Maurice Flink y los Hammerhead, y Beluga el importador de tabaco, y las chicas Beluga.

Más gente de East Egg: los Pole y los Mulready y Cecil Roebuck y Cecil Schön y el senador Gulick, y Newton Orchid, que controlaba Films Par Excellence, y Clyde Cohen y Don Schwartz (hijo) y Arthur McCarthy, todos ellos relacionados con el cine. Y los Catlip y los Bemberg y Earl Muldoon (hermano de aquel Muldoon que después estranguló a su esposa). El promotor Da Fontano, Ed Legros, James «La Tripa» Ferret, y los De Jong y Ernest Lilly venían a jugar a las cartas por dinero; cuando se veía a «La Tripa» vagando por el jardín quería decir que lo habían desplumado, lo que significaba que la Associated Traction tendría que generar doble ganancia en la Bolsa al día siguiente.

Un hombre de apellido Klipspringer se quedaba tanto tiempo cuando venía que acabaron bautizándolo «El Inquilino» (dudo que tuviera otro domicilio). Del mundo del teatro vinieron Gus Waize y Horace O'Donovan y Lester Meyer y George Duckweed y Francis Bull. De Nueva York,

los Chrome y los Backhysson y los Dennicker y Russell Beatty y los Corrigan y los Kelleher y los Dewar y los Scully y SW Belcher y los Smirke y los Quim (hoy divorciados), y también Palmetto (meses más tarde, se tiró debajo de un tren en la estación de subterráneo de Times Square).

Benny McClenahan llegaba siempre con cuatro chicas, nunca las mismas, pero tan idénticas entre sí que inevitablemente parecía que habían venido antes. No anoté sus nombres: había una Jacqueline, creo, una Consuelo, una Gloria, una Judy o June. Sus apellidos eran siempre melodiosos nombres de flores o meses (las flores de estación, los meses de verano) Y siempre decían ser parientas lejanas de adustos magnates de rancia cuna, sin más precisiones.

Además de todos estos nombres, podría asegurar que los Ascot-Jones vinieron al menos una vez, lo mismo que las chicas Cockerer y el joven Brewer (que había perdido parte de la nariz en la guerra), y el señor Albrucksburger y su prometida la señorita Haag, y Ardita Fitz-Peters y SP Jewett (que había sido presidente de la Legión Americana) y Claudia Hip (con un acompañante que se decía que era su chofer) y un príncipe a quien llamábamos «El Duque», cuyo nombre, si alguna vez lo supe, ya he olvidado.

Todos ellos pasaron por la casa de Gatsby aquel verano.

Una mañana de julio, a las nueve en punto, el espléndido auto de Gatsby apareció dando tumbos por el precario sendero que llevaba a mi puerta y soltó una explosión musical con su bocina de tres tonos. Era la primera vez que venía a casa, aunque yo ya había ido a dos de sus fiestas, volado en su hidroavión y hecho uso frecuente de su playa, ante su cordial insistencia.

—Buenos días, camarada. Ya que almorzaremos juntos en la ciudad hoy, pensé que querrías aprovechar el viaje.

La cautela y formalidad de sus palabras resaltaban menos a la luz del día; de hecho hasta parecía espontánea debido a la naturalidad con que ocupaba su puesto al volante. Su cuerpo tenía esa soltura de movimientos tan característica de quienes no debieron realizar trabajo físico pesado en su adolescencia, salvo la práctica esporádica de algunos de nuestros deportes sin gracia.

Me vio contemplar su coche con admiración y dijo:

—Ya conocías mi auto, ¿verdad?

Todos lo conocíamos. Era de un hermoso color crema, brillante de cromados y cristales. Su monstruoso y ondulante tamaño se duplicaba a causa de los baúles y cajas de sombreros con que volvía cargado de la ciudad.

—El mejor coche que hay en Nueva York —me informó—. Ya sé que es un poco llamativo, ¿pero qué sentido tendría andar en un Ford?

Me subí a la cabina, que era como un jardín de invierno tapizado en cuero verde, y arrancamos hacia la ciudad.

—Necesito pedirte un favor, camarada —dijo unos minutos más tarde—, pero antes quiero preguntarte algo.

—Está bien.

—¿Alguna vez tuviste lo que se llama un *affaire du coeur*?

—Ehh... nunca nada serio.

—¿Nunca?

—Nunca.

Él se palmeó la rodilla enfundada en impecable lino y dijo:

—Está bien. Tendré que explicártelo de otra manera. Antes de empezar, ¿qué opinión tienes de

mí, exactamente?

Un poco abrumado, balbuceé las evasivas típicas que merece semejante pregunta.

—Habla con franqueza, camarada —me pidió.

Pero yo no sabía qué pensaba de él exactamente, de manera que procedí cobardemente a enunciarle, hasta donde podía recordar, las macabras suposiciones sobre su persona que habían condimentado cada conversación que había escuchado en su casa.

—Pues te diré la verdad —y alzó la mano derecha como dando juramento—. Vengo de una familia bastante adinerada del Medio Oeste, todos muertos. Fui criado aquí en América pero estudié en Oxford porque así han sido educados mis ancestros desde siempre. Es una especie de tradición.

Me miró de reojo, y de golpe entendí por qué Jordan Baker no le creía. Cuando pronunció la frase «estudié en Oxford», fue como si tuviera un pelo en la lengua o alguna otra cosa que le molestara. Esa vacilación derrumbaba en pedazos toda la parrafada sobre la tradición familiar. Me empecé a preguntar si no habría algo siniestro en él, efectivamente.

—¿De qué parte del Medio Oeste? —pregunté.

—San Francisco.

No dije una palabra.

—Mis padre murieron y heredé una buena cantidad de dinero —dijo con solemnidad, como si el recuerdo de la extinción de su clan todavía lo atormentara. Por un momento sospeché que estaba tomándome el pelo, pero cuando lo miré vi que estaba hablando muy en serio. —Viví como un rajá en todas las capitales de Europa: París, Viena, Roma... Coleccionaba joyas, en especial rubíes, me aficioné a la caza mayor, pinté un poco, básicamente trataba de olvidar algo muy triste que me ocurrió hace mucho.

Me las arreglé como pude para contener la risa. Las frases eran tan trilladas que no lograban materializar ninguna imagen salvo la de un fulano en turbante persiguiendo a un tigre que llevaba un rubí entre los dientes por el Bois de Boulogne.

—Entonces vino la guerra, como bien sabes, camarada. Fue un alivio, hice todo lo que pude por morir. Había ingresado a filas con grado de teniente primero. En el bosque de Argonne llevé tan lejos a mi batallón que, a ambos flancos, había casi un kilómetro de territorio enemigo. Estuvimos ahí dos días y dos noches, ciento treinta hombres con sólo dieciséis ametralladoras Lewis. Cuando al fin llegó nuestra infantería, encontraron los restos de tres divisiones alemanas entre las pilas de muertos. Me ascendieron a mayor, fui condecorado por todos los gobiernos aliados, incluso Montenegro, ¡el pequeño Montenegro a orillas del Adriático!

Paladeó las palabras «Montenegro» y «Adriático» como si evocaran múltiples recuerdos. Mi incredulidad fue dejando lugar a la fascinación; era como verlo hojear distraído una docena de revistas. De pronto sacó de su bolsillo una medalla que colgaba de una cinta tricolor y me la depositó en la mano.

—Ésta es la de Montenegro.

Para mi estupor, la cosa parecía auténtica. «*Orderi di Danilo*» decía en letras circulares, «*Montenegro, Nicolas Rex*».

—Mira el reverso.

—«*Mj. Jay Gatsby*» —leí—. «*Per coraggio straordinario*».

—Y fíjate esto. Es otra cosa que llevo siempre conmigo. Un recuerdo de los tiempos de Oxford. Está tomada en el patio del Trinity; el de mi izquierda es el conde de Doncaster.

En la foto se veía a media docena de jóvenes en chaquetas blancas sentados en el pasto; a sus espaldas se veía una jungla de capiteles. Allí estaba Gatsby, un poco más joven, no demasiado,

con un bate de cricket en la mano.

O sea que todo era cierto. Vi pieles de tigre que decoraban un palacio en el Gran Canal de Venecia; vi un gran cofre lleno de rubíes, cuyos destellos carmesí aplacaban las heridas de su corazón roto; vi a su familia perderse en la niebla junto con su mansión palaciega en San Francisco; vi a un joven mayor condecorado que no sabía qué hacer con la fortuna heredada.

—Debo hacerte un pedido muy delicado hoy —dijo, luego de guardar sus recuerdos en el bolsillo—, así que me pareció justo antes hacerte saber algo sobre mí. No quería que pienses que soy un don nadie.

En ningún momento había pensado eso de él. Pero ahora empezaba a entender que tenía frente a mí a un idealista extraordinario, cuya aparente fatuidad era sólo la de aquellos hombres que han logrado alcanzar sus ideales.

—Estoy siempre rodeado de desconocidos porque voy a la deriva, de acá para allá, tratando de olvidar ese asunto tan triste que me sucedió. —Tuvo una mínima vacilación y se corrigió: — Aunque la verdad es que me instalé aquí para recordar, no para olvidar. Lo sabrás todo esta tarde.

—¿En el almuerzo?

—No, por la tarde. Me enteré por casualidad de que esta tarde llevarás a la señorita Baker a tomar el té.

—¿Quieres decirme que estás enamorado de Jordan Baker?

—No, camarada, en absoluto. Pero la señorita Baker tuvo la amabilidad de aceptar contarte toda la historia.

Eso me irritó. Yo no había invitado a Jordan a tomar el té para hablar de Gatsby. Por un instante lamenté haber pisado alguna vez sus superpoblados jardines.

—¿Y qué tengo que ver yo con ese asunto? —pregunté.

Pero Gatsby no quiso decir una palabra más. Su rigidez aumentaba a medida que nos acercábamos a la ciudad. Pasamos Puerto Roosevelt, donde alcanzamos a ver los transatlánticos que partían a Europa, aceleramos por un trecho en el que languidecían, polvorientas y cerradas, una sucesión de tabernas de los tiempos anteriores a la Ley Seca. Luego nos internamos en el valle de cenizas y me pareció ver a la señora Wilson asomar su cimbreante vitalidad a la puerta del taller de su marido.

Con los cromados de su trompa extendidos como alas, el coche entró en Queens y dejó atrás media Astoria a toda velocidad. Digo media Astoria porque cuando pasábamos por debajo de las vías del tren oímos el rugir de una motocicleta y un policía nos hizo imperiosas señas para que nos detuviéramos.

—Nada de qué preocuparse, camarada —dijo Gatsby. Detuvo el auto, sacó una tarjeta blanca de su billetera y se la tendió al policía.

—Perdóneme, señor Gatsby —dijo el uniformado, cuadrándose—. Lo reconoceré la próxima vez. No se volverá a repetir.

—¿Qué fue eso? —pregunté cuando arrancamos—. ¿La foto de Oxford?

—Le hice un favor al comisionado hace tiempo, y todos los años me manda una tarjeta de Navidad.

Cuando cruzamos el puente, el sol que entraba a través de las vigas producía un parpadeo constante sobre los coches en movimiento. La ciudad se alzaba al otro lado del río como si fuera de azúcar y dinero. Ver la ciudad desde el puente de Queensboro es ver la ciudad por primera vez, en su primigenia promesa, con todo el misterio y la belleza del mundo.

Un muerto pasó en un coche fúnebre rodeado de flores, seguido por dos vehículos con las cortinas cerradas y otros dos en cuyo interior se apretaban las amistades del difunto. Nos miraron

con los ojos trágicos y el protuberante labio inferior de los centroeuropeos, y yo me alegré de que la visión de la espléndida máquina de Gatsby formara parte de su sombría jornada. Mientras cruzábamos frente a la isla de Blackwell nos pasó una limusina, conducida por un chofer blanco, donde iban sentados tres negros a la moda, dos varones y una mujer. No pude contener la risa cuando nos miraron con los ojos en blanco, en evidente y herida rivalidad.

«Todo es posible cuando se atraviesa este puente», pensé.

Incluso Gatsby era posible, me dije a mí mismo, sin la menor ironía.

En el agobiante mediodía bajé a un sótano tan intrascendente por fuera como lujoso y bien ventilado por dentro, en la Calle 42, para almorzar con Gatsby. Parpadeé hasta aliviar los ojos del resplandor de la calle y reconocí a mi anfitrión en la penumbra, conversando con un hombre mayor.

—Nick Carraway, te presento a mi amigo el señor Wolfsheim.

Un judío de baja estatura alzó su protuberante cabeza y me contempló descaradamente, apuntándome con los pelos que salían de su nariz. Me llevó unos segundos hacer foco en sus ojos diminutos.

—... así que me quedé mirándolo —dijo el señor Wolfsheim, mientras me estrechaba la mano con decisión—, y adivina qué hice.

—¿Qué hizo? —pregunté lo más educadamente que pude.

Pero era evidente que no me estaba hablando a mí porque, en cuanto me soltó la mano, apuntó a Gatsby con su elocuente nariz y continuó:

—Le entregué el dinero a Mark y le dije: «Aquí tienes, Mark, y no le des ni un centavo hasta que cierre la boca». ¿Hace falta decir que la cerró en un santiamén?

Gatsby nos tomó del brazo y nos guió al comedor. En el trayecto, el señor Wolfsheim interrumpió por la mitad lo que estaba diciendo y entró en un estado de sonambulismo.

—¿Whisky, caballeros? ¿Con soda o ginger-ale? —preguntó el maître.

—Lindo antro —dijo el señor Wolfsheim, mirando las ninfas rampantes en las molduras del techo—. Pero prefiero el de enfrente.

—Whisky con soda para todos —dijo Gatsby, y luego al señor Wolfsheim—: Hace demasiado calor allá.

—Sí, es caluroso y claustrofóbico —reconoció el señor Wolfsheim—, pero está lleno de recuerdos.

—¿De qué lugar hablan? —pregunté.

—Del viejo Metropole.

—El viejo Metropole —suspiró melancólico el señor Wolfsheim—. Lleno de caras amigas, que se han ido para no volver. No olvidaré mientras viva la noche en que mataron a Rosy Rosenthal. Éramos seis en la mesa, y Rosy había estado toda la noche bebiendo. Cuando empezaba a clarear se nos acercó el camarero muy nervioso y dijo que alguien quería hablar con Rosy afuera. «Ahí voy», dijo él, y ya intentaba incorporarse cuando lo senté de nuevo en la silla. «Que vengan aquí esos bastardos, si quieren verte. Ni se te ocurra salir a la calle». Eran las cinco de la mañana, ya amanecía, si hubieran levantado las persianas habríamos visto toda la escena.

—¿Y qué hizo Rosy? —pregunté con inocencia.

La nariz del señor Wolfsheim giró hacia mí con indignación.

—Salió, por supuesto. Antes de llegar a la puerta nos gritó: «¡Que el camarero no se lleve mi trago!». Luego enfiló hacia la calle, y oímos los balazos. Lo cosieron a balazos y huyeron, los

bastardos.

—Cuatro de ellos terminaron en la silla eléctrica —acotó Gatsby.

—Cinco, contando a Becker —dijo el señor Wolfsheim y los orificios de su nariz apuntaron en mi dirección. —Entiendo que está interesado en una conexión financiera.

Gatsby respondió por mí:

—No, no —dijo—, no es él.

—¿No? —dijo el señor Wolfsheim, desilusionado.

—El señor Carraway es un amigo simplemente. Ya te dije que hablaríamos de aquello en otra ocasión.

—Disculpe —me dijo el señor Wolfsheim sin el menor remordimiento—, lo confundí con otro.

El camarero nos sirvió un succulento pastel de carne y el señor Wolfsheim olvidó toda nostalgia por el Metropole y se abalanzó sobre su plato con ferocidad. Sus ojos, entretanto, iban y venían por el salón: culminó la tarea volviéndose para mirar a quienes tenía a su espalda. Creo que, de no haber sido por mi presencia, no hubiera tenido pudor en espiar también debajo de la mesa.

—Escucha, camarada —dijo Gatsby en voz baja, inclinándose hacia mí—, creo que te hice enojar un poco esta mañana.

—En absoluto —contesté—. Pero no entiendo qué necesidad hay de meter a Jordan en esto.

—Ya lo entenderás esta tarde. De hecho, te va a parecer de lo más natural. Además, como sabes, la señorita Baker es una gran deportista: nunca haría nada en contra de las reglas.

Sin darme tiempo a descifrar si había ironía en sus palabras, Gatsby miró su reloj, se levantó de un salto y abandonó el comedor, dejándome solo en la mesa con el señor Wolfsheim.

—Siempre tiene que hablar por teléfono —dijo él, sin levantar los ojos de su plato—. Un gran tipo, igual. No sólo es elegante y apuesto; además es un perfecto caballero. Estudió en Okfor.

—Oh.

—En el Colegio Okfor de Inglaterra. ¿Conoce usted el Colegio Okfor de Inglaterra?

—He oído hablar de él.

—Es el más famoso del mundo.

—¿Hace mucho que conoce a Gatsby? —pregunté.

—Unos cuantos años —respondió complacido—. Tuve el placer recién terminada la guerra. Supe que tenía delante a un hombre de noble cuna en cuanto crucé unas palabras con él. Me dije: «Es la clase de hombre que llevaría a casa a presentarle a mi hermana, si tuviera hermana». —Hizo una pausa y agregó: —Veo que está mirando mis gemelos.

No me había fijado en ellos siquiera, pero sus palabras me hicieron mirarlos. Parecían tallados en marfil en forma irregular.

—Excelentes especímenes de molares humanos —me informé.

—¡Diablos! Qué idea más... original.

—Lo sé —dijo acomodándose las mangas de su chaqueta hasta cubrir los puños de la camisa—. Sepa que Gatsby es muy respetuoso en el tema femenino. Jamás miraría siquiera a la mujer de un amigo.

Cuando el objeto de su confianza regresó a la mesa y se sentó, el señor Wolfsheim terminó su café de un trago y se puso de pie con esfuerzo.

—He disfrutado el almuerzo —dijo—. Ahora me voy, antes de volverme una carga para los jóvenes.

—No hay apuro, Meyer —dijo Gatsby, sin demasiado entusiasmo.

El señor Wolfsheim levantó la mano como si nos estuviera bendiciendo.

—Eres muy amable, pero pertenezco a otra generación —dijo con solemnidad—. Ustedes quédense y disfruten, hablen de sus deportes y sus damiselas y sus... —La mano en alto buscó un sustantivo imaginario en el aire. —En cuanto a mí, ya tengo casi sesenta; he aprendido a no abusar de la amabilidad de los amigos.

Mientras nos daba la mano me pareció que su dramática nariz delataba cierta tensión. Me pregunté si había dicho algo que lo ofendiera.

—Se pone sentimental a veces —explicó Gatsby—. Hoy es uno de esos días. Es una especie de leyenda viviente en Nueva York, todo Broadway lo conoce.

—¿Es un actor conocido?

—No.

—¿Director?

—Tampoco.

—¿Dentista?

Gatsby me miró. No me atreví a mencionar aquellos gemelos hechos con muelas.

—¿Meyer Wolfsheim? Es uno de los apostadores más osados de la ciudad. —Vaciló por un instante y luego agregó: —Es el que arregló la Serie Mundial en 1919.

—¿Fue él?

Me quedé sin habla. Por supuesto recordaba el escándalo con que terminó la Serie Mundial de béisbol de aquel año pero, como millones de otros incautos, sólo era capaz de pensar que había simplemente sucedido, consecuencia de una cadena inevitable de hechos. Me resultaba inconcebible que un solo hombre pudiera engañar a cincuenta millones de personas tal como un ladrón solitario vacía las arcas de un Banco en plena noche.

—¿Cómo lo hizo? —logré preguntar un minuto después.

—Vio la oportunidad y la aprovechó.

—¿Por qué no está en la cárcel?

—Porque no pudieron pescarlo, camarada. Es un hombre muy astuto.

Cuando llegó la cuenta insistí en pagar. Mientras el camarero me daba el vuelto, alcancé a ver a Tom Buchanan en las mesas del salón delantero.

—Acompáñame, por favor —le dije a Gatsby—; tengo que saludar a alguien.

Al vernos, Tom se levantó de un salto y vino a nuestro encuentro.

—¿Dónde diablos te habías metido? —me interpeló—. Daisy está furiosa; dice que ni siquiera la has llamado.

—Te presento a Jay Gatsby. Él es Tom Buchanan.

Mientras se daban la mano me pareció notar una expresión tensa completamente inédita, casi de vergüenza, en el semblante de Gatsby. Tom no registró nada. Se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Qué has estado haciendo, se puede saber? ¿Y cómo encontraste este lugar?

—Me invitó el señor Gatsby —contesté. Pero cuando me volví a mi izquierda, Gatsby ya no estaba allí.

—Un día de octubre de 1917... —dijo Jordan Baker esa tarde, sentada muy erguida en una rígida silla del salón de té del Plaza—, yo iba caminando de casa a algún lado, un poco por la calle y otro poco por los jardines. Prefería ir por los jardines porque tenía puestos unos zapatos ingleses con suela de goma que no patinaban en el pasto. Mi falda escocesa se alzaba un poco con el viento, y las banderas en los mástiles de las casas a mi paso flameaban como desaprobando mi

comportamiento. La bandera más grande y el jardín más grande eran los de la casa de Daisy Fay. Ella ya tenía dieciocho, dos más que yo, y era la chica más popular de Louisville. Se vestía siempre de blanco, tenía un descapotable blanco, y todo el día la llamaban por teléfono oficialitos de Camp Taylor, disputándose el privilegio de monopolizarla esa noche. «¡Aunque sea una hora!», decían. Cuando pasé por el frente de su casa esa mañana, vi el descapotable estacionado en la entrada y a ella adentro, con un soldadito a quien nunca había visto. Estaban tan absortos uno en el otro que no me vieron hasta que estuve a un metro del auto. «Hola, Jordan», dijo ella entonces, para mi sorpresa, y me pidió que me acercara.

»Me halagó que quisiera hablar conmigo, porque era la única de las chicas mayores que yo a quien admiraba. Me preguntó si iba a la Cruz Roja a hacer trabajo voluntario. Nuestro trabajo era enrollar vendas. Le dije que sí. Bueno, entonces ¿sería tan gentil de avisar que ella no podría ir ese día? El oficialito miraba a Daisy como toda chica quiere que la miren alguna vez; la escena me quedó grabada porque me pareció de lo más romántica. Lo que quiero decir es que el oficialito era Jay Gatsby, y no volví a verlo en los cinco años siguientes. Incluso cuando me topé con él a principios de este verano, no me di cuenta de que era el mismo.

»Al año siguiente empezaron a rondarme los galanes a mí también. Ya competía en torneos, así que casi no veía a Daisy. Ella andaba con un grupo de gente un poquito mayor que yo. Circulaban rumores acerca de su comportamiento: la madre la había pescado haciendo una valija para irse a Nueva York a despedir a un soldado que partía a la guerra. Lograron impedirselo, pero estuvo sin hablarse con su familia durante semanas enteras. No se le conocieron más soldados después; sólo salía con jóvenes adinerados que habían esquivado o habían sido rechazados por el ejército.

»Para el otoño siguiente ya estaba de nuevo contenta como siempre. Tuvo su presentación en sociedad después del armisticio, y en febrero oí que se había comprometido con un tipo de Nueva Orleans. Pero en junio se casó con Tom Buchanan, de los Buchanans de Chicago, con una pompa y circunstancia que no se habían visto nunca en Louisville. Él llegó con cien invitados y ocupó un piso entero del Mulbach Hotel. El día anterior a la boda le regaló a Daisy un collar de perlas valuado en ciento cincuenta mil dólares. Yo fui dama de honor. Media hora antes de la ceremonia entré en su habitación y la encontré echada en la cama, tan preciosa como siempre y completamente borracha. Tenía una botella en una mano y una carta en la otra. “Felicítame”, balbuceó. “Nunca me había emborrachado, pero cómo lo estoy disfrutando”. Confieso que me asustó, nunca la había visto así. Entonces se puso a hurgar en una canasta que tenía sobre la cama, sacó el collar de perlas y me dijo, arrastrando la voz: “Llévalas abajo y devuélvelas a quien corresponda. Cuéntales a todos que Daisy ha cambiado de opinión. ¡He cambiado de opinión!”, gritó, y se echó a llorar. No había manera de consolarla. Corrí en busca de su criada y cerramos la puerta con llave y la metimos en la bañera bajo el agua fría. No soltaba la carta. La estrujó hasta convertirla en un bollo húmedo, y sólo me permitió apoyarla en la jabonera cuando vio que estaba deshaciéndose en sus manos como un copo de nieve. Pero no dijo una palabra más. Le dimos sales y le pusimos hielo en la frente y en la nuca, y volvimos a vestirla. Media hora más tarde, cuando salimos de la habitación, Daisy llevaba las perlas al cuello y la crisis había sido superada. A las cinco se casó con Tom, sin mostrar la menor señal de vacilación, y partieron de luna de miel hacia los Mares del Sur.

»Me los encontré en Santa Bárbara cuando regresaron; nunca vi a una chica tan loca de amor por su marido. Si él salía un minuto de la habitación, ella miraba inquieta alrededor, preguntaba: “¿Adónde fue Tom?” y permanecía totalmente abstraída hasta que lo veía entrar. Podía quedarse durante horas echada en la arena con la cabeza de él en su regazo, masajeándole las sienes y

contemplándolo embelesada. Era conmovedor verlos juntos: te hacía sonreír aunque no te lo propusieras. Eso fue en agosto. Una semana después de que me fuese de Santa Bárbara, Tom chocó con una camioneta en la ruta, de noche. Él y la chica que iba con él salieron en los diarios: era una de las mucamas del Santa Bárbara Hotel, se había quebrado un brazo en el choque.

»En abril del año siguiente, Daisy tuvo la bebé y partieron a Francia por un año. Los vi en Cannes y en Deauville. Luego oí que habían vuelto a Chicago con planes de establecerse allí. Daisy era muy popular en Chicago, como sabes. Andaban con un grupo bravo, todos jóvenes, millonarios y bastante frenéticos, pero ella mantuvo una reputación impecable. Quizá sea porque no bebe. Es una gran ventaja no beber entre bebedores. Puedes mantener la boca cerrada, y además permitirte tus pecadillos cuando los demás están tan enceguedidos de alcohol que no ven o no les importa. Quizá Daisy no tuvo ningún amorío; pero hay algo en esa forma suya de hablar que... No importa. Lo cierto es que, hace seis semanas, oyó el nombre de Gatsby, aquella noche en que te pregunté si conocías a alguien de West Egg, ¿recuerdas? Cuando ya me había ido a dormir, entró en mi habitación, me despertó y no me dejó en paz hasta que le describí el hombre que daba esas fiestas fastuosas al otro lado de la isla. Con una voz extrañísima, Daisy dijo que podía ser alguien al que había conocido en Louisville, y recién en ese momento yo relacioné a Gatsby con aquel oficialito en el descapotable blanco.

Cuando Jordan Baker dio por terminado su relato, ya habíamos abandonado el Plaza y llevábamos media hora paseando en una victoria por el Central Park. El sol se había puesto detrás de los edificios pero todavía se oían voces infantiles en el parque, como el canto de los grillos en los atardeceres del campo:

*Soy el sheik de Arabia
soy dueño de tu corazón.
Cuando estés dormida esta noche
en tu tienda me colaré...*

—Qué suma de coincidencias —dije.

—No fue ninguna coincidencia, ¿no lo entiendes?

—¿Qué quieres decir?

—Que Gatsby compró esa mansión para tener a Daisy cerca, al otro lado de la bahía.

De golpe entendí que él no estaba clamando al cielo aquella noche en que lo vi extender los brazos hacia las aguas. La escena adquirió una vividez nueva, como iluminada por dentro, en el útero de su esplendor sin propósito.

—Gatsby quiere saber si invitarías a Daisy a tu casa alguna tarde y aceptarías que él se presente como por casualidad.

La modestia del pedido me impresionó. Había esperado cinco años, había comprado aquella mansión y ofrecido todas aquellas fiestas donde permitía brillar a la luz de las estrellas a todas las mariposas nocturnas de la ciudad, sólo para poder presentarse «como por casualidad» en el jardín de un extraño...

—¿Y por qué era necesario que yo supiera todo esto antes de que me pidiera algo tan nimio?

—Porque tiene miedo. Ha esperado tanto tiempo... Pensó que podrías ofenderte. Ya ves, es un tierno debajo de toda esa armadura.

—¿Por qué no te pidió a ti que arreglaras un encuentro entre ellos?

—Porque quiere que ella vea su casa. Y tú vives al lado, eres la coartada perfecta.

—Comprendo.

—Creo que un poco esperaba verla aparecer en alguna de sus fiestas. Como eso no sucedió, empezó a preguntar discretamente a distintas personas si la conocían. Yo resulté ser la primera que encontró, o la primera en la que confió. Fue esa noche que me pidió hablar a solas, y tendrías que haber oído los rodeos que dio, pobrecito. Por supuesto, lo primero que se me ocurrió fue organizar un almuerzo en Nueva York, pero él se puso como loco: «¡De ninguna manera! No quiero hacer nada impropio», repetía una y otra vez. «Sólo quiero verla en una situación respetable». Cuando le dije que tú habías sido compañero de Tom en la universidad, estuvo a punto de darse por vencido. No sabe mucho de él, aunque dice que durante todos estos años ha seguido casi maniáticamente las páginas de sociales de los diarios de Chicago, sólo para pescar alguna mención a Daisy.

Ya había oscurecido, y cuando nos internamos debajo de un puente pasé el brazo sobre los dorados hombros de Jordan, la atraje hacia mí y la invité a cenar. No quería pensar más en Daisy y Gatsby, sino en aquella criatura inapresable y escéptica que ahora se recostaba lánguidamente contra mi pecho. Una frase resonaba vertiginosa en el fondo de mi cabeza: «Sólo hay perseguidos y perseguidores, los que se rinden y los que insisten».

—Daisy se merece algo mejor en la vida —murmuró Jordan.

—¿Tú crees que quiere ver a Gatsby?

—No sabe nada. Gatsby no quiere que sepa. Sólo pide que la invites a tomar el té una tarde.

Pasamos una última fila de árboles en la penumbra, y el paisaje tenuemente iluminado de la Calle 59 irrumpió ante nuestros ojos. A diferencia de Gatsby y Tom Buchanan, yo no padecía la incorpórea presencia de ninguna mujer, no veía su rostro en las sombras, no me atormentaban señales enceguedoras ni oscuras premoniciones, así que me limité a atraer hacia mí a la chica que tenía a mi lado. Su boca lánguida y desdeñosa sonrió, así que la atraje aun más, hasta que sus labios se acercaron a los míos.

CAPÍTULO V

Cuando volví a West Egg aquella noche, temí por un momento que mi casa estuviera en llamas. Eran las dos de la mañana y todo nuestro rincón de la bahía resplandecía de luz, generando un efecto irreal en los matorrales y cables de electricidad al costado del camino. Al doblar en mi entrada, vi que era la mansión de Gatsby: todas sus ventanas estaban iluminadas, desde el altillo al sótano.

Al principio pensé que habría una fiesta, una nueva turba salvaje estaría jugando a las escondidas por toda la casa. Pero no se oía nada más que el viento entre los árboles, que mecía los cables y hacía titilar las luces como si la casa parpadease en la oscuridad. Cuando el taxi que me traía se alejó, vi venir a Gatsby caminando desde sus dominios.

—Tu casa parece una marquesina de Coney Island —dije.

—¿Sí? —se limitó a contestar él y dirigió una mirada distraída a su espalda—. Anduve echando un vistazo por algunas habitaciones. ¿Quieres que vayamos a Coney Island, camarada? Vamos en mi coche.

—Es tardísimo.

—Tienes razón. ¿Y un chapuzón en la piscina? No la he probado en todo el verano.

—Tengo que levantarme tempr...

—Está bien —interrumpió él y se quedó mirándome con muda ansiedad.

—Hablé con Jordan —dije, por fin—. Mañana llamaré a Daisy y la invitaré a tomar el té y conocer mi casa.

—Bien hecho —se limitó a contestar—. No quiero ponerte en molestias.

—¿Qué día te queda bien?

—El que te quede bien a ti —contestó al instante—. No quiero ponerte en molestias.

—¿Qué te parece pasado mañana?

Dudó un momento. Luego agregó, dubitativo:

—Quería mandar a cortar el pasto.

Los dos miramos mi jardín: había una frontera invisible entre los yuyos polvorientos de mi sector y la impecable alfombra de césped de su propiedad. Sospeché que se refería a mi sector.

La velada me había dejado borracho de felicidad; creo que ya estaba dormido cuando me despedí, franqueé la puerta y me desplomé en la cama, así que ignoro si Gatsby fue o no a Coney Island, ni cuántas horas más siguió echando un vistazo por el resto de las habitaciones de su mansión, ni hasta qué hora permanecieron encendidas todas las luces. A la mañana siguiente llamé a Daisy desde la oficina y la invité a tomar el té el jueves.

—No traigas a Tom —dije.

—¿Perdón?

—No traigas a Tom.

—¿Quién es Tom? —susurró ella con picardía.

El jueves amaneció con lluvia torrencial. A las once me golpearon la puerta: un hombre de impermeable, con una cortadora de césped a rastras. Dijo que el señor Gatsby lo había enviado a adecentar el jardín. De repente recordé que había olvidado decirle a mi finlandesa que la

necesitaba por la tarde, así que subí a mi viejo Dodge y enfilé al centro de West Egg a buscarla. Mientras recorría las calles inundadas aproveché para comprar tazas, limones y flores.

Las flores no hacían falta, porque a las dos llegó de lo de Gatsby un invernadero completo, más los innumerables recipientes donde colocar cada ramo. Una hora más tarde se abrió la puerta como una exhalación y apareció Gatsby, en traje blanco, camisa plateada y corbata dorada. Estaba pálido, y evidentemente no había dormido.

—¿Todo en orden? —preguntó sin saludar.

—El jardín quedó impecable.

—Ah, sí, el jardín.

Miró por la ventana. A juzgar por su expresión, no notaba la diferencia.

—Muy bien —comentó vagamente—. Los diarios decían que parará de llover cerca de las cuatro. ¿Tienes todo lo que hace falta en materia de... Tienes té?

Lo llevé a la cocina, donde se semblanteó tensamente con mi finlandesa. Le mostré las doce tarteletas de limón que había traído del delicatessen del pueblo.

—¿Alcanzarán? —pregunté.

—¡Por supuesto! Son perfectas. —Hubo un nítido cambio de entonación en su voz cuando repitió: —Perfectas, camarada.

La lluvia paró a las tres y media, el aire transpiraba tanta humedad que parecía hecho de rocío, Gatsby hojeaba sin ganas un ejemplar de la *Introducción a la Economía* de Clay, sobresaltándose cada vez que las pisadas de la finlandesa retumbaban contra el piso de la cocina. De tanto en tanto clavaba los ojos en la ventana como si estuviera contemplando acontecimientos tan invisibles como alarmantes allá afuera. Finalmente se puso de pie y me informó que se iba a su casa.

—¿Qué?

—No habrá té. No sucederá nada. Ya es demasiado tarde. —Miró su reloj como si en otra parte demandaran su presencia. —No puedo esperar todo el día.

—No digas tonterías; faltan dos minutos para las cuatro.

Se dejó caer miserablemente en el sillón, como si lo hubieran empujado, y casi enseguida oímos el rumor de un motor acercándose. Nos levantamos los dos de un salto y nos abalanzamos a la puerta igual de ansiosos.

Un enorme coche descubierto se detuvo bajo las ramas goteantes de un macizo de lilas. La cara de Daisy, debajo de un tricornio lavanda en el asiento trasero, me dedicaba una sonrisa extática.

—¿Es absolutamente aquí tu casa, mi muy querido?

El ronroneo cantarino de su voz electrificó el aire cargado de lluvia. Seguí su trayectoria hasta los confines de mi interior y recién entonces me salieron las palabras. Un mechón de pelo humedecido cruzaba su mejilla como un rayo de sol y tenía la mano salpicada de gotas relucientes cuando la ayudé a bajar del coche.

—¿Estás enamorado de mí? —me susurró al oído—. ¿Por eso me pediste que viniera sola?

—Ése es el secreto de la cabaña encantada. Dile a tu chofer que se vaya lejos y vuelva en una hora.

—Vete y vuelve en una hora, Ferdie —y agregó en voz más baja—: Su nombre es Ferdie, ¿recuerdas?

—¿El combustible no le afecta el olfato?

—No creo —dijo ella inocentemente—. ¿Por qué?

Entramos. Para mi estupor, el living estaba desierto.

—No puedo creer —murmuré para mí.

—¿Qué no puedes creer? —dijo ella y volvió la cabeza cuando sonaron dos discretos golpes a la puerta. Abrí. Estaba lloviendo de vuelta. Gatsby, pálido como un fantasma, las manos hundidas en los bolsillos, estaba parado en un charco de agua en el porche, con una mirada atribulada en los ojos.

Me hizo a un lado con las manos aún hundidas en los bolsillos, giró en seco y se internó en el living como si caminara a lo largo de un cable. Aturdido por los latidos de mi corazón, cerré la puerta a la lluvia pero me quedé quieto, esperando. Durante medio minuto no se oyó ni un solo sonido. Luego un murmullo ahogado, una risa y la voz de Daisy diciendo con flagrante impostación:

—¡Qué agradable sorpresa verte otra vez!

Otra pausa, que duró una eternidad. Cuando me cansé de mirar la puerta, entré en el living.

Gatsby seguía con las manos en los bolsillos. Se apoyaba de costado contra la chimenea, simulando perfecta naturalidad, incluso un poco de hastío. Tenía la cabeza tan echada hacia atrás que parecía unida a un difunto reloj de repisa. Desde aquella incómoda posición sus ojos debían realizar una absurda parábola para mirar a Daisy, que estaba sentada, tensa pero con gracia, en el borde de un silloncito.

—No hace falta presentarnos; ya nos conocíamos —dijo Gatsby.

Sus ojos se cruzaron un instante con los míos y hubo un asomo reprimido de sonrisa en sus labios. El reloj aprovechó ese momento para bambolearse peligrosamente por la presión de la cabeza de Gatsby, pero él giró a tiempo, logró atraparlo con mano firme y lo puso de vuelta en su lugar. Luego se sentó muy derecho en el sofá, con el codo en el apoyabrazos y el mentón hundido en la mano.

—Perdón por lo del reloj —dijo.

Su torpeza me había contagiado; mi cara padecía un profundo ardor tropical. No logré musitar un solo lugar común de los mil que pasaron por mi cabeza.

—No hay problema; no anda —dije al fin, como un idiota.

Por un momento fue como si los tres contempláramos el reloj hecho trizas contra el piso.

—Hace más de tres años que no nos veíamos —me informó Daisy con la voz más neutra que pudo.

—En noviembre harán cinco.

La velocidad de la réplica nos silenció otro largo minuto. Los hice poner de pie con la estúpida sugerencia de que me ayudaran a servir el té cuando mi finlandesa hizo su entrada con una imponente bandeja en brazos.

Nos sumimos con alivio en una confusión de tazas y tarteletas. Gatsby era una sombra; mientras Daisy y yo conversábamos nos miraba a uno y otro como si siguiera angustiosamente un partido de tenis. En la primera ocasión que tuve carraspeé y me levanté de mi silla.

—¿Adónde vas? —preguntó Gatsby alarmado.

—Ya vuelvo.

—Espera. Tengo que hablar algo contigo antes.

Me siguió pisándome los talones a la cocina, cerró la puerta y apoyó la frente contra la pared.

—¡Dios, Dios! —murmuró.

—¿Qué pasa?

—Esto es un terrible error —dijo, sacudiendo la cabeza—, un terrible, terrible error.

—Estás un poco nervioso, eso es todo —y añadí—: Daisy está igual.

—¿Tú crees?

—Salta a la vista.

—No hables tan alto.

—Te estás comportando como una criatura —dije con impaciencia—. Y además estás siendo grosero. Dejaste a Daisy sola en la mesa.

Él alzó la mano para callarme, luego me miró con una desolación inolvidable y finalmente abrió la puerta con cautela y volvió al comedor.

Yo salí por la cocina al jardín, tal como se había escabullido él media hora antes, y corrí bajo la lluvia hasta un inmenso roble cuyo ramaje me hizo de paraguas. Mi descuidado jardín, afeitado al ras por el jardinero de Gatsby, era ahora un pantano uniforme, prehistórico. No había mucho que mirar desde abajo del roble salvo el enorme caserón de Gatsby, así que allí fijé la vista, como Kant en el campanario de su iglesia. La casa había sido construida por un magnate cervecero a comienzos del furor por el estilo «de época», quince años antes. Según decía el rumor, el tipo ofreció pagar cinco años de impuestos a todas las residencias vecinas, por entonces bastante sencillas, si sus dueños aceptaban techarlas con paja. El rechazo a la propuesta seguramente enfrió su plan de Fundar Una Familia, porque entró en inmediata decadencia. La casa se vendió con la corona fúnebre todavía colgada en la puerta. Mis compatriotas están siempre listos para servir, pero han sido históricamente reactivos a la idea de ser siervos.

Media hora después asomó el sol y la camioneta de la tienda de comestibles frenó en la entrada lateral de la mansión, con la materia prima que conformaría la cena del personal: difícil que Gatsby probara bocado esa noche. Una mucama empezó a abrir las ventanas del primer piso; se asomaba brevemente en cada una y desaparecía; en una de esas apariciones se apoyó en la saliente y dejó escapar una escupida abajo. Consideré que ya era hora de volver.

La lluvia había ofrecido un manto de intimidad al murmullo de sus voces adentro; en el silencio que había sobrevenido junto con el sol, me pareció que también se había hecho silencio en la casa. Entré por la cocina, después de anunciar mi presencia con todos los ruidos posibles, pero no creo que ellos oyeran el más mínimo sonido. Estaban sentados a cada extremo del sofá, mirándose como si una pregunta o una respuesta hubiera quedado pendiente en el aire, pero todo vestigio de tensión había desaparecido. La cara de Daisy estaba mansamente surcada de lágrimas; cuando entré se levantó de un salto y fue a arreglarse ante el espejo. La transformación de Gatsby era asombrosa: literalmente resplandecía. No necesitaba ni palabras ni gestos para mostrar el bienestar que emanaba de él y llenaba la habitación.

—Bienvenido, camarada —dijo, como si no me hubiera visto en años. Por un instante pensé que se levantaría a darme la mano.

—Ya no llueve.

—¿De veras? —dijo él, como si recién tomara conciencia de los destellos de sol que bailoteaban por la habitación, y miró a Daisy—: ¿Qué te parece? Paró de llover.

—Me alegra tanto, Jay.

Su voz quebrada delató la dicha que sentía.

—Acompáñenme a casa —dijo entonces Gatsby—. Quiero que Daisy la conozca.

—¿Seguro? —dije, interrogándolo con los ojos.

—Absolutamente, camarada.

Daisy subió a lavarse la cara («Demasiado tarde», pensé, y tuve una triste visión de mi surtido de toallas), mientras Gatsby y yo esperábamos en el jardín.

—Se ve bien la casa, ¿no? —dijo él—. Fíjate cómo le da la luz a todo el frente.

—Espléndido.

—Sí. —Sus ojos la recorrieron de arriba a abajo. —Me llevó sólo tres años ganar el dinero

que pagué por ella.

—Creí que habías heredado tu dinero.

—Pero perdí la mayor parte, camarada. Cuando estalló la guerra.

Daisy se nos unió en el jardín. La doble fila de botones dorados de su vestido refulgía al sol.

—¿Esa mole inmensa es tu casa? —dijo.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! Pero no entiendo, ¿vives ahí solo?

—La mantengo llena de gente interesante, noche y día. Gente que hace cosas interesantes. Gente famosa.

En lugar de tomar el atajo entre los árboles fuimos por el camino y entramos por la puerta principal. Daisy admiraba encantada los distintos detalles de la construcción, los jardines, el aroma de las flores. Era extraño subir por aquella escalinata de mármol sin esquivar invitados, ni camareros con bandejas, ni grupitos frenéticos de damiselas en vestidos brillantes, sin oír otro sonido que el canto de los pájaros.

Adentro, mientras recorríamos los distintos salones estilo María Antonieta y Restauración, tuve en todo momento la sensación de que había invitados ocultos detrás de los muebles, con la orden de guardar silencio hasta que nosotros abandonáramos la habitación. Cuando Gatsby cerró la puerta de la biblioteca (él la llamó «la Biblioteca Merton») me pareció oír una risita fantasmal del hombre de ojos de lechuza.

Subimos al primer piso, recorrimos dormitorios de época rebosantes de seda rosada o celeste, con flores recién cortadas en cada rincón, nos internamos por vestidores y salas de billar y baños inmensos con bañeras a ras del piso. En una de las habitaciones nos encontramos con un hombre flaco y desgredado, en pijama, haciendo ejercicios en el piso. Era Klipspringer, «El Inquilino». Por fin llegamos a los aposentos de Gatsby, compuestos por un dormitorio con baño privado y un saloncito renacentista, donde nos sentamos a beber una copa de chartreuse que él sacó de un aparador.

En ningún momento dejó de mirar a Daisy. Creo que revaloraba cada detalle de su casa según la respuesta que obtenía de los ojos de ella. A veces se quedaba contemplando todas aquellas posesiones como si, delante de ella, nada fuera del todo real. En cierto momento tropezó y casi se cae por la escalera.

Su dormitorio era el lugar más sobrio de la casa, salvo los utensilios del tocador, que estaban hechos en oro macizo. Daisy levantó fascinada un cepillo y se lo pasó con coquetería por el pelo. Gatsby se cubrió los ojos como si se avergonzara de su propia alegría.

—Es cómico —dijo, ruborizado—. Cuando trato de...

Había pasado visiblemente por dos estados distintos de ánimo y ahora estaba entrando en un tercero. Después del nerviosismo y la liberación, ahora lo embargaba un júbilo atónito ante la presencia de Daisy. Había anticipado ese instante tanto tiempo, lo había imaginado con tal detalle, se había preparado de tal manera, que había alcanzado un grado inconcebible de expectativa, y ahora parecía un reloj al que se le había dado demasiada cuerda.

Pero al minuto recobró la compostura y abrió un gigantesco armario laqueado donde colgaban innumerables trajes y corbatas, y un sinfín de camisas dobladas en forma compacta, como ladrillos, en pilas de un metro de altura.

—Tengo alguien en Londres que me compra la ropa. Al comienzo de cada temporada me envía un selección completa de prendas.

Empezó a sacar camisas y a arrojarlas al aire, una tras otra. Ante nuestros ojos flotaban nubes de lino y de seda y de poplin, que recuperaban su naturaleza sólida al depositarse sobre la

alfombra en desorden multicolor. Mientras nosotros reíamos admirados él siguió arrojando camisas y la pila en el piso fue creciendo, estampados a rayas y cuadriculados, con monogramas y arabescos casi invisibles y colores que yo nunca había visto: coral, celadón, índigo, magenta, cian, aguamarina, ocre, añil. De repente se oyó un sofoco ahogado y Daisy se dejó caer sobre las camisas, llorando desconsoladamente.

—Son tan hermosas —repetía, mientras sofocaba los sollozos llevándose puñados de tela a la cara—. Me pone tan triste que existan camisas tan hermosas...

La recorrida debía continuar con la piscina, la playa y el hidroavión, pero empezó a llover de nuevo. Contemplamos desde la ventana las onduladas aguas del Sound.

—Si no fuera por la lluvia, se alcanzaría a ver tu casa al otro lado de la bahía —dijo Gatsby—. Dejan siempre una luz verde encendida toda la noche en el extremo del muelle.

Daisy se tomó de su brazo abruptamente, pero él parecía absorto en lo que acababa de decir. Tal vez estaba pensando en la colosal significación que le había dado a esa luz. En comparación con la distancia que lo había separado de Daisy, esa luz era casi como tocarla, como las estrellas a la luna. Pero ahora volvía a ser una mera luz verde al final de un muelle. Su inventario de objetos encantados había disminuido en uno.

Me alejé unos pasos, buscando cualquier cosa en que interesarme en la penumbra de la habitación. En la pared, sobre el escritorio de Gatsby, había una foto enmarcada de un hombre mayor, en impecable indumentaria de navegación.

—¿Quién es?

—¿El de la foto? Se trata del señor Dan Cody, camarada.

El nombre me sonó vagamente familiar.

—Hoy difunto. Mi mejor amigo, cuando estaba vivo.

Sobre la cómoda vi otra foto, más pequeña: Gatsby en indumentaria náutica igual de impecable, con la cabeza desafiante, echada levemente hacia atrás, cuando tenía dieciocho años.

—¡Me fascina el jopo! —exclamó Daisy—. ¡Nunca me confesaste que usabas jopo! Ni yates —agregó.

—Mira esto —dijo Gatsby, turbado, y le puso delante un mamotreto—. Está lleno de recortes. Sobre ti.

Se quedaron parados uno junto al otro recorriéndolo. Yo estaba buscando en vano en mi cabeza algo que decir cuando sonó el teléfono y Gatsby levantó al instante el auricular.

—Sí. No puedo hablar ahora. Hoy no. Está bien, mañana. Adiós.

Colgó.

—¡Vengan, rápido! —gritó Daisy desde la ventana.

Seguía lloviendo, pero hacia el oeste las nubes viraban al blanco y al rosado, a la luz del atardecer que doraba las mansas aguas.

—Mira eso —susurró ella, y después de una pausa—: Me gustaría agarrar una de esas nubes rosas y ponerte adentro y empujarte por ahí.

Yo dije entonces que me iba, pero ellos no quisieron ni oírme; quizá mi presencia los hacía sentir más satisfactoriamente a solas.

—Ya sé lo que podemos hacer —dijo Gatsby—. Vamos a buscar a Klipspringer y que nos toque unas canciones.

Salió de la habitación gritando «¡Ewing!» y volvió enseguida acompañado por aquel joven envejecido y evidentemente avergonzado, de ralo cabello rubión y anteojos de carey, ahora

vestido con una camisa abierta en el cuello, zapatillas y pantalones de dril de nebulosa tonalidad.

—¿Interrumpimos su gimnasia? —preguntó Daisy con una de sus sonrisas.

—Nunca duermo hasta esta hora —tartamudeó el señor Klipspringer—. Quiero decir, no me acababa de despertar cuando me vieron. Me refiero a...

—Klipspringer toca el piano —interrompió Gatsby—. ¿No es cierto, Ewing?

—No toco. Apenas me las rebusco. Y estoy totalmente falto de prác...

—Vayamos abajo —ordenó Gatsby. Encendió un interruptor y las penumbras desaparecieron y las escaleras refulgieron de luz.

Bajamos al salón de música. Gatsby encendió una lámpara solitaria junto al piano. Dio fuego al cigarrillo de Daisy con un fósforo trémulo y se sentó a su lado en un sofá en el fondo de la sala, adonde no llegaba otra luz que la del vestíbulo reflejada en el piso reluciente.

Klipspringer tocó «Nidito de amor», luego giró en el taburete y buscó en la penumbra el contorno de Gatsby.

—Les dije que no podía tocar. Estoy totalmente falto de prác...

—No nos aburras, camarada —dijo la voz de Gatsby desde las sombras—. ¡Toca otra!

*A la mañana,
A la noche,
Queremos diversión,
Queremos...*

Afuera soplabla el viento y se oía un rumor de truenos lejanos. Las luces de West Egg se habían ido encendiendo una a una; los trenes traían los hombres a casa, a través de la lluvia, desde Nueva York. Era esa hora en que cambia el humor general, se sentía en el aire la vibración.

*Hay algo que sé
Y nadie me lo enseñó:
Que los ricos hacen dinero
Y los pobres hacen hijos,
Y mientras tanto,
Y entretanto...*

Cuando me acerqué a despedirme vi un destello de perplejidad en los ojos de Gatsby, como si algo en el fondo de su ser dudara de la felicidad presente. Cinco años, y ahora esta tarde. Debí de haber momentos en que la Daisy real no estuvo a la altura de la Daisy de sus sueños; no por culpa de ella sino por las colosales proporciones que él le había adjudicado. Esa Daisy iba más allá de Daisy, más allá de todo. Le había dedicado toda su pasión creadora, le había agregado sin pudor cada brizna de brillo con la que se topó en su camino. No hay fuego ni hielo que pueda competir con lo que almacena un hombre en su espectral corazón.

Mientras los miraba él se compuso un poco. Tomó la mano de ella y, cuando Daisy le susurró algo al oído, la miró derretido de emoción. Creo que esa voz era lo que más lo cautivaba, su febril y fluctuante calidez. Era una voz que nadie podía inventar en su imaginación: era una melodía inmortal.

De nuevo se olvidaron de mí, hasta que Daisy me saludó con la mano; Gatsby ni reparó en ello. Los miré una vez más y me devolvieron la mirada, remotos, poseídos por la intensidad. Los

dejé juntos, abandoné la sala y me alejé por el piso de mármol rumbo a la lluvia.

CAPÍTULO VI

Unos días más tarde alguien trajo a Tom Buchanan a lo de Gatsby a tomar un trago. Me sorprendió que no hubiese ocurrido antes. Era un domingo a la tarde y un grupo de tres jinetes se acercó trotando a la entrada de la mansión: Tom, acompañado de un hombre de apellido Sloane y una mujer bonita con traje de montar color castaño, que al parecer había asistido a una de las fiestas.

—Bienvenidos —dijo Gatsby desde la entrada—. Me alegra tanto que hayan pasado por aquí. Como si a ellos les importara, pensé mientras ellos desmontaban.

—Pasen, por favor, y siéntense. ¿Cigarrillos, habanos? —Gatsby iba y venía por la sala haciendo sonar una campanilla. —En un minuto nos traerán algo de beber.

Me pareció que la presencia de Tom lo ponía tenso. Pero todo visitante producía ese efecto en él, hasta que Gatsby lograba darle algo; en el fondo de su corazón sabía que todos iban a su casa para eso. Sin embargo, el tal Sloane no quería nada. ¿Limonada? No, gracias. ¿Un poco de champagne? Tampoco. ¿Quizás un...? Estamos bien así, gracias.

—¿Buena cabalgata?

—Muy buenos caminos por aquí.

—Supongo que los automóviles no moles...

—Para nada.

Gatsby se volvió hacia Tom, que se había dejado presentar como si fuera un desconocido.

—Creo que nos conocemos ya, señor Buchanan.

—Eeh, por supuesto —contestó automáticamente Tom, sin el menor esfuerzo por disimular su indiferencia—. Lo recuerdo muy bien.

—Hará unas dos semanas.

—Claro, claro.

—Además conozco a su esposa —agregó Gatsby.

—¿Sí? ¿De veras? —dijo Tom y se volvió con desgano hacia mí—. ¿Vives por aquí cerca, Nick?

—En la casa de al lado.

—Vaya.

El señor Sloane no participó de la conversación; se limitó a desplomarse con en un sillón; la mujer tampoco dijo nada, hasta que inesperadamente, luego de dos whiskies con soda, su cordialidad despertó de golpe.

—Voy a traerlos a todos a su próxima fiesta, señor Gatsby. ¿Qué le parece?

—Me encantaría.

—Ya veremos —murmuró el señor Sloane. Y poniéndose de pie agregó: —Creo que deberíamos seguir viaje.

—Por favor, no hay apuro —insistió Gatsby—. ¿Por qué no se quedan a cenar? No me sorprendería que en cualquier momento llegara más gente. De Nueva York.

—¿Por qué no vienen ustedes a cenar con nosotros? —propuso con entusiasmo la dama—. Los dos —agregó, incluyéndome en la invitación.

El señor Sloane la miró.

—Vamos a llegar tarde.

—Lo digo en serio —dijo ella, ignorándolo—. Me encantaría recibirlos. Hay un montón de espacio en casa.

Gatsby me miró. Era obvio que quería ir, y que no se daba cuenta de que Sloane se oponía.

—Lo lamento, pero me será imposible —dije.

—Bueno, entonces venga usted solo —insistió ella, concentrándose en Gatsby.

El señor Sloane le murmuró algo al oído.

—Pero querido... Llegaremos perfectamente a tiempo si partimos en unos minutos —dijo ella. Y a Gatsby: —¿Por qué no busca su caballo y viene con nosotros?

—No tengo caballos —se disculpó él—. Solía montar cuando estaba en el ejército, pero lo dejé después. Tendré que seguirlos en mi auto. Discúlpenme un momento.

Los demás salimos al porche, donde Sloane y la mujer se apartaron y tuvieron un acalorado intercambio de palabras.

—Dios mío, creo que tu vecino se propone venir —me comentó Tom—. ¿No se da cuenta de que no lo invitaban en serio?

—A mí me pareció que sí.

—Es una cena de amigos. Tu vecino no conocerá a ninguno de los presentes.

El señor Sloane bajó los escalones y arrastró a la dama hasta los caballos.

—Vamos —le dijo a Tom al pasar a su lado—, estamos llegando tarde. Tenemos que partir ya.

Tom me tendió la mano, los otros dos jinetes saludaron fríamente desde sus monturas y partieron al trote por el camino de grava hasta perderse detrás del follaje, en el momento en que Gatsby reaparecía con un sombrero y una chaqueta liviana bajo el brazo.

—No podían esperar, llegaban tarde —le dije—. Creo que no tenían lugar para nosotros en la mesa. Dicen que nos invitarán en otra oportunidad.

—Qué curioso —murmuró él—. Más que curioso, descortés, diría yo.

—Tienes razón.

—¿Qué pasó exactamente, camarada?

—Creo que ella estaba un poco achispada, y se dejó llevar, y luego, cuando el aire aquí afuera le refrescó la cabeza, se dio cuenta de que no le quedaban lugares para nosotros en la mesa.

Lo seguí al salón; Gatsby se sentó cabizbajo. Creo que quería que el siguiente encuentro con Daisy fuera así, casual, como huésped en la casa de alguien que ella conociera.

—Fina estampa —dijo, al rato.

—Quién.

—Buchanan. Fue una estrella del fútbol en la universidad, ¿no?

—Una leyenda.

—¿También juega al polo? ¿Igual de bien?

—Eso cree él. Pero los caballos que trajo de Chicago no son lo suficientemente buenos, mal que le pese.

Evidentemente Tom lo había impresionado, porque unos minutos más tarde dijo:

—Debería comprar unos caballos. Hace tiempo que añoro montar. Si llamo por teléfono ahora, creo que puedo hacer que me manden unos esta misma tarde.

Fuese por insistencia de Daisy o por iniciativa de Tom, que siempre estaba dispuesto a aventurarse en nuevos territorios si auguraban diversión, lo cierto es que ambos aparecieron en la fiesta que dio Gatsby ese sábado a la noche. Esta vez había dos orquestas en lugar de una (la del

jardín tocaba jazz, la de la galería música clásica) y el evento era más fastuoso y elaborado. Para empezar, era una fiesta temática, por el Día de la Cosecha: los invitados debían venir con disfraz y toda la planta baja de la casa estaba decorada ad hoc: haces de guadañas, falsos pastos altos que llegaban a la rodilla de los invitados, montañas de bolsas de granos, ristras de choclos colgando como guirnaldas de las ventanas, negros en overol sirviendo un ponche que nadie quería probar. El bar verdadero estaba afuera, decorado como un molino cuyas lentas aspas teñían el aire nocturno de luces multicolores.

Sólo un tercio de los invitados había venido de disfraz, y eso incluía a la orquesta del jardín, enteramente vestida de notables del pueblo. Como unos cuantos de los varones presentes eran auténticos notables del pueblo, los integrantes de la orquesta se escabullían cada tanto de sus lugares y sacaban a bailar a las damas, contribuyendo a la confusión. A los que habían venido sin disfraz se les proveía de sombreros de paja o capelinas a la entrada. Yo he detestado toda mi vida los disfraces pero, por honrar mi rol de vecino y confidente, me presenté en camisa escocesa y una barba falsa. La barba falsa me molestaba tanto para beber que terminé arrancándomela, con tal torpeza que las mejillas me quedaron ardiendo el resto de la noche.

Tom vino vestido de etiqueta pero Daisy lucía un delicioso vestido provenzal con una botonera que le apretaba el pecho de una manera que nunca le había visto. Sus ojos brillaban, su voz era una sucesión de gorjeos incontrolables.

—Cómo me gustan las fiestas de disfraces, ¿no son fascinantes? —me susurró al oído—. Si quieres besarme en cualquier momento de la noche, Nick, sólo dímelo y me encargaré de hacer tus deseos realidad. Sólo di mi nombre. O presenta esta tarjeta, que estoy repartiendo entre los...

—Sabía que te encantaría —dijo Gatsby viniendo a nuestro encuentro, aunque sólo tenía ojos para Daisy—. Sólo mira, y disfruta —agregó.

—Estoy mirando. Y disfrutando. Más que eso: estoy...

—Me refiero a los invitados —la interrumpió él—. Habrás visto unas cuantas caras conocidas.

Tom miró con desgano alrededor.

—No somos de salir mucho —dijo—. De hecho, estaba a punto de decir que no conozco un alma en esta fiesta.

Gatsby se quedó mirándolo con incredulidad pero logró recomponerse.

—Quise decir, caras que han visto en la pantalla grande, en las películas. Por ejemplo, allí está...

Y en voz baja procedió a dar una lista completa de sus invitados célebres.

—Será un honor presentárselos. Son todos muy agradables, nada creídos.

Nos llevó con él de grupo en grupo, presentándonos ceremoniosamente hasta que no quedó persona notable sin saludar en el jardín. Empezamos por aquella diva del cine que había visto en mi primera fiesta. Estaba sentada bajo el mismo majestuoso ciruelo que la otra vez y en la misma majestuosa posición, pero ahora la rodeaba una docena de galanes que a la distancia parecían estar devorándosela. Cuando nos fuimos acercando, sin embargo, descubrimos que respetaban religiosamente la distancia y que eran todos actorcitos de reparto con ansias de figuración. Revoloteaban en torno de la diva pugnando por festejarle los comentarios mordaces a los que ella era adicta, pero en cuanto nos acercamos abrieron el paso.

—La señora Buchanan —dijo Gatsby—, y el señor Buchanan. —Tras un instante de vacilación agregó: —El polista.

—No exageremos —lo corrigió Tom. Pero evidentemente a Gatsby le pareció apropiado, porque siguió presentándolo así durante el resto del recorrido.

—¡Nunca había estado tan rodeada de celebridades! —exclamó Daisy al finalizar la ronda—. Me resultó un encanto aquel caballero, ¿cómo se llamaba? El de la nariz azul.

—Augustus Wise. Es un productor menor. No hace más que una obra al año.

—Me gusta igual. Debe ser fascinante conocer a toda esta gente.

—A ellos les divierte venir —dijo Gatsby—. Y a mí me gusta recibirlos.

—Preferiría no ser El Polista —comentó Tom, sin poder disimular el agrado que le daba—. Sería mejor conocer a todos estos famosos de incógnito.

Gatsby se sorprendió. Creía que presentarlo como una celebridad entre todas esas espectaculares celebridades había sido un favor.

Daisy pidió a Gatsby que la sacara a bailar: fue la primera vez que los vi en una pista de baile. Con formalidad, sin torpeza pero sin especial gracia, él se atrevió a un foxtrot. Ella se movía con igual solemnidad, como si estuvieran ambos en un rito privado. Tal vez estaban recordando la última noche en que habían bailado así, en los aciagos inicios de la guerra. En cierto momento ella lo miró de tal manera que no pude menos que peinar el salón buscando con los ojos a Tom. Pero él ya había encontrado diversión en otra parte de la fiesta: lo vi partir rumbo a la barra del brazo de una chica.

Cuando cesó la música, Gatsby y Daisy se acercaron hasta mí.

—¿Dónde está Tom? —preguntó ella. Entonces lo vio: —Ah. No importa. No lo interrumpamos. Es bonita, ¿no? Un poquito vulgar, diría yo, pero...

Dejó la frase inconclusa cuando notó que Gatsby no la estaba escuchando.

—Estoy mirando si queda alguien por presentarte. Hay algunos, uno en particular. Pero todavía no ha llegado.

—Dejémoslo para más tarde —sugirió ella—. Podemos pedirle a Nick que se presente con mi nombre. O que se quede aquí como vigía. En caso de incendio o inundación o cualquier otra desgracia, él nos avisará, ¿verdad que sí, Nick? De todas maneras, sospecho que tendrás todo asegurado. Nosotros aseguramos la casa la semana pasada y...

Dejé que el clamor general, esa extensión de la histeria neoyorquina, me rodeara y me envolviera, y me sentí a gusto. Pero no podía dejar de pensar cómo veían la fiesta los ojos de Daisy. A mí me había pasado, aquella noche dos meses atrás. Ahora todo me parecía más asimilable, menos grotesco, casi un mundo en sí mismo, con sus propias reglas e integrantes, insularizados en su frenesí como si se alzaran paredes alrededor. No se sentían excéntricos porque no tenían conciencia de sí. Pero a ella podía parecerle el más absurdo y siniestro rincón del universo.

—Escucha, Nick. —Daisy había reaparecido como por encanto a mi lado. —¿Te molesta si vamos a sentarnos un rato al porche de tu bungalow o como lo llames?

—¿Tú y Tom?

—Jay y yo.

Nunca se daba cuenta, cuando le tomaban el pelo.

—Hay tanto ruido aquí. Ya sabes cuánto me aturde el ruido. Pensé que si nos sentábamos un rato en tu casa sería un aliv... ¿Por qué *grita* esa chica?

—Está un poco histérica nada más.

—¡Oh! Bueno, estaremos en tu porche. —Pareció dudar un momento y agregó: —Si Tom pregunta dónde me metí, ven a avisarnos. No quiero que piense nada malo.

Puso cara seria y, cuando me reí, se retiró satisfecha hacia la oscuridad.

Una hora después Tom deambuló hasta mí y preguntó sin demasiado interés si había visto a Daisy. Lo envié adentro y corrí hacia mi jardín. Encontré a Daisy y a Gatsby sentados en los

escalones del porche, a la luz de la luna.

—Hola, Nick —dijo ella.

—Hola.

—Estábamos discutiendo.

—¿Acerca de qué?

—Ya sabes: cosas —dijo ella con vaguedad—. Acerca del futuro... del futuro de la raza negra. Mi teoría es que debemos imponernos.

—No sabe de qué habla —dijo Gatsby.

Ella no contestó. Sin más pérdida de tiempo los conminé a que volvieran. Cuando entramos en el radio de influencia de la fiesta, Daisy me pidió que bailara con ella. Gatsby siguió su camino por el jardín, saludando gente aquí y allá, hasta que llegó a lo alto de la balaustrada, desde donde contempló solitariamente la fiesta, como hacía siempre.

—¿Crees que estoy cometiendo un error? —me preguntó Daisy al oído.

—¿A qué te refieres?

—Voy a dejar a Tom.

Incluso sabiendo lo que sabía, me sorprendí.

—¿Vas a dejarlo? ¿Cuándo?

—Cuando esté lista. Cuando se pueda.

Sus ojos mostraban sinceridad pero había un eco de tristeza en su voz.

—¿Ya le dijiste a Tom?

—Todavía no. No voy a hacer nada por un mes o dos, y después decidiré.

—Creí que ya estabas decidida.

—Sí, pero hay... detalles que tener en cuenta. —Se rio. —Aunque no hayas pasado nunca por eso sabrás que no es sencillo. De hecho, no quiero decirle nada a Tom todavía. ¿Crees que estoy cometiendo un error?

—No conozco tanto a Gatsby —dije con cautela—. Me cae bien, pero no estoy en posición de opinar.

—Es maravilloso —dijo ella.

Fuimos a sentarnos a una mesa. Las palabras de Daisy me habían deprimido. Toda ruptura matrimonial, por justificada o sensata que sea, encierra siempre trágicas ironías en su interior. Ya estaban sirviendo la cena cuando Gatsby se unió a nuestra mesa. Poco después se acercó Tom por el jardín.

—¿Les molesta si me siento allá? —dijo—. El tipo de la nariz azul es hilarante. Hacía tiempo que no escuchaba tan buenos chistes.

—Adelante —contestó Daisy—, y por si necesitas anotar algún teléfono, aquí tengo mi lapicito de oro...

Tom impostó una carcajada y se alejó con una sonrisa en los labios.

Gatsby comentó que había estado cruzando unas palabras con la diva del cine y que ella había ponderado mucho a Daisy.

—He aquí tu oportunidad para hacerte famosa: quiere saber dónde te cortas el pelo.

—Dile que yo la también la considero espléndida —ronroneó Daisy.

Gatsby sacó una libretita de su bolsillo.

—¿Dónde te cortas el pelo? Le prometí que te preguntaría.

—Es un secreto —susurró ella teatralmente—. Descubrí a ese peluquero por pura casualidad y no revelaré su identidad a nadie en el mundo.

—No entiendes —dijo él—. Si ella se lo corta igual que tú, habrás generado una nueva moda

de costa a costa.

—No, gracias —dijo Daisy con una mueca de aversión—. ¿Crees que me gustaría que alguien anduviera por ahí con un peinado exactamente igual al mío? Me arruinaría el placer.

Gatsby guardó la libretita sin decir palabra.

—Estamos juntos en este maravilloso jardín, Jay, y no parece posible, ¿verdad? Me cuesta creerlo. ¿Podrías enviar a alguien a que verifique en la enciclopedia si esto es posible? —Por un momento pensé que Daisy se había lanzado a uno de sus típicos monólogos alocados, hasta que entendí que estaba tratando de aislarnos, o de aislarse, de una conversación particularmente obscena que estaban teniendo unas mujeres en la mesa a nuestra espalda. Casi no hacía pausas entre frase y frase: —¿Tú pensabas que volveríamos a encontrarnos? Yo creía que, a lo sumo, nos encontraríamos cuando ya estuviésemos viejos y decrepitos... ¿Por qué hablan así esas mujeres? ¿Están borrachas?

—Creo que todo este ruido te ha alterado un poco, querida —dijo Gatsby—. Sólo están pasándolo bien. No sé qué ocurre, en realidad; no veo a mucha gente pasándolo bien esta noche.

—¿Están pasándolo bien, Jay! —dijo ella mirándolo a los ojos—. Todos están pasándolo bomba. ¿Dije algo que no te...? —Luego de un instante de vacilación abrió su bolso, manoteó su lapicito de oro y anotó algo en el reverso de la tarjeta que había en el centro de la mesa. —Toma, aquí tienes. La dirección de mi peluquero.

Gatsby la miró como si estuvieran solos en la mesa. Luego sacó su propio lápiz del bolsillo y, lenta y concienzudamente, casi como si estuviera acariciando la tarjeta, tachó lo que había escrito ella hasta que sólo quedó un borrón ininteligible.

A la una de la mañana estábamos en la escalinata del frente de la casa esperando el turno de despedirnos de Gatsby.

—¿Quién es este tipo exactamente? ¿Un contrabandista? —dijo Tom.

—Cállate —murmuró Daisy—. No hay razón para que hables así de él.

Tom bostezó plácidamente.

—Bueno, hay que reconocerle que debió dar trabajo juntar a toda esta fauna.

—Al menos es gente que *hace* algo —le retrucó ella—. Son más interesantes que la gente que frecuentamos nosotros.

—No me pareció que te interesaran mucho.

—Pues me interesaban mucho. Lo pasé maravillosamente.

Tom soltó una risita cansina.

—¿Viste la cara de Daisy cuando esa chica le pidió que la llevara a la cama? —dijo, en mi dirección.

Daisy empezó a cantar en voz baja, ignorándolo, hasta que con un mohín de fastidio se alejó unos pasos y le hizo una seña tan discreta como infructuosa a Gatsby para que se acercara.

—Para tu información, mucha de la gente que viene no fue invitada —dijo entonces—. Me lo dijo él mismo. Esa chica que se comportaba tan... excéntricamente, no estaba invitada. Simplemente entran, y él es demasiado gentil para echarlos. Es mucho más agradable que la gente que viene a sus fiestas.

—Es igual a ellos —dijo Tom.

—¡Cállate!

Gatsby se acercaba a nosotros. Daisy le agradeció con entusiasmo excesivo.

—Supongo que esto durará hasta tarde —dijo.

—Oh, sí. Se quedarán hasta la madrugada. Y más aun.

El chofer esperaba con la puerta abierta del auto. Tom ya se había acomodado en el fondo y dormitaba con los ojos entreabiertos.

—Buenas noches —dijo Daisy luego de subir, y sus labios deletrearon en silencio la palabra «querido». Luego sus ojos se desviaron de los de él y quedaron fijos en los escalones superiores de la mansión, de donde venía una voz de contralto y risas. Quizás estaba pensando que en aquellas dantescas fiestas había posibilidades románticas totalmente inexistentes en su mundo. ¿Qué había en aquella melodía que atraía magnéticamente a todos los demás? ¿Qué ocurriría en las insondables horas siguientes? Quizá llegaría algún huésped inesperado, alguien de infinito encanto y misterio, a quien nadie volvería a ver jamás. Quizá fuera una chica absolutamente radiante que, con un solo parpadeo a Gatsby, haría esfumar en el aire cinco años de devoción ineludible.

Mientras el auto se alejaba, Daisy sacó la mano por la ventanilla abierta en un último intento por no alejarse de él.

CAPÍTULO VII

Más o menos por entonces, un joven periodista de Nueva York ávido de primicias se presentó en la puerta de la mansión de Gatsby y le preguntó si tenía alguna declaración que hacer.

—¿Alguna declaración sobre qué? —preguntó él.

—Sobre el tema que usted quiera.

Luego de cinco engorrosos minutos de interrogatorio quedó en evidencia que el joven reportero había oído el nombre de Gatsby relacionado con algún asunto que se guardaba de revelar o que no terminaba de entender del todo. Aprovechando su día libre, había tenido la iniciativa de presentarse a «investigar» en el lugar de los hechos. Era un sondeo a ciegas, pero el instinto periodístico del tipo tenía sus razones. La notoriedad de Gatsby había ido creciendo durante todo el verano, fogueada por las multitudes que acudían a sus fiestas, disfrutaban de su hospitalidad y creían que eso las convertía en inmediatas voces autorizadas acerca del pasado de él. Todo tipo de mitos urbanos le eran impunemente adjudicados, desde un supuesto acueducto por el que contrabandeaba alcohol desde Canadá hasta un persistente y descabellado rumor que decía que la mansión de Gatsby no era una casa sino un barco enmascarado como casa, que iba siendo trasladado en secreto por diferentes puntos a lo largo de la costa de Long Island.

Hasta que, cuando la curiosidad ya estaba alcanzando el paroxismo, las luces de la mansión no se encendieron un sábado a la noche y así, tan oscuramente como había empezado, Gatsby finalizó su carrera como Trimalción.

Yo había notado cómo menguaba día a día la cantidad de autos que llegaban expectantes a su puerta y se iban decepcionados un minuto después. Hacía semanas que no me lo cruzaba; supuse que estaría enfermo. Una tarde me presenté a verlo. Un mayordomo desconocido, con cara de villano, me recibió receloso en la puerta.

—¿Puedo ver al señor Gatsby?

—No.

—¿Está enfermo?

—No.

—¿Está en casa?

—No —dijo una vez más el mayordomo y después de una pausa agregó «señor», a regañadientes.

—Hace días que no lo veo y me preocupé. Dígame que pasó a saludarlo su vecino, el señor Carraway.

—¿Quién?

—Dígame Carraway simplemente.

—Está bien —y me cerró la puerta en las narices.

Fue mi finlandesa la que me informó que Gatsby había despedido a todo el personal de la casa y lo había reemplazado por un nuevo batallón, reducido a la mitad. Ninguno de ellos pisaba nunca el pueblo ni cruzaba palabra con los locales salvo para ordenar provisiones por teléfono. El chico

de los mandados de la tienda decía que la cocina parecía un chiquero. La opinión generalizada era que el nuevo personal no estaba compuesto de sirvientes precisamente.

Pocos días después vi venir a Gatsby desde su jardín. Había perdido su bronceado habitual y tenía los ojos irritados. Nos sentamos juntos en el porche y le pregunté:

—¿Te vas?

—En absoluto, camarada. ¿Por qué?

—Oí que despediste a todo el personal.

Él titubeó.

—Daisy viene a visitarme algunas tardes. Me pareció más seguro estar rodeado de gente que no ande chusmeando por ahí después. Al menos hasta que decidamos qué hacer.

—¿De dónde sacaste a los nuevos? Tuve el gusto de conocer al mayordomo.

—Es gente de Wolfsheim; me pidió si podía ayudarlos —contestó Gatsby con vaguedad—. Son todos hermanos. Tenían un hotel. ¿Qué diferencia hace, si pueden cocinar o hacer camas?

Era un comentario completamente ajeno a su temperamento: hasta entonces se enorgullecía de la excelencia de cada detalle de su forma de vida.

—Te noto abatido.

—Estoy un poco abatido, camarada —reconoció él—. Daisy quiere que huyamos juntos. Hoy a la tarde se apareció con todo su equipaje en el auto. —Sacudió la cabeza compungido. — Cuando intenté explicarle que no podíamos escaparnos así, lo único que conseguí fue hacerla llorar.

—En otras palabras, ahora que es tuya, ya no la quieres.

—¡Por supuesto que la quiero! Daisy es... Es lo único que me queda de un mundo tan magnífico que sólo de pensar en él me derrumbo. —Miró a su alrededor con infinita desazón y dijo: —Pero no podemos huir, como pretendíamos hace cinco años. No será suficiente, en absoluto.

Parecía convencido de que Daisy debía realizar una expiación que le diera a su amor el valor que tenía antes. Tarde o temprano cualquiera sería capaz de convencerla de abandonar a Tom y huir. Lo que él quería era que hubiera una inevitabilidad, una afirmación del destino, en el reencuentro entre ellos. Y para eso Daisy debía purificarse haciendo un acto de renuncia integral a esos cinco años sin él.

—¿Qué pretendes que haga? —pregunté, perplejo.

—Puede ir y decirle a su marido que nunca lo amó. Eso puede hacer. Y entonces podremos irnos a Louisville y casarnos en la casa de su familia y empezar de nuevo.

Se puso de pie de un salto y empezó a ir y venir frenéticamente por el jardín, pero sin alejarse, como si el pasado acechara en las sombras de su mansión. Estaba tan poseído por su apasionado sentimentalismo que parecía en comunicación sobrenatural con el espacio y el tiempo. En determinado momento volvió a sentarse a mi lado y se cubrió el rostro con las manos.

—Perdón, camarada —sollozó—, pero es tan triste. Es tan difícil hacerle entender...

Mientras le palmeaba la espalda estúpidamente logré que se calmara lo suficiente como para alzar la cabeza. Se quedó mirando su mansión.

—Está dispuesta a abandonarlo todo —dijo—. Todas esas cosas que tanto me desvelé por conseguir para ella.

—Daisy es una persona —le contesté con firmeza—, no es un producto de tus fantasías. Probablemente crea que no te debe nada.

—¡Pero me debe! ¿O no lo ves? Tengo treinta y dos años. Podría llegar a ser un gran hombre si lograra olvidar que una vez perdí a Daisy. Mi carrera ha sido así —trazó con el brazo una

diagonal desde el pasto hasta las estrellas—, y tiene que seguir en esa dirección. Antes de conocer a Daisy, creía que me esperaban toda clase de cosas maravillosas. Sabía que, para alguien como yo, enamorarse era un error. Hasta esa noche. Una sola noche me dejé llevar... y ya fue demasiado tarde.

Cinco años antes, venían caminando juntos por la calle, era otoño, había hojas caídas al pie de los árboles, era de noche, llegaron a una esquina donde se toparon con la visión del asfalto plateado por la luz de la luna, y se detuvieron, y se miraron a los ojos. Era una de esas dos noches del año en que el clima cambia; no la temperatura sino el clima. Las luces de las casas reverberaban en la oscuridad y las estrellas reverberaban en el cielo. Gatsby vio por el rabillo del ojo que la calle parecía una escalera que llevaba a un lugar secreto arriba de los árboles, y que él podía trepar hasta arriba si subía solo, y cuando estuviera allí podría beber del néctar de la vida, mamar hasta emborracharse la leche de las maravillas.

Su corazón latía más y más rápido a medida que el blanco rostro de Daisy se acercaba al suyo. Sabía que en cuanto besara a aquella chica, y uniera para siempre sus inconfesables visiones al percedero aliento de ella, su mente no volvería nunca más a jugar como juega la mente de Dios. Así que se demoró un instante más escuchando el sonido de un diapasón que había tocado una estrella. Y entonces la besó. Y, al contacto con sus labios, ella se abrió como una flor y la encarnación fue completa.

Por debajo del sentimentalismo de sus palabras, alcancé a oír un murmullo de mi memoria, unas palabras perdidas que le oí decir a alguien en alguna parte hace mucho tiempo. Por un instante sentí formarse una frase en mi paladar y mis labios se abrieron como los de un pez para dejarla salir sin obstáculo. Pero ningún sonido salió de mi boca y lo que estuve a punto de recordar será para siempre incomunicable.

El 30 de agosto era feriado desde el mediodía y le prometí a Tom que iría a almorzar con ellos en East Egg. Daisy había invitado también «a ese tipo Gatsby» y Tom no se imaginaba cómo sobrellevar el almuerzo sin mi compañía.

Hacía un calor tórrido, fue el día más sofocante del verano. Cuando el tren dejó atrás la ciudad y emergió del túnel a la luz, sólo las ardientes sirenas de la National Biscuit Company interrumpían el hirviente silencio del mediodía. Los asientos de mi vagón quemaban; la mujer sentada a mi lado transpiraba delicadamente en su blusa blanca, sosteniendo un diario que se humedecía entre sus manos, hasta que el calor venció su compostura y su cartera cayó sordamente al piso.

—¡Dios mío! —jadeó con desolación.

Se la levanté con el menor esfuerzo posible y se la entregué sosteniéndola de un dedo por la correa, para darle a entender que no tenía ninguna curiosidad respecto al contenido, pero todos a mi alrededor, incluyendo a la mujer, me miraron con recelo.

—Insoportable, ¿verdad? —decía el cobrador a las caras que le eran conocidas—. ¡Qué calor! ¿Se siente usted bien? Ahora que salimos de la ciudad quizá refresque un poco...

Recibí de vuelta mi boleto ya perforado y manchado de sudor. Que a alguien pudiera importarle con ese calor qué labios besaba, o la cabeza de quién humedecía el bolsillo del pijama sobre su pecho me parecía sencillamente impensable.

Era tardísimo cuando llegué a casa de los Buchanan, pero Gatsby se materializó como por arte de magia a mi lado cuando estaba tocando a la puerta. Soplabla una brisa exánime, que arrastró el sonido de un teléfono hasta donde estábamos esperando que nos abrieran.

«¡No me pida eso con este calor! ¡Ya no estoy en condiciones de lustrar platería, y menos un día como hoy!»», oímos jadear al mayordomo. Mentira. Lo que dijo en realidad fue:

—¿Residencia Buchanan? Sí. Sí. Así lo informaré, señora. Deme un minuto.

Oímos luego sus pasos y un instante más tarde nos abrió impecable la puerta y se hacía cargo de nuestros sombreros de paja.

—La señora los espera en el salón —dijo, indicándonos el rumbo con una especie de reverencia. Todo gesto era un exceso en ese calor, una afrenta a las reservas de la vida.

El salón, ensombrecido estratégicamente por un toldo, era un oasis de frescura. Pero Daisy y Jordan yacían como esfinges en un sofá enorme, ajenas al débil flamear de sus vestidos blancos por la brisa que soltaban los ventiladores.

—No podemos ni movernos —dijeron las dos.

Los dedos dorados de Jordan se posaron un momento sobre los míos.

—¿Y el gran campeón Buchanan? ¿Dónde está? —pregunté, al mismo tiempo que reconocí su voz áspera, ronca, hablando por teléfono en el vestíbulo.

Gatsby estaba parado en el centro de la alfombra, mirándolo todo con ojos fascinados. Daisy lo contemplaba en trance, y reía con su risa dulce y cantarina; diminutas partículas de polvo dorado flotaban a su alrededor.

—Al parecer —susurró Jordan—, la fulana de Tom lo ha llamado por teléfono.

Nos quedamos todos en silencio. La voz en el vestíbulo decía con indignación:

—¡Entonces no le venderé el coche! No, no tengo ninguna obligación con usted... ¡y menos que menos si me molesta a la hora del almuerzo en un feriado!

—... dijo él por el auricular, para que no supiéramos con quién hablaba —murmuró Daisy cínicamente.

—No es así —intervine—. Es un asunto de negocios. Puedo dar fe; fui testigo casual.

Tom abrió la puerta de par en par, bloqueó la luz con su corpachón y entró a las zancadas en el salón.

—Señor Gatsby —dijo—. Me alegra verlo —y le tendió la mano con indiferencia—. Bienvenido, Nick.

—Prepáranos un trago bien frío —pidió Daisy.

Cuando Tom salió otra vez de la habitación, ella se levantó, se acercó a Gatsby, se paró en puntas de pie y lo besó en la boca.

—Te amo —murmuró.

—Te recuerdo que hay una dama presente —dijo Jordan.

Daisy la miró.

—Pues besa tú a Nick.

—¡Qué vulgaridad!

—Como si me importara —dijo juguetonamente Daisy, y empezó a subir y bajar el escalón de la chimenea, pero de golpe recordó el calor y fue a desplomarse al sofá, justo cuando una niñera de punta en blanco entraba en el salón trayendo a una criatura de la mano.

—¡Mi bebé adorada! —exclamó ella, tendiendo los brazos—. Ven con tu querida madre.

La niña se liberó de la niñera, cruzó corriendo la habitación y se hundió tímidamente en el vestido de Daisy.

—¡Mi amor! ¿Te manché de maquillaje? Déjame ver. Ahora saluda a nuestros invitados. Di:

«Es un placer conocerlos».

Gatsby y yo nos agachamos para estrechar la manito vacilante de la niña. Gatsby no podía despegar los ojos de ella. Me pareció que hasta ese momento no creía del todo que existiera.

—Me vistieron así para el almuerzo —dijo la niña, volviéndose expectante a Daisy.

—Eso es porque tu madre quería lucirse contigo. —Y se inclinó hasta besar la nariz fruncida de su hija. —Sueño mío. Mi adorada criatura.

—Tía Jordan también se puso un vestido especial —dijo la niña.

—¿Te gustan los amigos de tu madre? —Daisy la hizo girar para que quedara de frente a Gatsby. —¿Te parecen lindos?

—¿Dónde está papi?

—No se parece nada al padre —dijo Daisy—. Se parece a mí. Me alegra que haya heredado mi pelo y mi forma de cara.

Tom volvió al salón precedido por el tintinear de cuatro gin-tonics con hielo.

—¿Qué estabas diciendo: que Pammy no se me parece en nada?

—¿Acaso no es cierto?

—Lo dices como si hubiera zafado de una maldición. ¿Es para tanto?

Daisy le dio la espalda en el sofá. La niñera dijo desde su lugar:

—Vamos, Pammy.

—Adiós, mi cielo —la despidió su madre.

La niña se dejó llevar por su niñera, echando furtivos vistazos hacia Daisy mientras abandonaba la habitación.

Gatsby aceptó su bebida.

—Gracias. Lo que andábamos necesitando —dijo, con visible tensión.

Bebimos a largos tragos, ávidos.

—Leí en algún lado que el clima se pondrá cada año más sofocante —dijo Tom jovialmente—. Parece que en cualquier momento el sol se hundirá en la Tierra... No, un momento, era al revés, creo: la Tierra se hundirá en el... En fin. Vamos afuera —le sugirió a Gatsby—, me gustaría mostrarle la propiedad.

Salí con ellos a la galería. Un solitario velero surcaba las aguas inmóviles del Sound, rumbo al mar abierto. Los ojos de Gatsby lo siguieron un momento; luego alzó la mano y señaló al otro lado de la bahía.

—Aquella es mi casa.

—No me diga.

Nuestros ojos se elevaron por encima de los canteros de rosas y el césped caliente y las malezas que se hundían en el agua. La vela blanca de la embarcación siguió hendiendo el cielo rumbo al océano y sus islas.

—Eso es tener espíritu deportivo —dijo Tom—. Me gustaría estar ahí aunque fuese una hora.

El almuerzo se sirvió en el comedor, que también estaba protegido con un toldo. Hasta los minutos se arrastraban exánimes, víctimas del calor. Bebíamos nerviosos cada bebida fría que nos servían.

—¿Qué será de nosotros esta tarde? —exclamó Daisy, cuando terminamos el postre—. ¿Y mañana, y el día siguiente, y los treinta años posteriores?

—No seas mórbida —dijo Jordan—. La vida empieza de nuevo cuando refresca en otoño.

—Pero hace tanto calor —insistió Daisy, al borde de las lágrimas—, y todo es tan aburrido... ¡Vayamos todos a la ciudad!

Su voz trataba de imponerse al sopor, darle una forma discernible. Tom le estaba diciendo a

Gatsby:

—He oído de varios que convirtieron sus establos en garajes. Pero yo soy el primero que convertí un garaje en unas caballerizas.

—¿Quién quiere ir a la ciudad? —insistió Daisy.

Entonces los ojos de Gatsby se cruzaron con los de ella.

—¿Cuál es tu truco para soportar el calor? —dijo Daisy—. Se te ve tan... fresco.

Por un instante fue como si estuvieran los dos solos en el espacio.

—Se te ve siempre tan impecable —agregó ella, y con esfuerzo bajó la mirada hacia su plato.

Acababa de decirle que lo amaba, y Tom lo había visto. Estaba estupefacto. Abrió la boca, miró a Gatsby, luego a Daisy, como si acabara de darse cuenta de algo que sabía desde hacía mucho tiempo.

—Me recuerdas al hombre de esa publicidad —estaba diciendo ella inocentemente—. Ya sabes, ésa que...

—Está bien —dijo Tom de golpe—. Me parece una idea perfecta ir a la ciudad. Levántense todos. Nos vamos a la ciudad.

Sus ojos centelleaban intermitentes en dirección a Gatsby y a su esposa. Nadie se movió.

—¡Vamos! —dijo, con crudeza—. ¿Qué pasa? Si queremos ir a la ciudad, hay que ponerse en movimiento.

Con pulso tembloroso por el esfuerzo de autocontrol que estaba haciendo, se llevó a los labios el último resto de su copa. La voz de Daisy nos hizo levantar y trasladarnos hasta la puerta. Pero una vez allí dijo:

—¿Vamos a irnos así nomás? ¿Sin dejar que nadie se fume antes un cigarrillo?

—Estuvimos fumando todo el almuerzo —dijo Tom con ira contenida.

—No discutamos. Hace demasiado calor para discutir —le rogó ella.

Él no respondió.

—Como quieras. Necesito un minuto. Vamos, Jordan.

Se fueron ambas al tocador mientras nosotros tres las esperamos afuera, pateando la grava con los pies. La silueta casi transparente de la luna había asomado en el cielo.

—¿Tiene aquí las caballerizas? —preguntó Gatsby.

—A medio kilómetro, más o menos.

—Ah.

Volvimos a quedar en silencio, hasta que Tom dijo de golpe:

—No veo el sentido de ir a la ciudad. A las mujeres se les mete cada idea en la cabeza...

Justo entonces se oyó la voz de Daisy preguntando desde una de las ventanas de arriba:

—¿Llevamos algo de beber?

—Voy a traer whisky —dijo Tom, y entró en la casa.

Gatsby se volvió hacia mí con una mueca agónica:

—No soporto más. Me moría por abrazarla durante todo el almuerzo. ¿Viste lo que pasó? Es indispensable que ella le diga la verdad.

—La verdad es que te ama. Se delata hasta en la voz.

—Lo que delata su voz es su vida de privilegios.

Eso era. Hasta entonces no había sabido entender el secreto encanto de esa vocecita que gorjeaba melodiosa e inagotable, el son de címbalos que tintineaba en ella. Lo que decía era: «En lo alto del blanco palacio, la hija del rey, la niña dorada, espera...».

Tom salió de la casa con una botella de whisky envuelta en una toalla, seguido por Daisy y Jordan, ambas con ajustados sombreritos y capas livianas bajo el brazo.

—¿Vamos todos en mi auto? —propuso Gatsby. Palpó el cuero verde del asiento—. Tendría que haberlo dejado a la sombra.

—¿Es de cambios normales? —preguntó Tom.

—Sí.

—Vaya usted en mi cupé y déjeme conducir su auto a la ciudad.

—Ehhh... seguro, adelante —dijo Gatsby sin mucha convicción—. Pero no sé si tiene combustible suficiente.

—¡Vamos, Daisy! —dijo Tom arrastrando a su esposa de la cintura—. Te sacaré a pasear en esa carroza.

Le abrió la puerta del acompañante para que entrara pero ella se zafó de su abrazo y dijo:

—Nick y Jordan irán contigo. Nosotros los seguimos en la cupé.

Y se acercó a Gatsby, rozando su chaqueta con la mano.

Jordan y yo subimos al asiento delantero del coche de Gatsby, Tom se sentó al volante, probó los cambios y luego salimos disparados hacia la ciudad a través del opresivo calor, dejándolos atrás hasta que desaparecieron de nuestra vista.

—Me pregunto dónde aprendió modales ese Gatsby —dijo Tom, al rato.

—En Oxford —contestó Jordan con malicia—. ¿Te suena?

—¿Oxford, Nuevo México? ¡Ja! ¡El tipo usa trajes rosados!

—Dime, Tom —insistió Jordan—, si tanto te irrita, ¿para qué lo invitaste a almorzar?

—Daisy lo invitó; lo conoce de cuando era soltera, Dios sabe de dónde.

A medida que se desvanecían los efectos del alcohol del almuerzo y aumentaban los del calor nos fuimos poniendo irritables. Anduvimos un rato en silencio. Cuando aparecieron a lo lejos los ojos del doctor TJ Eckleburg, recordé lo que había dicho Gatsby sobre el combustible.

—Tenemos suficiente para llegar a la ciudad —dijo Tom, luego de mirar el indicador.

—Ahí hay un taller —dijo Jordan—. Aprovechemos. No quiero quedarme varada en medio de este infierno.

Tom redujo la velocidad y frenamos levantando una nube de polvo delante del surtidor de Wilson. Un instante después él emergió del interior del taller. Miró la deslumbrante máquina de Gatsby como si no viera nada.

—Cárguenos combustible de una vez —exigió Tom—. ¿O se cree que paramos para admirar el paisaje?

—Estoy enfermo —dijo Wilson sin moverse—. Estuve así todo el día.

—¿Qué le pasa?

—Estoy agotado.

—¿Eso significa que tengo que servirme solo? —dijo Tom con impaciencia—. No sonaba muy enfermo cuando llamé por teléfono.

Con un esfuerzo Wilson salió de la sombra y, luego de varios suspiros, desenroscó la tapa del tanque. A la luz del sol su cara tenía color verdoso.

—No era mi intención molestarlo durante el almuerzo —murmuró—. Pero necesito dinero con urgencia, y creo que puedo hacer un buen negocio con su otro coche.

—¿No le gusta este? —preguntó Tom.

—Hermoso. Nunca vi uno amarillo —dijo Wilson, mientras cargaba el tanque.

—¿Le gustaría comprarlo?

—Oh, está por encima de mis posibilidades —sonrió Wilson con tristeza—. Pero podría hacer algo de dinero con el otro.

—¿Para qué quiere dinero con tanta urgencia?

—Porque llevo aquí demasiado tiempo. Quiero irme al Oeste. Quiero llevarme a mi esposa lejos.

—¿Su esposa quiere irse? —dijo Tom, sobresaltado.

—Lleva diez años pidiéndome que nos vayamos. —Wilson se apoyó la mano en la frente a modo de visera, pero no fue capaz de sostenerle la mirada a Tom. —Ahora nos iremos, lo quiera o no. Voy a llevarla lo más lejos que pueda.

La cupé pasó por el camino levantando una ráfaga de polvo. Alcancé a ver la mano de Daisy saludando.

—¿Cuánto le debo? —dijo Tom con aspereza.

Era evidente que las sospechas de Wilson no apuntaban hacia él; sólo había descubierto que Myrtle tenía un asunto y el hallazgo lo había dejado enfermo. Miré a Tom, que había hecho un descubrimiento similar una hora antes, y pensé que no hay diferencia más profunda entre los hombres que la que separa a los sanos de los enfermos. Wilson estaba tan enfermo que parecía culpable, imperdonablemente culpable, como si acabara de dejar embarazada a una criatura.

—Está bien, le daré mi coche para vender —dijo Tom—. Se lo enviaré mañana a la tarde.

Pasar por aquel valle de cenizas siempre me perturbaba, incluso ahora, al resplandor de la tarde. Me sentía observado. Miré a mi espalda como si hubiera algo. Por encima del vasto descampado, los ojos gigantescos del doctor TJ Eckleburg velaban inertes. Pero lo que había atraído mi atención eran otros ojos, que nos contemplaban con peculiar intensidad a bastante menos distancia. En una de las ventanas de arriba del taller la cortina estaba entreabierta y Myrtle Wilson espiaba la escena desde allí. Tan absorta estaba que no registró que yo la había descubierto: distintas emociones se sucedían en su cara tal como van apareciendo los objetos cuando se revela una fotografía.

Su expresión me resultó familiar: la había visto otras veces en caras de mujeres, pero en la de Myrtle Wilson me resultó inexplicable, hasta que de golpe comprendí que su mirada desencajada de ira, envidia y terror, no estaba dirigida a Tom sino a Jordan Baker, a quien había tomado por su esposa.

No hay confusión peor que la de una mente sencilla. Mientras nos alejábamos pude notar que Tom experimentaba los primeros azotes de zozobra en su interior. Su esposa y su amante, que hasta media hora antes daba desganadamente por sentadas, se estaban escurriendo de su control. Aceleró por puro instinto, con el doble propósito de alcanzar a Daisy y dejar atrás a Wilson. Surcamos las calles desiertas de Queens a cien kilómetros por hora hasta que, debajo de las vigas metálicas del tren elevado, vimos la cupé azul.

—Esas salas de cines de la Calle 50 han de ser el único lugar fresco de la ciudad —comentó Jordan—. Me encanta Nueva York en las tardes de verano, cuando no hay un alma por las calles. Tiene algo sensual, como si toda clase de frutas maduras estuvieran a punto de caerte en la mano.

La palabra «sensual» tuvo un efecto tóxico en Tom, pero antes de que pudiera decir una palabra, la cupé redujo velocidad y Daisy hizo señas de que nos pusiéramos a su lado.

—¿Adónde vamos? —gritó.

—Podemos refugiarnos en un cine —propuso Jordan.

—Demasiado calor —dijo Daisy—. Vayan ustedes. Nosotros daremos una vuelta y los encontraremos más tarde.

—No podemos deliberar aquí —dijo Tom con impaciencia, mientras un camión tocaba insistentemente la bocina detrás de nosotros—. Siganme hasta el Plaza.

Arrancó e hizo las cuadras siguientes volviendo de tanto en tanto la cabeza para ver si la cupé nos seguía. Si el tránsito la demoraba, aminoraba la velocidad hasta verla, como si temiese que se le escabullera por una calle lateral y desapareciera de su vida para siempre.

—Qué insólitas son las mujeres —dijo cuando frenó delante del Hotel Plaza—. Son capaces de cualquier cosa por un poquito de diversión.

Un minuto después, la cupé pasó a nuestro lado con insolente lentitud y frenó unos metros más adelante. Daisy y Gatsby permanecieron sentados mientras nosotros íbamos hasta ellos. Los Buchanan se enzarzaron entonces en una discusión acerca de quién había tenido la mala idea de venir a la ciudad. Jordan y yo compramos un abanico a una vendedora callejera y nos sentamos en el parapeto a la sombra.

—Fue un error venir —dijo ella—. Me parece que se avecina una tormenta.

No se refería precisamente al clima. Hacía tanto calor que las herraduras de los caballos dejaban su huella en el asfalto blando. Yo sentía hilos de sudor corriendo por mi espalda y el calzoncillo como una serpiente húmeda en la entrepierna. Una pulsación en las sienes me instaba a recordar algo importante que debía hacer en lugar de estar perdiendo el tiempo así. Pero el calor me impedía pensar.

—¡Vengan! —nos llamó Daisy—. Tenemos que decidir entre todos qué hacer. Tom dice que no se puede confiar en mi criterio.

Nos acercamos a la cupé.

—Podemos ir al Plaza y pedir cinco bañeras contiguas y sumergirnos en agua fría —propuso Daisy con picardía.

Tom la miró en silencio.

—Está bien —dijo al fin—. Tomemos una suite y pidamos que nos suban algo fresco mientras deliberamos.

—¿Deliberamos acerca de qué? —preguntó Daisy.

—Acerca de qué hacer. O lo que sea que tengas en mente.

—¿Para qué necesitamos una suite? Es la idea más absurda que...

—Es lo que vamos a hacer, te guste o no —la interrumpió Tom.

Gatsby miró a Daisy y dijo:

—Si no quieres...

—Sí quiere —dijo Tom—. Y yo estoy perfectamente capacitado para saberlo.

Los ojos de Daisy fueron de uno al otro, temiendo que la situación se le fuese de las manos. Para evitar otra escena no quedaba más remedio que encerrarse toda la tarde en una misma habitación con Tom y Gatsby.

—Ustedes vienen con nosotros —le dijo a Jordan.

—Es una locura —dije yo, pero ya era demasiado tarde. Me bastó un vistazo a Tom y a Gatsby para entender que era demasiado tarde.

Nos trasladamos en masa a una suite en el décimo piso del Plaza. La habitación era amplia pero sofocante. Abrir las ventanas fue mala idea; sólo sirvió para que entrara un vaho caliente desde el Central Park. Daisy fue hasta el espejo y se quedó dándonos la espalda, arreglándose el peinado.

—No nos dieron una suite; nos dieron las calderas —murmuró Jordan y todos nos reímos.

—Abran otra ventana para que se haga corriente —ordenó Daisy, sin darse vuelta.

—No hay más ventanas.

—Bueno, entonces pidan un hacha a recepción, y abran una.

Tom desenrolló la botella de whisky que traía oculta en la toalla y la apoyó sobre la mesa. Por la ventana abierta nos llegaron los acordes de la marcha nupcial de Mendelssohn. Había una boda en uno de los salones.

—¿La reconoces, Daisy? —dijo Tom—. Y pensar que el día que la tocaron para nosotros no sospechaba siquiera que carecías de todo criterio.

—¿Por qué no la deja en paz? —intervino Gatsby—. Fue usted el que insistió para que viniéramos a la ciudad.

Se hizo un largo silencio. El viento caliente hizo caer un adorno al piso. Jordan dijo: «Qué torpe», pero esta vez nadie se rio.

—Yo lo levanto —me ofrecí.

—Ya lo tengo —dijo Gatsby mientras lo recogía. Comprobó que no estaba roto y lo dejó caer sobre los almohadones de uno de los sofás.

—Escuche, Gatsby —dijo Tom—, me gustaría hablar unas palabras con usted a solas.

—Cuando quiera, camarada.

Tom se rio secamente.

—Es su muletilla favorita esa, ¿no?

—¿Cuál?

—¿De dónde la sacó, camarada?

—Préstame mucha atención, Tom —dijo Daisy, abandonando su contemplación frente al espejo—, si vas a ponerte desagradable, no me quedaré ni un minuto más en esta habitación, ¿me explico? Me buscaré una película, o lo que sea. Así que llama a recepción y pide hielo y soda y prepáranos unos tragos.

Mientras Tom alzaba el auricular, llegó un grito de júbilo de abajo, seguido de una salva de aplausos, y la orquesta dio por iniciada la fiesta con una irresistible melodía de jazz. Daisy me sacó a bailar y Jordan hizo lo mismo con Gatsby, mientras Tom nos contemplaba con odio.

—Necesito salir de aquí —me susurró Daisy al oído—. ¿Puedes ayudarme? Si Tom bebe de más, no sé qué pueda llegar a pasar.

Puse todo mi empeño en ayudar a Daisy, y Jordan también. Durante la hora siguiente nos turnamos en la difícil misión y creo que habríamos triunfado si Gatsby no hubiera decidido intervenir. Obviando sin disimulo a Tom en su campo de visión, dijo de pronto:

—No hay razón para seguir padeciendo este calor. Vámonos de aquí.

Todos nos pusimos de pie excepto Tom.

—Un momento —dijo tomándose su tiempo—. Antes de irnos me gustaría hacerle una pregunta al señor Gatsby.

—Diga.

—¿Qué clase de trastorno pretende causar en mi matrimonio exactamente, señor Gatsby?

Todos quedamos paralizados. Gatsby estaba pálido pero una chispa de euforia brillaba en sus ojos, ahora que por fin empezaba a suceder lo que tanto había anticipado.

—No está causando ningún trastorno —intervino Daisy—. El que pretende causarlos eres tú. Por favor, contrólate un poco.

—¿Controlarme? ¿Un poco? —repitió Tom incrédulo—. Supongo que lo único que falta es que este don nadie, venido de ninguna parte, le haga el amor a mi esposa delante de mis narices. ¿Esa es la idea? Se empieza por perderle el respeto a la institución matrimonial y se termina tirando por la borda todo sentido de decencia: que los negros se casen con los blancos y...

Por un instante fue como si se olvidara de Daisy y de todos nosotros: estaba de pie, solo, en la última frontera de la civilización con el abismo.

—No veo más que blancos en esta habitación —intervino Jordan—. Excepto tú, Tom, que estás virando levemente al rojo.

—Oh, sí, lo sé. No luzco siempre impecable, como otros. No soy popular. No doy grandes fiestas. Supongo que hace falta dejar que tus invitados conviertan tu casa en un chiquero para ser popular en el mundo actual.

Aunque estábamos irritados con él, la transición de libertino a mojigato fue tan asombrosa que, por un instante, cuando crucé una mirada con Jordan, debimos contener la risa.

—Podemos hablar de esto en mi casa —dijo Gatsby con firmeza—, cuando no haya damas presentes.

—¿Ah, sí? ¿Y quién diablos es usted, *camarada*? —dijo Tom con sorna—. Me parece que los únicos verdaderos camaradas que tiene son los de la pandilla de Meyer Wolfsheim.

—¡Basta, por favor! —exclamó Daisy—. Vámonos de aquí. Quiero irme a casa.

—Está bien —dijo Tom, y por un instante creí que iba a dejarla ir—. En cuanto el caballero comprenda que su insolente flirteo de pacotilla ha terminado.

Evitando los ojos de los dos hombres, Daisy se dirigió a la puerta. Jordan y yo la seguimos.

—Espera, por favor, Daisy —dijo Gatsby—. Dile si lo consideras un insolente flirteo de pacotilla.

Ella miró a su alrededor, desvalida.

—¿Sí o no? —insistió Gatsby.

—No —admitió ella en voz casi inaudible.

Jordan y yo anunciamos que nos íbamos. La empatía con los demás tiene sus límites y los dos estábamos saturados ya de su ensimismamiento y de sus contradicciones. Pero sus ojos parecieron decirnos: «Ustedes también son responsables de esto». Y, además, tanto Tom como Gatsby querían testigos. Ambos compitieron en insistencia para que nos quedáramos, como si ninguno de los dos tuviera nada que ocultar y consideraran un privilegio participarnos de sus emociones más íntimas.

Tom se había echado atrás en su sillón y tamborileaba los dedos en los apoyabrazos mientras nos contemplaba a todos con arrogancia.

—Siéntate, Daisy —dijo en un fallido intento por sonar paternal—. ¿Qué ha pasado exactamente? Quiero saber. Cuéntame.

Todos volvimos a nuestros asientos, salvo Gatsby, que dijo:

—Yo se lo diré. —Y mirándolo fijamente a los ojos: —Su esposa no lo ama. ¿Lo amas, Daisy?

—No —murmuró ella, al mismo tiempo que Tom exclamaba:

—¡Por supuesto que me ama!

Gatsby no pareció satisfecho con la respuesta de Daisy.

—Por favor dile si lo amas o no.

—No lo amo.

Pero su reticencia era tan perceptible que Gatsby la miró como si lo hubiera traicionado.

—No te entiendo —dijo, con menos convicción—. Creí que no tenías dudas al respecto. —Nadie dijo una palabra. —Si las tienes, por supuesto me iré.

Ante la falta de reacción de Daisy se dirigió hacia la puerta.

—¡No te vayas! —lloriqueó ella—. Te amo a ti también.

Gatsby giró muy lentamente, su cara convertida en una máscara, sus ojos parpadeando sin control.

—¿A mí también?

—No quise decir eso.

Era demasiado para asimilar, sencillamente. Creo que ese fue el motivo por el que Gatsby se aferró con tanto alivio a la retractación posterior. Pero hasta eso le quitó Tom:

—Lo que quiso decir es que me ama a mí. El problema es que a veces no lo sabe. Se le meten ideas tontas en la cabeza, eso es todo. —Asintió con satisfacción para sí y dijo: —Y yo la amo a ella. De tanto en tanto me voy de juerga y me porto como un tonto, pero siempre vuelvo, y en el fondo de mi corazón la amo todo el tiempo.

—Eres repugnante —dijo Daisy. Su voz bajó una octava y llenó la habitación de un desprecio casi palpable. Pero ahora Tom sabía que no había riesgo de recibir un golpe sorpresa y recuperó la confianza.

—Estuviste a punto de cometer un grave error, querida. Por suerte lo descubrí a tiempo.

—Como si te importara —dijo ella sin fuerza.

—Claro que me importa. Y prometo que cuidaré mejor de ti a partir de ahora.

—Me parece que no entiende —dijo Gatsby—. No va a cuidar de ella ni mejor ni peor. No va a cuidar de ella nunca más.

—¿Ah, sí? —dijo Tom y soltó una carcajada. Podía permitirse hasta reír ahora. —¿Y por qué no?

—Porque ella va a abandonarlo.

—Estupideces.

—Voy a dejarte —dijo Daisy haciendo un esfuerzo visible por no perder la voz.

Tom la miró a ella y lo miró a él, como evaluando si era cierto lo que había oído. Terminó decidiendo que no.

—Serías incapaz de dejarme —dijo—. Y serías incapaz de amar a otro.

Gatsby notó que Daisy estaba escuchando cada palabra de Tom con atención febril. Él mismo parpadeaba como si el mundo se estuviera deslizando entre sus dedos sin remedio. Entonces, para nuestro estupor, Tom empezó a recordarle con impune ternura escenas de su luna de miel, mientras la fiesta de abajo crecía en intensidad.

—¿Recuerdas cuando nadamos al amanecer en Kapiolani?

—Por favor, no —murmuró ella. Todo el rencor y el desprecio habían desaparecido de su voz. Su mano temblaba cuando trató de encender un cigarrillo.

—¿Y el día que te llevé alzada todo el camino desde el Punch Bowl porque no querías que se te mojaran los zapatos?

—Necesito hablar un minuto a solas contigo, Daisy —dijo Gatsby.

Fue la única vez que lo vi asustado. Parecía dispuesto incluso a huir en los términos en que ella pretendía, esa misma noche. Trató de decírselo con la mirada. Pero ella ya había perdido todo el coraje.

—Pides demasiado —le dijo con infinita tristeza—. No puedo decir que no amé nunca a Tom. No sería cierto.

—Hay cosas entre Daisy y yo que usted nunca conocerá. Y que nosotros nunca olvidaremos.

Gatsby seguía mirando a Daisy.

—No te pido que digas nada. Sólo te pido amarte.

Ella no contestó. Gatsby se volvió patéticamente hacia Tom:

—Ella nunca lo amó. Me consta. Podría probarlo. Sólo se casó con usted por su dinero y porque estaba cansada.

La tarde se desvanecía. La mirada trágica de Gatsby era la evidencia mayor del triunfo de Tom, pero su anhelo era tan desesperado que seguía intentando tocar lo que ya era inalcanzable al otro extremo del salón.

—Daisy nunca podría amar a alguien como usted —dijo Tom y sus palabras parecieron por fin hacer efecto en Gatsby. —Sería incapaz de amar a un estafador, a alguien que tendría que salir a robar la sortija que quiera ponerle en el dedo.

Pero Gatsby estaba demasiado trastornado para ofenderse.

Tom supo que no hacía falta ya ir más lejos. Ahora podía permitirse ser magnánimo, incluso condescendiente.

—Es tarde. Ustedes dos —dijo, en dirección a Daisy y a Gatsby—, vayan a casa. ¿Quería hablar con ella? Ahí tiene su oportunidad. Llévesela en su carroz... perdón, en su auto. Pero que quede en claro que estará hablándole a mi esposa.

Los dos partieron sin decir palabra, Daisy con los ojos llenos de lágrimas. Unos instantes después, Tom se incorporó, empezó a envolver de nuevo la botella de whisky en la toalla y de pronto dudó:

—¿Quieren beber una copa? ¿Nick, Jordan?

—No, gracias.

—Me pareció que el señor Gatsby no estaba muy contento —dijo con malicia.

—¿Qué dices? —murmuré, atontado.

—¿En qué mundo estabas?

—Me acabo de dar cuenta de que hoy es mi cumpleaños.

Eso era lo que no había logrado recordar una hora antes: que cumplía treinta años, que una nueva década se despedía ante mí con todo su portento y su amenaza.

Eran las siete en mi reloj cuando nos subimos a la cupé y arrancamos hacia Long Island. Tom hablaba y se reía sin parar, pero su voz me llegaba tan remota como las voces de los niños que jugaban en las calles y el estrépito del tren por encima de nuestras cabezas. Jordan y yo íbamos en silencio, uno al lado del otro, mientras la terrible escena en el Plaza iba quedando atrás junto con las luces de la ciudad. Los treinta: una década de soledad, de ilusiones menguantes, de promesas menguantes, de encantos menguantes. Mientras cruzábamos el puente, todo lo que quedaba por decir entre ella y yo se dijo en susurros, en fugaces roces de su mano en la mía. Así nos dirigimos hacia la muerte mientras las primeras sombras de la noche refrescaban el aire.

El joven griego llamado Mikaelis, que atendía la cafetería junto al taller de Wilson, fue el testigo principal en la causa. Dijo que se había echado a dormir una siesta hasta las cinco, para evitar el calor, y que cuando se levantó fue caminando hasta el taller, donde encontró a Wilson verdaderamente enfermo: pálido como la tiza y víctima de temblores. Mikaelis le aconsejó que se fuera a la cama, pero Wilson se negó, no quería perder ninguna oportunidad de hacer unos dólares. Mientras duró la conversación, se oía un violento alboroto en el piso de arriba.

—Tengo encerrada a mi mujer —dijo Wilson imperturbable—. La dejaré ahí hasta pasado mañana, cuando nos vayamos para siempre de aquí.

Mikaelis quedó atónito; habían sido vecinos cuatro años; en todo ese tiempo Wilson jamás le había parecido capaz de hacer o siquiera decir algo así. Era un hombre vencido: cuando no tenía trabajo, se sentaba en una silla junto a la puerta, a mirar los autos y las personas que pasaban por el camino. Cuando alguien le hablaba, él contestaba invariablemente con una risita incolora, desvaída. Parecía el sirviente de su esposa, más que el marido.

Mikaelis intentó entonces averiguar qué había pasado, pero Wilson no dijo una palabra más; se limitaba a lanzar miradas recelosas a su vecino y a preguntarle qué había estado haciendo ciertos días a ciertas horas. Mikaelis ya se estaba poniendo molesto cuando unos obreros pasaron

por la puerta del taller rumbo a su cafetería, así que aprovechó la oportunidad para irse, con la intención de volver más tarde. No lo hizo, no sabía por qué; se olvidó. Sólo tomó conciencia del hecho cuando volvió a asomarse afuera poco después de las siete, y oyó los gritos de la señora Wilson. Ahora sonaban en el taller, no en el piso de arriba.

—¡Pégame, entonces! ¡Tírame al suelo y pégame, cobarde asqueroso!

Un instante después la vio salir corriendo, agitaba los brazos y seguía aullando. Antes de que él alcanzara a reaccionar, la mujer desapareció por el camino y se hizo silencio.

El «coche de la muerte», como lo bautizaron los diarios, no frenó ni redujo su velocidad; irrumpió de la oscuridad, pasó a toda máquina y desapareció en la curva. Mikaelis ni siquiera estaba seguro del color: al primer policía que lo interrogó le dijo que era verde claro. El otro coche, el que iba hacia Nueva York, frenó unos metros más allá y el conductor se precipitó corriendo hasta donde Myrtle Wilson yacía muerta en el camino, su espesa sangre oscura tiñendo el polvo color ceniza.

Mikaelis y el conductor aún no lo sabían cuando llegaron casi a la par hasta donde había caído ella, pero apenas le abrieron la blusa, todavía húmeda de sudor, vieron el terrible impacto y supieron que era inútil auscultarle el corazón. La boca de Myrtle estaba abierta en una mueca, como si se hubiera ahogado al expulsar la desmedida vitalidad que almacenaba en su interior.

Vimos los autos y la multitud cuando estábamos a cincuenta metros del taller.

—Un choque, seguro —dijo Tom—. Wilson por fin podrá ganarse unos billetes.

Aminoró la velocidad sin intención de detenerse hasta que, cuando estuvimos más cerca, se hizo imposible ignorar las caras de espanto de la gente congregada ante las puertas del taller.

—Echemos un vistazo, a ver qué pasó —dijo vacilante—. Sólo será un vistazo.

Recién entonces registré el gemido incesante y atroz que venía del interior del taller. Cuando bajamos de la cupé y nos acercamos, el gemido pasó a ser un aullido que repetía las sílabas «¡OhDiosOhDios!» en forma estremecedora.

—Aquí pasó algo grave —dijo Tom con nerviosismo.

Se puso en puntas de pie para espiar por encima de las cabezas de los curiosos. El interior del taller estaba a duras penas iluminado por una exangüe lámpara amarilla que colgaba del techo. Vi que Tom soltaba un gruñido y su corpachón se abrió camino a violentos empujones. El círculo volvió a cerrarse con un murmullo de protesta; en vano intenté ver algo. Pero los recién llegados que pugnaban desde atrás nos fueron empujando hasta depositarnos adentro.

El cuerpo de Myrtle Wilson yacía cubierto por una manta, y luego otra, como si padeciera frío en aquella noche calurosa. Lo habían dejado sobre una mesada con herramientas que había contra la pared. Tom, de espaldas a nosotros, estaba mirándolo inmóvil. A su lado había un policía que anotaba algo en una libreta; transpiraba por el esfuerzo o por el calor. Al principio no logré divisar la fuente del aullido que rebotaba con eco escalofriante contra las paredes desnudas del taller; entonces vi a Wilson, de pie en el umbral de su oficinita, meciéndose hacia atrás y adelante, con las manos agarrotadas a los marcos de la puerta. Había alguien hablándole en voz baja, tratando de apoyarle una mano en la espalda, pero Wilson no detenía su movimiento pendular, Wilson no oía ni veía. Sus ojos estaban clavados en la luz oscilante; cuando el movimiento de la lámpara se acercaba a la mesada contra la pared, él alejaba la mirada al instante, e intensificaba su agudo y horrible aullido:

—¡OhDiosOhDiosOhDiosOhDios!

Finalmente Tom alzó la cabeza, miró con ojos vidriosos a su alrededor y le dijo algo

incomprensible al policía.

—M-i-k-e... —estaba anotando el agente.

—No, M-i-k-a-e —lo corrigieron.

—¡Escuche! —masculló Tom con fiereza.

Pero el policía sólo reaccionó cuando Tom le apoyó su manaza en el hombro.

—¿Qué quiere, hombre?

—Quiero saber qué pasó.

—La atropelló un coche. La mató en el ato.

—En el acto —corrigió Tom, sin siquiera darse cuenta.

—El hijo de puta ni siquiera frenó. Siguió viaje como si nada.

—Había dos coches —intervino Mikaelis—, uno iba para allá y el otro para allá, ¿me explico?

—¿Para dónde? —preguntó con perspicacia el policía.

—Ella salió corriendo al camino y el coche que venía de la ciudad la embistió, como a ochenta kilómetros por hora.

—¿Cómo se llama este lugar? —dijo el policía.

—No tiene nombre.

Un negro pálido y bien vestido se acercó.

—Era un auto amarillo —dijo—. Grande. Nuevo. Amarillo.

—¿Usted vio el accidente? —preguntó el policía.

—No, pero el auto amarillo me pasó un momento antes por el camino. Y es cierto: iba a más de ochenta.

Se ve que algunas de esas palabras lograron colarse en la mente de Wilson porque de repente gritó, desde la puerta de su oficinita:

—¡No necesito que me digan qué clase de coche era! ¡Yo sé qué coche era!

Tom se endureció visiblemente. Luego se dirigió a las zancadas hasta donde estaba Wilson y, cuando estuvo frente a él, lo aferró de los hombros con firmeza.

—Tiene que calmarse —le dijo ásperamente.

Los ojos de Wilson enfocaron a Tom; el movimiento pendular de su cuerpo cesó; cuando ya se desplomaba de rodillas, Tom lo sostuvo y lo reincorporó.

—Escúcheme bien —le dijo, sacudiéndolo un poco—. Acabo de llegar hace un minuto de Nueva York. Le traje la cupé de la que habíamos hablado. Ese coche amarillo que me vio conduciendo esta tarde no era mío, ¿me oye? Yo vine a traerle la cupé que usted quería comprar.

Sólo el negro y yo estábamos lo suficientemente cerca como para oír lo que decía Tom, pero el policía notó la tensión y preguntó:

—¿Qué pasa ahí?

—Conozco bien a este hombre. Hemos hecho negocios —dijo Tom volviendo la cabeza hacia el policía pero manteniendo la presión sobre los hombros de Wilson—. Dice que pudo reconocer el coche que se dio a la fuga... El coche amarillo.

El policía miró con suspicacia a Tom.

—¿Y su coche de qué color es?

—Azul.

—Además, es una cupé; no es un coche grande —dije yo.

Alguien que venía en un coche detrás de nosotros confirmó nuestras palabras, y el policía nos dejó tranquilos. Tom alzó a Wilson como si fuera un muñeco, lo sentó en una silla de la oficinita y al salir dijo en tono autoritario:

—¿Alguien puede venir a sentarse con él?

Dos de los hombres más cercanos se miraron y entraron dócilmente en la oficina. Tom cerró la puerta tras ellos, pasó a mi lado sin mirar hacia la mesada en la pared y murmuró:

—Vámonos ya.

Jordan y yo nos guarecimos detrás de su espalda y logramos colarnos entre la multitud que seguía congregándose. En la entrada nos cruzamos con un doctor, maletín en mano, a quien habían mandado llamar inútilmente media hora antes.

Tom arrancó el auto y condujo despacio hasta que pasamos la curva, pero entonces aceleró a fondo y la cupé salió disparada como un bólido hacia la noche. Minutos después oí un sollozo; miré disimuladamente en su dirección y vi que le corrían lágrimas por las mejillas.

—¡Maldito inmundo cobarde! —decía, con los dientes apretados—. Ni siquiera frenó.

La casa de los Buchanan irrumpió de golpe entre los árboles. Tom frenó en la entrada y miró a las ventanas del primer piso, donde había luz.

—Daisy está en su cuarto —dijo.

Cuando nos vio bajar del coche nos miró como a dos extraños. Luego agregó, en tono grave y expeditivo:

—Tendría que haberte dejado en tu casa, Nick. No hay nada que podamos hacer esta noche. —Algo había cambiado en él: nunca le había visto esa determinación y esa mesura. —Te pediré un taxi por teléfono. Mientras esperas, que Jordan te acompañe a la cocina y que les den algo de cenar... Si tienen ganas de comer.

Abrió la puerta de su casa y nos ofreció pasar.

—No, gracias —dije—. Te agradeceré que me pidas un taxi. Pero prefiero esperar afuera.

Jordan me pasó la mano por el brazo.

—¿No vas a entrar?

—No, gracias.

Me sentía asqueado; quería estar solo. Pero Jordan no me soltaba el brazo.

—No son ni las nueve y media —dijo.

No había nada en el mundo que pudiera hacerme entrar; ya había tenido suficiente de todos ellos, y eso, acababa de descubrir, incluía a Jordan. Creo que ella lo notó, porque me soltó abruptamente, subió corriendo los escalones y desapareció en la casa.

Me senté unos minutos en la escalera, con la cabeza entre las manos. Cuando oí adentro la voz del mayordomo llamando un taxi, me puse de pie y decidí ir caminando hasta el portón a esperar; quería alejarme todo lo que pudiera de la casa. Pero no había dado veinte pasos cuando oí mi nombre y Gatsby apareció entre los arbustos. Para dar una idea de mi estado de ánimo baste decir que en lo único que reparé al verlo fue en la luminosidad que tenía su traje rosado a la luz de la luna.

—¿Qué haces aquí? —le dije.

—Montando guardia, camarada.

Sonó a ocupación despreciable. Hasta donde yo sabía, podía estar esperando el momento oportuno para entrar en la casa a robar, él y los suyos: no me habría sorprendido si en ese momento hubieran aparecido las caras siniestras de la gente de Wolfsheim entre los arbustos.

—¿Vieron lo que pasó en el camino? —preguntó él.

—Sí.

Vaciló.

—¿Está muerta?

—Sí.

—Eso creí. Se lo dije a Daisy. Mejor que lo supiera de entrada. Lo asimilé bastante bien.

Hablaba como si la reacción de Daisy fuera lo único que importase.

—Fui hasta West Egg por un desvío —dijo— y dejé el coche en mi garaje. No creo que nos haya visto nadie, pero por supuesto no puedo estar seguro.

Su presencia me causaba tan profundo desagrado que ni me gasté en decirle que se equivocaba.

—¿Quién era la mujer? —preguntó él.

—Se llamaba Wilson. Su marido es el dueño del taller.

—¿Qué desgracia —murmuró él.

—¿Qué diablos pasó? ¿Cómo pudiste embestirla?

—Fue todo muy rápido, traté de girar el volante, es decir...

La pausa fue mínima, pero de repente supe la verdad.

—¿Conducía Daisy?

—Sí —dijo él mirando al piso—. Pero por supuesto voy a decir que conducía yo. Cuando salimos de Nueva York estaba muy nerviosa y pensó que conducir un rato la calmaría. Y la calmó, realmente. Pero entonces nos cruzó un auto por el camino y esa mujer salió corriendo de la nada. Todo pasó en un segundo. Me dio la impresión de que la mujer quería decirnos algo: como si creyera que nos conocía. Daisy no es una gran conductora, hizo lo que le dictó el instinto: por evitarla giró el volante, pero al ver el coche que se le venía encima, volvió a girar. Cuando manoteé el volante para evitarlo, sentí el impacto. Debe de haberla matado en el acto.

—La partió en dos.

—No me lo digas, camarada —se estremeció—. Y luego, en lugar de pisar el freno, apretó el acelerador. No logré que parara hasta que tiré del freno de emergencia. Entonces se echó contra mi regazo y se derrumbó. La acomodé de mi lado y seguí conduciendo yo. Mañana va a estar bien —se dijo a sí mismo—. Sólo voy a esperar aquí, por si él intenta molestarla. Está encerrada en su habitación. Si él intenta alguna brutalidad, ella va a apagar y encender la luz.

—No va a tocarla —dije—. No está pensando en ella.

—No confío en él.

—¿Cuánto piensas quedarte aquí esperando?

—Toda la noche, si hace falta. Hasta que se hayan acostado todos.

No dijo una palabra acerca de huir con Daisy, pero evidentemente no le había parecido buena idea dejarla en su casa. Entonces, de repente, vi las cosas desde un ángulo diferente: ¿qué pasaría si Tom descubría que iba conduciendo Daisy? ¿Qué sería capaz de pensar? ¿Qué *no* sería capaz de pensar? Miré hacia la casa; había luz en tres de las ventanas de abajo y un fulgor rosado en la habitación de Daisy en el piso de arriba.

—Espera aquí —dije—. Voy a ver si oigo algo.

Volví cortando camino por el jardín y subí en puntas de pie los escalones que llevaban a la galería. El living estaba con las cortinas abiertas; no había nadie. Crucé toda la galería, fui más allá de donde habíamos comido aquella noche de junio tres meses antes, me acerqué hasta un rectángulo de luz que supuse era la ventana de la despensa. Desde allí alcancé a ver a Daisy y Tom sentados frente a frente en la mesa de la cocina, con un plato de pollo frío entre ellos y dos botellas de cerveza. Él le hablaba con tal fervor que en cierto momento su mano se posó sobre la de ella y allí quedó. De tanto en tanto ella alzaba la cabeza y asentía.

No parecían felices, ninguno de los dos había tocado el pollo ni la cerveza; pero tampoco

parecían infelices. Había un aire inequívoco de intimidad en la escena: se podría haber pensado que estaban conspirando juntos.

Volví sobre mis pasos en puntas de pie. Oí mi taxi acercarse a lo lejos. Gatsby estaba esperando donde lo había dejado.

—¿Todo tranquilo? —preguntó con ansiedad.

—Sí, sí —tartamudeé—. Vete a casa y duerme un poco.

Negó con la cabeza.

—Esperaré aquí hasta que Daisy se acueste. Buenas noches, camarada.

Se puso las manos en los bolsillos de la chaqueta y volvió a su puesto de guardia, como si mi presencia violara algo sagrado de su vigilia. Me alejé sin darme vuelta y ahí lo dejé, inmóvil a la luz de la luna, velando por nada.

CAPÍTULO VIII

No pude dormir bien en toda la noche; una sirena estuvo gimiendo en la niebla mientras yo me revolvía en la cama asaltado por sueños terroríficos y por fognazos de la grotesca realidad. Hacia la madrugada oí llegar un taxi a lo de Gatsby. Salté de la cama y empecé a vestirme: tenía que advertirle algo, y mañana sería demasiado tarde.

Al cruzar el jardín vi que la puerta delantera seguía abierta; lo encontré recostado contra una mesa del vestíbulo, abatido de cansancio.

—No pasó nada —dijo sin fuerza—. Esperé, y esperé. A eso de las cuatro, ella fue hasta la ventana, se quedó allí parada un minuto y luego apagó la luz.

El caserón nunca me pareció tan enorme como esa noche, cuando recorrimos las habitaciones en busca de cigarrillos. Apartamos cortinados semejantes a telones a nuestro paso, tanteamos innumerables paredes a oscuras en busca de interruptores de luz, de pronto tropecé y al manotear en el aire toqué sin querer las teclas de un piano fantasmal. Había una inexplicable cantidad de polvo en todas partes, y las habitaciones olían a humedad, como si no las hubiesen aireado en semanas. Encontré un humidificador en una mesa, con dos cigarrillos secos adentro. Después de abrir las ventanas del salón, nos sentamos a fumar en la oscuridad.

—Deberías irte mientras puedas —le dije—. Es sólo cuestión de horas hasta que identifiquen tu auto.

—¿Estás diciendo que me vaya *ahora*, camarada?

—Sí, una semana al menos. Vete a Atlantic City, o a Montreal.

Él no quería siquiera pensarlo. No podía dejar a Daisy hasta saber qué decidía ella. Quizá debí decirle lo que sabía, pero no soporté la idea de liberarlo de la última esperanza que le quedaba.

—¿Sabes, camarada? No tengo *nada* —dijo de pronto—. Por un tiempo pensé que estaba lleno de cosas, pero la verdad es que estoy vacío. Y creo que la gente lo sabe. Por eso inventan todas esas historias sobre mí, para llenar ese vacío. Yo mismo he inventado algunas cosas. —Me miró con franqueza a los ojos y agregó: —No estudié en Oxford.

—Ya lo sé —dije, aliviado de que esa mascarada hubiera salido a la luz.

—Sólo estuve un par de meses. Muchos oficiales tuvimos esa oportunidad después de la guerra.

Quise palmearle la espalda. Mi fe en él se había renovado por completo, como ya me había sucedido antes.

—Voy a contártelo todo —dijo con súbita decisión—. La historia completa, como nunca se la he contado a nadie, ni siquiera a Daisy. No creas que he mentado tanto; sólo cambié unas cuantas cosas de lugar, para generar un poco de misterio.

Por ejemplo, era cierto que había heredado dinero, pero no de sus padres, que eran humildes y de origen ignoto, a tal punto que él nunca pudo verlos como sus verdaderos padres. Que no fuera hijo natural, que sus padres estuvieran casados, no alcanzaba para convencerlo, ¿y acaso no es prerrogativa del hombre que se hizo a sí mismo inventar sus propios antecedentes? Jay Gatsby, de West Egg, Long Island, surgió en realidad de su platónica concepción de sí mismo. Era un Hijo de

Dios, una expresión que, si significa algo, significa simplemente eso. Y a eso se dedicó: a hacerse cargo de los asuntos de su Padre, que consistían en servir a una vasta, rimbombante y un poco vulgar idea de belleza. A eso fue fiel hasta el final.

La parte de su vida que me contó empezaba cuando tenía quince años y las canciones por entonces populares comenzaron a definir su idea romántica y melancólica de la vida. A esas melodías y estrofas manufacturadas cínicamente por la industria de Tin Pan Alley les superpuso sus propias fantasías, igual de transitorias, y les adjudicó profundo significado. Por un tiempo esas fantasías dieron cobijo a su imaginación, su encanto moderno respondía como anillo al dedo al afectado universo en el que creía. Eran toda una insinuación de la irrealidad de su realidad: los cimientos de su mundo descansaban sobre el ala de un hada.

A los dieciséis años, James Gatz (ése era su nombre por entonces, al menos en sus documentos) trataba de abrirse camino en la costa sur del Lago Superior, como pescador, recolector de almejas o lo que le diese casa y comida. Su cuerpo se iba templando con naturalidad en esas jornadas mitad agotadoras, mitad ociosas. Tuvo temprana intimidad con mujeres; en cuanto empezaban a malcriarlo las desechaba, a las jóvenes vírgenes por ignorantes y a las otras porque se ponían histéricas por actitudes que, en su apabullante introversión, él consideraba perfectamente normales.

Su corazón era una turbulencia constante. La más grotesca megalomanía abrumaba sus noches. Su cerebro devanaba planes delirantes sobre el destino de las grandes naciones y las más fantásticas ciudades. Cada noche agregaba una nueva capa de relieve a sus fantasías, hasta que el agotamiento desdibujaba esas febriles escenas con su manto protector.

Esa aspiración a la gloria lo llevó, a los diecisiete años, hasta la Escuela Luterana de St. Olaf, en Minnesota del Norte. Permaneció allí dos semanas, consternado ante la indiferencia de los demás a los tambores que anunciaban su destino, y despreciando con igual intensidad el trabajo de portero con el que pagaba su matrícula. Volvió al Lago Superior con la idea de conseguir un trabajo cualquiera, y ahorrar para irse al Este. Seguía buscando ese trabajo el día en que el yate de Dan Cody ancló delante de sus narices.

Cody tenía cincuenta años, era un veterano de las minas de plata de Nevada, del Yukón, y de cualquier fiebre de cualquier metal que se hubiera desatado desde 1875. Sus negocios con el cobre acababan de hacerlo millonario y lo mantenían físicamente robusto pero al borde de la blandura mental. Sospechándolo, un número indefinido de mujeres pugnaba por separarlo de su dinero. Eran moneda corriente en la prensa de 1904 las ramificaciones de no muy buen gusto según las cuales Ella Kaye, la periodista, se aprovechó de la debilidad de Cody y después lo puso en ese yate y lo envió al mar. Él llevaba cinco años así, echando el ancla en los distintos y siempre hospitalarios puertos de la costa, cuando se topó con el destino de James Gatz en las orillas de Little Girl Bay.

—Yo venía vagando por la playa una mañana y vi un barco que se acercaba, buscando dónde echar ancla, y me pareció la cosa más linda que había visto en mi vida, hubiera dado la camisa por estar a bordo de ese barco. Y vi que iban a fondear en el peor lugar de la bahía, la corriente iba a bajar en media hora, un mal lugar. Pedí prestado un bote y remé hasta el barco y le avisé a Cody que antes del mediodía estaría encallado. Me costó convencerlo, pero cuando lo hice, me dio diez dólares de plata y me invitó a almorzar a su barco. Me preguntó mi nombre y le dije Jay Gatsby; me lo había cambiado la noche anterior. Le agradé, y él me agradó a mí, así que un par de días después me llevó a Dulluth y me compró una chaqueta marinera azul y seis pares de pantalones blancos y una gorra blanca, y cuando el *Toulomeé* partió al día siguiente hacia las Islas Occidentales, yo iba en él.

El trabajo era de amplio y vago espectro: un poco secretario, un poco mandadero, un poco mano derecha, un poco confidente, y un poco carcelero también, porque Dan Cody sobrio sabía las exuberancias que era capaz de hacer Dan Cody bebido, y para evitarse esas contingencias iba depositando más y más confianza en Gatsby. El arreglo se mantuvo en esas condiciones durante cinco años. En esos cinco años el barco dio tres vueltas continentales, y hubiera podido seguir así para siempre, si no hubiera aparecido Ella Kaye un día a bordo, en Boston. Una semana después Dan Cody estaba muerto.

Recordé el retrato de él que tenía Gatsby en su dormitorio, un hombre canoso, de cara dura y vacía, el pionero disoluto que durante la fase uno de la vida norteamericana trajo de vuelta a la Costa Este la violencia salvaje de los bares y burdeles de la frontera. Le comenté en voz alta a Gatsby esta opinión; él la aprobó.

—Por eso nunca bebo de más. Alguien tenía que hacerse cargo de las cosas, así que cambié mi política con el alcohol. Y he tenido ocasión de ver sobrio cosas que los demás... La mujeres me lavaban el pelo con champagne para emborracharme.

—Supongo que el dinero lo heredaste de él.

—Veinticinco mil dólares —dijo Gatsby—. Que nunca recibí. Era demasiado joven, ignoro cómo me estafaron, camarada. Lo cierto es que Ella Kaye se quedó con todo. Eso fue en la primavera de 1909. —Hizo un silencio. —Tuve una mala racha que duró un buen rato, después.

Frunció la cara, borró los cinco años siguientes con gesto vago y empezó a hablar de su temporada en el ejército.

—Yo me alegré cuando vino la guerra. Entre otras cosas, porque estaba en bancarrota. Fui de los primeros en presentarse en el campo de oficiales, me hicieron teniente primero. Cómo lo disfruté, camarada. Especialmente esa hora temprano a la mañana, cuando formábamos filas y aún se veían las estrellas en el cielo. Lo disfruté como un chico. Me creía capaz de cualquier cosa, estaba convencido de que algo absolutamente especial iba a suceder en mi vida.

Al principio, como muchos jóvenes de su generación, creyó que se quedaría en el ejército para siempre. Se sentía serenamente feliz, el esfuerzo era tan austero, el objetivo tan nítido y realizable. Entonces lo enviaron a un campamento en las cercanías de Louisville, y una noche fue con un grupo de oficiales a una fiesta en un country-club. Una semana más tarde todos sus reflejos respondían a un único sonido: la envolvente, irresistible vocecita de Daisy Fay.

Daisy fue la primera chica «bien» que conoció. En diferentes circunstancias de su vida había tenido contacto con gente así, pero siempre con un invisible alambre de púas de por medio. Daisy le resultó instantáneamente irresistible. Fue a visitarla a su casa, primero con otros oficiales, luego solo. Estaba en éxtasis: nunca había pisado una casa tan fabulosa. La atmósfera de la casa tenía para él una intensidad casi irrespirable porque Daisy *vivía* ahí: algo que para ella era tan indiferente como para él la carpa del campamento. Desde la planta baja se podía sentir el misterio de los dormitorios de arriba, algunos más frescos que otros, y el eco de mil actividades alegres en los radiantes pasillos, de romances sin olor a humedad ni conservados en lavanda sino frescos, palpitantes como autos último modelo, como fiestas cuyas flores jamás se marchitan. Lo excitaba incluso que otros hombres amasen a Daisy, la hacía más valiosa a sus ojos. Podía sentir la presencia invisible de todos ellos en la casa, impregnando el aire con el eco aún vívido de sus emociones.

Pero sabía que estaba en esa casa por un azar colosal. Sabía que era un don nadie, con un pasado inconfesable, sabía que la invisible capa del uniforme podía deslizarse en cualquier momento de sus hombros. Así que aprovechó su tiempo al máximo. Manoteó lo que pudo, voraz e inescrupulosamente; y una serena noche de octubre, obtuvo a Daisy. Lo hizo porque no tenía

derecho a tocarle la mano.

Podría haberse despreciado a sí mismo, porque apeló a malas artes. No fue que se hiciera pasar por hijo de millonario, pero se encargó de darle una sensación de seguridad, le dejó creer que era de su mismo estrato, que estaba perfectamente capacitado para cuidar de ella, cuando en realidad nada de eso era cierto: no tenía ninguna familia que lo respaldara, sólo un gobierno impersonal que podía disponer de él en cualquier momento y enviarlo a cualquier rincón del mundo.

No se despreció a sí mismo porque nada sucedió como imaginaba. Había tenido toda la intención de manotear lo que pudiera e irse; pero terminó cautivo, comprometido en cuerpo y alma a la persecución de un grial. Sabía que Daisy era extraordinaria, pero hasta ese momento no entendía cuán extraordinaria podía ser una chica «bien». Daisy era su casa hermosa, su vida plena de encanto, su voz irresistible... Anheló casarse ahí mismo con ella, sencillamente.

Cuando volvieron a encontrarse, dos días más tarde, el que estaba sin aliento, el que temía traicionarse, era él. El porche de la casa relucía con el lujo de lo imperecedero; el mimbre de la reposera crujió deliciosamente cuando ella se volvió hacia él y él besó su ávida, preciosa boca. Estaba resfriada, lo que hacía su voz más ronca y encantadora que nunca, y de golpe Gatsby tuvo la abrumadora conciencia de que no hay juventud ni misterio como los que la riqueza aprisiona y preserva, no hay frescura como la de sus muchas ropas, y en el centro de esa visión estaba Daisy, resplandeciente como el oro blanco, orgullosa, segura de sí, olímpicamente ajena a los sudorosos conflictos de los pobres.

—No puedo describir cuánto me sorprendió entender que la amaba, camarada. Me sentí estafado. Fui y le dije parte de la verdad, con la esperanza de que me echara, pero no sirvió de nada, porque ella también se había enamorado de mí. Ella creía que yo sabía mucho de la vida sólo por venir de un mundo distinto. Entonces hicimos esa caminata, aquella noche, y de pronto entendí que ella era todo lo que había soñado. Y todo estuvo bien. Me imaginé toda mi vida pero con Daisy, traté de imaginar cómo podíamos casarnos y cuánto dinero necesitaríamos por mes para vivir. Ya no quería ser un gran hombre porque no podía concebir que existiera algo mejor que estar juntos. ¿De qué servía hacer grandes cosas si lo pasaba mejor contándoselas a ella mientras la sostenía en mis brazos?

La última tarde antes de que su regimiento partiera al extranjero, estuvieron largo rato sentados, ella en su falda, en silencio. Era un día frío de otoño, la chimenea estaba encendida, ella tenía las mejillas arrojadas. Cada tanto se movía un poquito y él acomodaba un poco su brazo y le besaba el pelo. La tarde los había sosegado, como ofreciendo un respiro a la tristeza que sobrevendría el día siguiente. Nunca habían estado tan cerca, en el mes que llevaban enamorados, nunca habían estado en comunicación más profunda que en ese momento en que ella rozó con labios silenciosos la solapa de su uniforme y él le tocó la punta de los dedos con suavidad, como si estuviera dormida.

Le fue bien en la guerra. Ya lo habían hecho capitán antes de mandarlo al frente; después de la batalla de Argonne lo ascendieron a mayor y lo pusieron a cargo de las ametralladoras de la división. Tenía un don instintivo como oficial; si la guerra hubiera durado más, habría llegado lejos. Después del armisticio intentó frenéticamente que lo mandaran a casa, pero por una serie de

complicaciones y malentendidos terminó en Oxford. Estaba preocupado: las cartas de Daisy sonaban cada vez más nerviosas. No entendía por qué él no podía volver de una vez. Estaba abrumada por la presión del mundo que la rodeaba, sólo quería verlo, tenerlo a su lado, asegurarse de que estaba haciendo lo correcto después de todo.

Daisy era joven y su mundo era un mundo artificial con aroma a orquídeas y modales exquisitos y orquestas que marcaban el ritmo según el cual transcurría el año, resumiendo las tristezas y sorpresas de la vida en canciones de moda. Cada noche, cien saxofones soplaban los acordes del «Beale Street Blues» mientras cien pares de zapatos dorados y plateados levantaban polvo a su ritmo. Incluso en la hora más gris había salones que palpitaban al ritmo de esa dulce fiebre y rostros frescos como pétalos de rosas que flotaban en el aire como impulsados por los instrumentos que hacían vibrar la habitación.

En ese cíclico universo crepuscular comenzó una nueva temporada y Daisy descubrió de pronto que tenía otra vez media docena de citas al día con media docena de hombres. Se acostaba de madrugada, sin sacarse ni el vestido ni las joyas, y se despertaba enmarañada en orquídeas moribundas que yacían junto a su cama. Y todo el tiempo algo dentro de ella clamaba por una decisión. Quería que su vida se definiera de una vez, quería que aquello que decidía dentro de ella (el amor, el dinero, el sentido práctico) decidiera de una vez.

Entonces llegó la primavera, y con la primavera llegó Tom Buchanan. Había algo saludablemente sólido en su persona y en su posición, y Daisy sintió la familiaridad, y se sintió a gusto. Sin duda hubo cierta puja interna, pero también hubo cierto alivio después. La carta le llegó a Gatsby cuando estaba en Oxford.

Era ya de madrugada. Fuimos abriendo las ventanas de la planta baja y la casa se llenó de luz, primero grisácea, luego dorada. La sombra fantasmal de un árbol se dibujaba en el rocío; pájaros fantasmales cantaban entre las hojas azuladas; había una brisa leve, invisible, que prometía un día perfecto.

—Necesité un año entero para hacerle entender a mi cabeza que la había perdido —dijo Gatsby ensimismado—. Pero lo logré, finalmente. Fue un alivio no pertenecer a la sociedad, camarada; eso me ahorró el riesgo de cruzarme con alguien que la conociera o que pudiera mencionarla.

Una vez le tocó ir a Louisville por un asunto de negocios. Se quedó una semana, recorriendo las calles que habían recorrido juntos a pie y las que sólo había visto desde el interior del coche blanco de ella. Ahora era toda la ciudad la que le hacía sentir aquello que antes sentía cuando entraba en la casa de ella. Se fue de Louisville con la sensación de que, si se hubiera esforzado más en buscarla, la habría encontrado; sintió que la estaba abandonando. Hacía calor en el vagón pullman cuando subió al tren, así que se dirigió al fondo, a la plataforma abierta, y se recostó contra la baranda, y contempló cómo iba quedando atrás la estación y luego las construcciones anónimas, y luego los parques y jardines, y un tranvía amarillo cuyos ocupantes miraron en su dirección y él se preguntó si alguno de ellos habría visto alguna vez el pálido, mágico rostro de ella por las calles.

Las vías torcieron el rumbo entonces y de pronto tuvo enfrente el sol poniente, sus rayos extendiéndose como una bendición sobre la ciudad que iba quedando atrás. Estiró la mano, sintió el viento entre los dedos, intentó conservar aunque fuese una brizna de aquello que ella había hecho adorable con su sola presencia. Pero el tren iba demasiado rápido ya para sus ojos empañados, y supo que había perdido para siempre la mejor parte, la más valiosa de su vida.

Eran las nueve cuando terminamos el desayuno y salimos al jardín. La noche había refrescado la temperatura, ya se sentía el otoño en el aire. El jardinero se nos acercó y dijo:

—¿Puedo vaciar la piscina, señor Gatsby? Pronto empezarán a caer las hojas y eso siempre produce problemas en las cañerías.

—No. Hoy no —contestó Gatsby—. Quiero nadar un poco más tarde.

Miré mi reloj y me puse de pie.

—En doce minutos sale mi tren.

No quería ir a la ciudad. Me sentía incapaz de trabajar, y además no quería dejar a Gatsby. Así que perdí ese tren, y el siguiente, hasta que me decidí a irme.

—Te llamaré más tarde —dije.

—Muy bien, camarada.

—Alrededor del mediodía.

Bajamos despacio los escalones.

—Supongo que Daisy también llamará —dijo y me miró con ansiedad, como esperando que yo corroborara.

—Supongo que sí.

—Bueno, adiós.

Nos dimos la mano y emprendí la marcha. A mitad de camino recordé algo y me di vuelta:

—¡Son todos indignos de ti! —le grité desde el jardín—. ¡Tú vales más que todos ellos juntos!

Me alegré de habérselo dicho. Fue el único cumplido que le hice en todo el tiempo que lo traté. Él se rio, y luego aceptó el cumplido con una sonrisa radiante. Su traje rosado era la única mancha de color contra el fondo blanco de las escalinatas. Recordé la noche en que pisé por primera vez aquella mansión, tres meses antes: el jardín y la galería abarrotados de gente murmurando conjeturas sobre su misteriosa persona, y él de pie en aquella balaustrada, ocultando a todos su secreto propósito mientras los despedía desde lejos.

Quería agradecerle su hospitalidad. Siempre estábamos agradeciéndole, yo y todos los demás.

—¡Fue un buen desayuno, Gatsby, gracias! —pero él ya se había ido para adentro.

Cuando llegué a la oficina, intenté durante un rato hacer una lista de cotizaciones que me habían pedido pero me quedé dormido en mi silla giratoria. Poco antes del mediodía me despertó el teléfono; mientras atendía noté que tenía la frente perlada de sudor. Era Jordan. Solía llamarme a esa hora, era el único momento del día en que sus traslados entre hoteles y sus horarios de práctica se lo permitían. Su voz sonaba siempre fresca y lozana, como si una brizna de pasto se colara flotando por la ventana de la oficina, pero esa mañana era áspera y seca.

—No estoy en casa de Daisy —dijo—. Me vine a Hempstead, y esta tarde parto a Southampton.

Seguramente tenía sus razones para irse de la casa de Daisy, pero la noticia me molestó, y sus siguientes palabras me irritaron más aun:

—No te portaste muy bien conmigo anoche —dijo.

—¿Qué esperabas que hiciera?

Un instante de silencio. Luego:

—No sé. De todas maneras... quiero verte.

—Yo también quiero verte.

—¿Qué te parece si no voy a Southampton y nos vemos en la ciudad esta tarde?

—Esta tarde no puedo.

—...

—Esta tarde es imposible.

Hablamos así un rato más, y de pronto dejamos de hablar. No sé cuál de los dos colgó primero, sólo sé que no me importó. No podría haber estado frente a frente con ella esa tarde aunque eso significara no volver a verla nunca más.

Llamé a casa de Gatsby unos minutos más tarde, pero daba ocupado. Traté cuatro veces más; al final, la exasperada operadora me dijo que la línea estaba ocupada por una llamada de larga distancia desde Detroit. Saqué la guía de horarios de tren y marqué el de las 15.50. Luego me recosté en mi silla y traté de pensar. Aún no era el mediodía.

Al subir al tren esa mañana había ocupado un asiento que me ahorrara la visión del taller de Wilson cuando cruzáramos el valle de cenizas. Supuse que aún habría una multitud afuera, pandillas de niños buscando manchas de sangre en el camino, algún charlatán repitiendo una y otra vez lo sucedido hasta que no pudiera contárselo a nadie más y el trágico final de Myrtle Wilson comenzara a hundirse en el olvido. Pero necesito retroceder un poco y volver a lo que ocurrió en el taller después de que nos fuéramos la noche anterior.

Hubo dificultades para localizar a Catherine, la hermana de Myrtle. Se ve que la noticia le había hecho transgredir su regla contra el alcohol, porque estaba completamente borracha cuando llegó; no lograba entender que la ambulancia ya había partido hacia Flushing con el cuerpo de su hermana. Cuando se lo hicieron entender se desmayó. Por amabilidad o mera curiosidad, alguien la subió a su auto y la condujo hasta la morgue.

La gente se apretujó a la entrada del taller hasta pasada la medianoche, mientras George Wilson seguía meciéndose hacia adelante y atrás, repitiendo su letanía, sólo que ahora lo habían sentado en una silla. La puerta de su oficina seguía abierta, y todos los que lograban entrar en el taller permanecían un rato mirándolo, como hipnotizados, hasta que alguien dijo que era una vergüenza y cerró la puerta. Mikaelis y otros vecinos estaban con él; al principio eran cuatro, luego tres, más tarde dos. Finalmente Mikaelis le pidió al último desconocido que aguantara unos minutos más mientras él iba a su negocio a preparar una jarra de café. Cuando volvió, se quedó a solas con Wilson hasta que amaneció.

A eso de las tres de la mañana, la letanía de Wilson se interrumpió: pareció que se había tranquilizado hasta que empezó a hablar del auto amarillo. Dijo que sabía cómo descubrir a quién pertenecía. Luego agregó que, un mes antes, su esposa había vuelto de la ciudad con un ojo negro y la nariz rota. Un estremecimiento recorrió su cuerpo y empezó a gemir y bambolearse de nuevo. Mikaelis trató en vano de distraerlo.

—¿Cuántos años llevaban casados, George? Vamos, trate de quedarse quieto un minuto y conteste mi pregunta. ¿Cuántos años de casados?

—OhDiosOhDios...

—¿Tuvieron hijos? Vamos, George, le hice una pregunta. ¿Tuvieron hijos?

Unos desagradables cascarudos voladores revoloteaban en círculos en torno a la lámpara desnuda que colgaba del techo. Cada vez que Mikaelis oía el motor de un auto que pasaba por el camino, pensaba que era el que había causado el accidente horas antes. No quería salir de la oficina porque la mesada donde habían apoyado el cuerpo estaba manchada de sangre, así que se limitaba a ir y venir por el cubículo vidriado hasta que sintió que conocía de memoria cada objeto que había en él. De tanto en tanto se sentaba junto a Wilson y trataba de tranquilizarlo.

—¿Va a la iglesia a veces, George? Quizá sea momento de ir. Si quiere puedo llamar para que venga un sacerdote, ¿cree que le serviría de algo?

—No soy creyente.

—Debería, George. En momentos como este... Pero alguna vez habrá ido a alguna iglesia. ¿No se casó en una? Escuche, George, escúcheme. ¿No se casó por iglesia?

—Eso fue hace mucho.

El esfuerzo por contestar frenó su vaivén y su gemido; por un instante quedó en silencio. Sus ojos empezaron a moverse de manera extraña entonces.

—Abra ese cajón —dijo, señalando su escritorio.

—¿Cuál?

—Ese, el de abajo.

Mikaelis lo abrió. No había nada adentro, salvo una correa para perros, de cuero trenzado con hilos de plata. Parecía nueva, y cara.

—¿Esto? —dijo, alzándola del cajón.

Wilson asintió.

—La encontré ayer a la tarde. Ella explicó no sé qué cosa, pero yo supe que había algo raro.

—¿Quiere decir que su esposa compró esa correa?

—La tenía envuelta en papel de seda, en un cajón de su cómoda.

Mikaelis no veía nada raro en ello. Le ofreció a Wilson una docena de razones por las que su esposa podría haber comprado la correa. Se ve que Wilson ya había oído algunas de boca de Myrtle, porque retomó su letanía y su movimiento pendular.

—Él la mató —dijo de golpe y se detuvo, con la boca abierta.

—¿Quién la mató?

—Ya sé cómo descubrirlo.

—Vamos, George. Está sometido a mucha tensión; no sabe lo que dice. Lo mejor sería que se recueste hasta mañana.

—Él la mató.

—Fue un accidente, George.

Wilson negó con la cabeza. Sus ojos se achicaron hasta parecer dos ranuras y su boca se tensó en una mueca.

—Lo sé —dijo con certeza—. Soy confiado con la gente, jamás pienso nada malo de nadie, pero cuando sé algo, lo sé. Fue el dueño de ese auto. Ella salió corriendo al camino para detenerlo y decirle algo, pero él ni siquiera frenó.

Mikaelis también había sido testigo de la escena, pero no se le cruzó por la cabeza que la mujer hubiera reconocido al conductor. Creyó que había corrido hacia el camino para huir de su esposo, nada más.

—¿Qué quiere decir, George? ¿Qué pretendía ella exactamente?

—No había manera de saberlo, nunca. Así era ella —dijo Wilson, y empezó a mecerse de nuevo.

Mikaelis permaneció a su lado enrollándose la correa en la mano.

—¿Hay alguna persona a la que quiera que telefonee, George?

Lo dijo sin ninguna esperanza; podía apostar que Wilson no tenía un solo amigo: ni siquiera a su esposa le interesaba su amistad. Se alegró cuando notó poco más tarde un cambio en la habitación: un trémulo azul clareaba en la ventana, amanecería en cualquier momento. Poco después de las cinco se atrevió a apagar la luz.

Los ojos vidriosos de Wilson se volvieron hacia la ventana y contemplaron el valle de cenizas

allá afuera. Nubes grises de contorno fantasmal flotaban en el tenue viento del alba.

—Yo le dije —murmuró, tras un largo silencio—. Le dije que podía engañarme a mí pero no podía engañar a Dios. La llevé hasta la ventana —con un esfuerzo se levantó, caminó hasta allá y apoyó la cara contra el vidrio—, y le dije: «Dios sabe lo que has estado haciendo. Todo lo que has estado haciendo. Puedes engañarme a mí, pero no puedes engañar a Dios».

Mikaelis se paró detrás de él y vio con un escalofrío que Wilson tenía la mirada fija en los ojos gigantes del Dr. Eckleburg, que acababan de emerger pálidamente en el paisaje.

—Dios lo ve todo —murmuró Wilson.

—Es una publicidad solamente —dijo Mikaelis. Pero prefirió apartarse de la ventana y enfocar sus ojos en la oficina vacía. Wilson se quedó allí largo rato, con la cara contra el vidrio, asintiendo para sí mientras se hacía de día.

A las seis Mikaelis estaba agotado, y agradeció cuando oyó que un coche se detenía afuera. Era uno de los curiosos de la noche anterior, que había prometido volver. Partió a su cafetería a preparar el desayuno para los tres. Cuando volvió, comieron juntos. Wilson parecía más tranquilo, así que Mikaelis se fue a dormir. Cuando se despertó cuatro horas más tarde y volvió al taller, Wilson ya se había ido.

La policía rastreó sus movimientos. Wilson hizo todo el camino a pie hasta Port Roosevelt y de ahí a Gad's Hill, donde compró un sándwich que no comió y un café. Debe de haber estado agotado, porque no llegó a Gad's Hill hasta el mediodía. No hubo dificultad para reconstruir su itinerario: unos niños habían visto pasar a un hombre que «parecía medio loco» y varios automovilistas se cruzaron con un hombre a pie que los miró con extrañeza desde el costado del camino. Las tres horas siguientes eran un enigma. Basándose en lo que le había dicho a Mikaelis, la policía suponía que Wilson dedicó ese lapso a averiguar la identidad del dueño del coche amarillo, yendo de taller en taller. Pero ninguno de los empleados de esos talleres lo había visto. Quizás encontró una manera más fácil, más segura, de averiguar lo que necesitaba averiguar. Lo único que se sabía es que, a las dos y media de la tarde, había sido visto en West Egg, donde preguntó a alguien el camino a la casa de Gatsby. Así que para entonces ya tenía en claro su objetivo.

A las dos de la tarde, Gatsby se puso un traje de baño y avisó al mayordomo que, si alguien telefoneaba, fueran a avisarle a la piscina. Pasó por el garaje a buscar una colchoneta inflable que había sido muy celebrada por sus invitados durante todo el verano; el chofer lo ayudó a inflarla. Gatsby le dijo que no dejara el coche a la vista bajo ninguna circunstancia. El chofer lo notó nervioso y dijo que le resultó extraña la orden, porque el guardabarros delantero derecho estaba abollado.

Gatsby se echó la colchoneta al hombro y se dirigió a la piscina. A mitad de camino se detuvo una vez para acomodársela de otra manera; el chofer le preguntó si necesitaba ayuda, pero él negó con la cabeza y desapareció entre los árboles.

Nadie llamó por teléfono, pero el mayordomo se mantuvo alerta hasta las cuatro. Creo que ni el propio Gatsby esperaba para entonces una llamada de Daisy, o quizá ya no le importaba. Si fue así, debió de sentir que había perdido el último resto de aquel mundo añorado: había pagado un alto precio por vivir tanto tiempo pendiente de un sueño único y excluyente. Imagino que habrá

levantado la vista y contemplado ese cielo desconocido entre las hojas que empezaban a amarillear, y habrá sentido un escalofrío al descubrir qué grotesco objeto es una rosa y qué cruda es la luz del sol cuando se posa sobre la hierba inerte. Tenía delante de sus ojos un mundo nuevo, pero su materialidad no lo hacía más real; sólo veía siluetas fantasmas que se alimentaban de sueños hechos de aire mientras iban fortuitamente a la deriva... como aquella figura cenicienta que surgió de pronto entre los árboles.

El chofer oyó los disparos pero declaró que en el momento no les prestó atención. Yo fui de la estación directo a casa de Gatsby; mis golpes a la puerta fueron al parecer lo primero que alarmó al personal. Pero para entonces algo sabían, estoy convencido. Porque casi sin decir palabra me siguieron, el chofer, el mayordomo y el jardinero, hasta la piscina, apurando el paso para no quedar atrás.

El agua ondeaba con suavidad apenas perceptible. La colchoneta flotaba inmóvil, con su carga inerte, hasta que una ráfaga de viento la hizo girar levemente, dejando un delgado hilo rojo en el agua como trazado por un compás. Sólo cuando cargábamos el cuerpo de Gatsby rumbo a la casa, el jardinero reparó en el cadáver de Wilson, tendido sobre la hierba a un costado, y la tragedia alcanzó su culminación.

CAPÍTULO IX

A casi dos años de los hechos, lo que queda en mi recuerdo de ese día, esa noche y el día siguiente es una interminable sucesión de policías, periodistas y fotógrafos que entraban y salían de la casa de Gatsby. Luego pusieron un precinto en la puerta y dejaron un agente de guardia para echar a los curiosos, pero los chiquillos de la zona descubrieron que podían entrar por mi jardín y todas las tardes veía un puñado de ellos de pie ante la piscina, contemplando el agua y la mansión con la boca abierta. Alguien, creo que un detective de la policía, pronunció en cierto momento la palabra «demente» luego de contemplar el cadáver de Wilson en el pasto, y definió el enfoque que le dio la prensa al suceso la mañana siguiente.

La mayoría de esos artículos eran basura: grotescos, banales, escandalosos, falsos. Cuando se filtró la declaración de Mikaelis referida a las sospechas de Wilson sobre su esposa, yo pensé que los pasquines de chismes se harían un festín, pero Catherine, la hermana de Myrtle, que sabía una cosa o dos, no dijo una palabra. Dio muestras de una sorprendente entereza: miró al juez a los ojos y juró que su hermana jamás en la vida había visto a Gatsby, que era totalmente feliz con su esposo, y que no había tenido un solo desliz en todo su matrimonio. Lo dijo tan convencida que pareció convencerse ella misma, y rompió a llorar en su pañuelo, como si la mera idea de un desliz fuera una afrenta a la memoria de la difunta. Wilson fue caratulado como «trastornado de dolor» para que el caso pudiera cerrarse sin complicaciones. Y así lo cerraron.

Pero todo eso me era tan remoto como secundario. Había algo que ocupaba más mi atención: me había convertido en el único que quedaba en el bando de Gatsby. Desde el momento en que llamé a la policía de West Egg y reporté el hecho, todos los asuntos relacionados con su persona me fueron remitidos. Al principio no supe cómo reaccionar; a lo largo de las horas siguientes, mientras acompañaba su cuerpo sin vida, fue abriéndose paso en mi cabeza la evidencia de que estaba a cargo porque nadie más iba a encargarse; me refiero a encargarse de esa manera intensamente personal a la que todos tenemos derecho al final de la vida.

Llamé a Daisy después de llamar a la policía. La llamé instintivamente, sin dudar. Pero me informaron que ella y Tom se habían ido a primera hora, con equipaje.

—¿No dejaron ninguna dirección o teléfono?

—No.

—¿No dijeron cuándo vuelven?

—No.

—¿Alguna idea de dónde están, que me sirva para ubicarlos?

—No sabría decirle.

Yo sólo quería conseguirle compañía. Quería entrar en la habitación donde yacía y asegurarle: «Voy a conseguirte alguien, Gatsby. No te preocupes. Confía en mí, voy a conseguirte alguien».

El nombre Meyer Wolfsheim no figuraba en la guía telefónica. Le pregunté al mayordomo y me dio la dirección de una oficina en Broadway. Llamé a Informaciones, conseguí que me dieran un número de teléfono, pero cuando lo disqué ya eran más de las seis y nadie contestaba.

—¿Puede insistir otra vez? —le pedí a la operadora.

—Ya intenté tres veces.

—Es muy importante.

—Lo siento. Me temo que no hay nadie.

Volví a la habitación donde estaba Gatsby. Al entrar pensé por un instante que los presentes eran gente que venía a presentar sus respetos. Pero cuando alzaron sin pudor la sábana que lo cubría y miraron con ojos impasibles el cadáver, oí la voz de mi amigo suplicando en mi cerebro: «Escucha, camarada. Tienes que conseguirme a alguien. Tienes que hacer un esfuerzo. No puedo pasar por esto solo».

Alguien empezó a hacerme preguntas, pero me libré de él y subí al dormitorio de Gatsby. Fui directo al escritorio y abrí todos los cajones que no estaban con llave. En ningún momento le había oído decir expresamente que sus padres estaban muertos. Pero no encontré nada: sólo la foto de Dan Cody, ese recuerdo de juergas pasadas, me miraba fija y ausente desde la pared.

A la mañana siguiente envié a Edgar, el mayordomo, a Nueva York, con unas líneas para Wolfsheim donde lo instaba a venir en el primer tren. Me parecieron superfluas mientras las escribía: estaba seguro de que se pondría en marcha hacia Long Island en cuanto lo leyera en los diarios. Igual de seguro estaba de que antes del mediodía llegaría algún telegrama de Daisy. Pero no hubo respuesta de Wolfsheim ni telegrama de Daisy, y no vino nadie salvo más policías y periodistas y fotógrafos. Cuando el mayordomo volvió con la respuesta de Wolfsheim, sentí una furiosa y solitaria solidaridad por Gatsby: éramos él y yo contra todos.

Estimado Carraway esto ha sido uno de los impactos más terribles de mi vida no me lo puedo creer todavía. La locura de ciertos individuos es de no creer. No puedo ir ahora porque estoy con un asunto muy importante y no puedo moverme de la ciudad ahora. Si hay algo que pueda hacer más adelante hágamelo saber a través de Edgar. No sé ni dónde estoy parado con la noticia me ha dejado sin palabras.

MEYER WOLFSHEIM

Hágame saber del funeral no sé nada de la familia.

El tercer día llegó un telegrama desde Minnesota firmado Henry C. Gatz. Sólo decía que el remitente partía de inmediato y que se pospusiera el funeral hasta su llegada.

Resultó ser el padre de Gatsby. Era un viejo muy ceremonioso, muy desvalido y muy consternado, que vestía un voluminoso abrigo a pesar del calor que hacía. Los ojos se le llenaban de lágrimas a cada instante, y cuando lo liberé de la valija y el paraguas que cargaba en sus manos, empezó a tirarse de la barba gris con tal desolación que me costó encontrar la manera de quitarle el abrigo. Me pareció que iba a desplomarse en cualquier momento, así que lo llevé del brazo hasta el sillón más cercano y mandé que le trajeran algo de comer. Pero él no quiso comer nada, y derramó la mitad del vaso de leche cuando quiso levantarlo con pulso tembloroso.

—Lo leí en los diarios de Chicago —dijo—. Estaba en todos los diarios. Me puse en marcha al instante.

—Perdone, pero no sabía cómo ubicarlo.

Sus ojos iban y venían por la habitación sin descanso.

—Un demente loco de celos —dijo—. Asesinado por un demente loco de celos.

Me pregunté si serviría de algo decirle que Gatsby no conducía el auto, pero temí que terminara de derrumbarlo.

—¿Puedo ofrecerle un café?

—No quiero nada. Estoy bien así, señor...

—Carraway.

—Estoy bien. ¿Dónde tienen a Jimmy?

Lo llevé hasta el salón donde yacía su hijo, y lo dejé ahí a solas. Unos chiquillos habían subido los escalones del jardín y estaban espiando desde la galería. Cuando les informé con sequedad quién había llegado, se marcharon en silencio.

Un rato después el señor Gatz salió del salón con los ojos enrojecidos pero más compuesto. Había alcanzado una edad en que la muerte ya no tiene el horrendo efecto sorpresa que tiene para los más jóvenes, y cuando miró alrededor reparó por primera vez en las dimensiones y el esplendor del vestíbulo, y en la sucesión de salones que se abrían a otros salones, y su dolor empezó a teñirse de un orgullo reverencial. Lo ayudé a subir hasta uno de los dormitorios; mientras se quitaba la chaqueta y el chaleco, le informé que había postergado el funeral hasta su llegada.

—Usted dirá cómo quiere que lo hagamos, señor Gatsby.

—Mi apellido es Gatz.

—Sí, claro, disculpe, señor Gatz. Pensé que quizás usted querría llevarse el cuerpo al Medio Oeste.

Él negó con la cabeza.

—A Jimmy siempre le gustó más el Este. Llegó adonde llegó aquí en el Este. ¿Era usted amigo de mi muchacho, señor...?

—Muy amigo.

—Tenía un gran futuro por delante, sabe. Era un jovencito todavía, pero tenía mucho cerebro aquí. —Se tocó la cabeza; yo asentí en silencio. —Si no hubiera terminado así, habría sido un gran hombre. Habría ayudado a construir el país.

—Es cierto —dije, incómodo.

Alzó el cubrecama con pulso tembloroso y se acostó casi sin tocar las sábanas; al instante estaba dormido.

Cuando sonó el teléfono esa noche creí que era Daisy, finalmente. Pero resultó ser una voz masculina, insegura, que pidió saber con quién hablaba antes de dar su nombre.

—Habla el señor Carraway —dije.

—¡Ah! —dijo la voz, con alivio—. Habla Klipspringer.

Yo también sentí alivio. Ese llamado podía significar que habría otro amigo ante la tumba de Gatsby. No había querido anunciar el funeral en los diarios para no atraer curiosos; me había limitado a llamar yo mismo a unas pocas personas, pero todas fueron imposibles de localizar.

—El funeral es mañana —le dije—. A las tres saldremos al cementerio desde aquí. Avísele a quien le parezca necesario.

—Eh, sí, seguro —contestó Klipspringer—. No creo que vea a nadie, pero si se me ocurre alguien, por supuesto.

Su tono me hizo sospechar.

—Por supuesto, usted vendrá.

—Eh, haré lo posible. En realidad llamaba por...

—Un momento —lo interrumpí—. ¿Puede por favor confirmarme que vendrá?

—Bueno, el asunto es... La verdad es que estoy en casa de una gente aquí en Greenwich, y ellos cuentan conmigo para mañana. Hay una especie de picnic o algo así. Haré lo posible para

escaparme.

Debe de haber notado mi desdén porque su voz sonó nerviosa cuando agregó:

—Llamaba en realidad por un par de zapatillas que dejé olvidadas allá. Pensaba que tal vez no fuera demasiada molestia que el mayordomo se encargara de enviármelas. Son de tenis. No sirvo para nada sin esas zapatillas. Mi dirección es...

No llegué a oírla; colgué antes el auricular, y sentí vergüenza por Gatsby. Poco antes, otra de las personas a quienes llamé para avisarles del funeral me dio a entender inequívocamente que el tipo había recibido lo que se merecía. Fue mi culpa; tendría que haberlo pensado mejor antes de ponerme a llamar a esa clase de tipos que venían a beberse el licor de Gatsby y, envalentonados por la bebida o la concurrencia, se mofaban de él a sus espaldas.

La mañana del funeral fui a Nueva York a ver a Meyer Wolfsheim, ya que no había otra manera de comunicarse con él. Un ascensorista me indicó una puerta donde se leía *Swastika Holding Company*, pero no había nadie adentro. Era una salita vacía, que daba a una puerta cerrada. Grité «hola» varias veces, en vano. Entonces estalló una discusión detrás de la puerta y de inmediato apareció una judía preciosa que cerró la puerta a su espalda y me escrutó con hostiles ojos negros.

—No hay nadie —dijo—. El señor Wolfsheim se fue a Chicago.

La primera frase era obviamente falsa: alguien estaba silbando desafinadamente detrás de la puerta cerrada.

—Por favor, dígame al señor Wolfsheim que el señor Carraway quiere verlo.

—No puedo ir a decírselo a Chicago, ¿no cree?

En ese momento una voz inconfundible gritó «¡Stellaaaaa!» desde el otro lado de la puerta.

—Deje su nombre ahí anotado —dijo ella, apurada—. Se lo daré al señor Wolfsheim cuando vuelva.

—El señor Wolfsheim está ahí —dije.

Ella dio un paso adelante y apoyó indignada las manos en las caderas.

—Ustedes los jóvenes se creen que pueden entrar por la fuerza a cualquier parte en cualquier momento, ¿no? Pues algunas de nosotras nos estamos hartando ya de eso. Cuando digo que está en Chicago, es porque está en *Chicago*.

Yo mencioné el nombre de Gatsby.

—¡Oh! —Su mirada cambió por completo. —Por supuesto. ¿Cómo me dijo que era su apellido?

Y se esfumó. Un instante después se abrió la puerta y Meyer Wolfsheim me tendió solemnemente las manos y me condujo a su oficina, mientras me decía con igual solemnidad que era un momento de dolor para todos, y me ofrecía un cigarro.

—Mi memoria vuelve y vuelve al momento en que lo conocí, recién salido del ejército, con el pecho cubierto de medallas de guerra. Seguía usando el uniforme porque no tenía otra ropa. La primera vez que lo vi fue en los billares Winebrenner de la Calle 43. Entró a pedir trabajo. No había comido nada en dos días. «Siéntese a almorzar conmigo», le dije. Devoró más de cuatro dólares de comida en media hora.

—¿Usted lo inició en los negocios? —pregunté.

—¿Iniciarlo? Yo *lo parí*.

Pensé que la vida de Gatsby parecía hecha de la misma sustancia que su muerte.

—Lo alcé de la nada, lo rescaté de la alcantarilla. Vi enseguida que era un joven especial, buena presencia, buenos modales, buena cabeza, en cuanto me dijo que estuvo en Okfor supe que

me iba a servir. Lo hice entrar en la Legión Americana. Después hizo un trabajito para un cliente mío de Albany. A partir de entonces el mérito fue sólo suyo. Pero éramos carne y uña. Así —alzó dos dedos unidos.

Me pregunté si esa asociación había incluido el arreglo de la Serie Mundial de 1919. Me lo seguí preguntando hasta el invierno pasado, cuando Wolfsheim fue a juicio, acusado de diez cargos distintos, que iban de simple soborno a fraude con bonos robados. No pudieron probarle nada.

—Pero ahora él está muerto y usted era su más íntimo amigo —dije—. Por eso estoy aquí. Pensé que debía avisarle que el funeral es esta tarde.

—Me gustaría ir.

—Venga, entonces.

Los pelos que salían de su nariz vibraron levemente mientras se le llenaban los ojos de lágrimas y meneaba la cabeza.

—No puedo. No puedo enredarme en eso —dijo.

—No hay nada en qué enredarse.

—Cuando un hombre es asesinado no me gusta enredarme en eso de ninguna manera. Me mantengo lejos. Cuando era joven, era diferente: si un amigo mío moría, no me separaba de él hasta el final. Puede que suene sentimental, pero era así.

Entendí que tenía completamente decidido no ir al funeral, así que me levanté.

—¿Usted es universitario? —me preguntó Wolfsheim.

Por un momento pensé que iba a ofrecermé una de sus «conexiones financieras», pero era sólo curiosidad de su parte. Aprobó con la cabeza y me tendió la mano.

—Aprendamos a mostrar nuestra amistad a un hombre cuando está vivo, no después de muerto —dijo—. Fuera de eso, mi única regla es: cada uno por las suyas.

Cuando salí de su oficina, el cielo estaba negro; llegué a West Egg bajo la lluvia. Después de cambiarme de ropa y esperar que amainara, me dirigí a la casa de Gatsby. Encontré al señor Gatz completamente orgulloso de las posesiones de su hijo. Tenía algo para mostrarme.

—Jimmy me mandó esto —dijo y con dedos temblorosos sacó de su billetera una fotografía de la casa con los bordes arrugados y sucios, como si hubiera pasado por muchas manos. Me señalaba cada detalle con admiración, y buscaba confirmación en mis ojos. La había mostrado tantas veces que me parece que ya le parecía más real que la casa misma.

—Jimmy me la mandó. Es una foto muy bonita. Le hace honor a la casa.

—Así es —dije yo—. ¿Se habían visto últimamente con Jimmy?

—Vino a verme hace tres años y me compró la casa donde vivo ahora. No tenía una moneda cuando escapó de casa, pero ahora entiendo por qué escapó. Sabía que tenía un gran futuro por delante. Desde que alcanzó el éxito fue muy generoso conmigo.

Pareció dudar antes de guardar la foto. La contempló otro minuto, incluyéndome en la contemplación, luego la devolvió a la billetera y sacó del bolsillo de atrás de su pantalón un libro para niños en cuya tapa se leía *Hopalong Cassidy* sobre la figura de un cowboy a caballo.

—Este es un libro de cuando era chico. Mire qué clase de chico era.

Lo abrió por el final. En las páginas en blanco estaba escrita con letra infantil la palabra *HORARIOS*, la fecha 12 de septiembre de 1905, y debajo:

Levantarse de la cama 6.00 AM
Ejercicios con pesas..... 6.15 - 6.30
Estudiar electricidad, etc..... 7.15 - 8.15

<i>Trabajar.....</i>	<i>8.30 - 16.30</i>
<i>Béisbol y deportes.....</i>	<i>16.30 - 17.30</i>
<i>Practicar dicción y postura.....</i>	<i>18.00 - 18.45</i>
<i>Pensar inventos necesarios.....</i>	<i>19.00 - 21.00</i>

RESOLUCIONES GENERALES:

~~No perder tiempo en Shafsters~~

No fumar ni mascar chicle

Bañarse día por medio

Leer un libro o revista instructivo por semana

Ahorrar ~~5~~ \$3 por semana

Tratar mejor a mis padres

—Me lo encontré hace poco, acomodando cosas —dijo el viejo—. Muestra qué clase de chico era, ¿verdad?

—Verdad.

—Jimmy estaba decidido a salir adelante. Siempre andaba con alguna lista de propósitos como esta. ¿Entiende cómo se preocupaba por alimentar la mente? Siempre fue bueno para eso. Una vez se burló de mí: dijo que comía como un cerdo, y yo le pegué.

Volvió a dudar antes de cerrar el libro, leyó toda la lista en voz alta, mirándome con ansiedad, como si esperase que me pusiera a copiarla para mi propio uso.

Minutos antes de las tres llegó el sacerdote desde Flushing, y me asomé disimuladamente por la ventana a ver si aparecían más coches. El señor Gatz hacía lo mismo. A medida que pasaban los minutos y los sirvientes entraban y se quedaban de pie esperando en el vestíbulo, los ojos del señor Gatz empezaron a parpadear con preocupación, y me preguntó si creía que volvería a llover. El sacerdote echó varios vistazos a su reloj, así que me lo llevé aparte y le pedí si podía esperar media hora más. Fue inútil. No vino nadie.

A las cinco nuestro cortejo de tres coches llegó al cementerio y nos bajamos bajo una fuerte llovizna: el primero, horriblemente negro, era la carroza fúnebre con el cajón; el señor Gatz, el sacerdote y yo veníamos en la limusina, y cuatro o cinco sirvientes junto al cartero de West Egg venían en la camioneta de Gatsby. Todos estábamos mojados hasta los huesos.

El hombre de la funeraria, cubierto con una capa impermeable, hizo una señal a sus asistentes y ellos cargaron el cajón. Mientras nos poníamos en marcha oí frenar un coche y luego pasos chapoteando en los charcos. Me volví para mirar. Era el hombre de ojos de lechuza que habíamos encontrado con Jordan en la biblioteca de Gatsby, aquella noche tres meses atrás. No había vuelto a verlo desde entonces. No sé cómo se enteró del funeral; no sé siquiera cómo se llamaba. Tenía los anteojos cubiertos de gotas de lluvia. Se los sacó y los limpió para participar como correspondía de la ceremonia.

Traté de pensar un momento en Gatsby, pero ya lo sentía demasiado lejos. Sólo pude pensar con sorda ira que Daisy no había enviado ni una línea ni una flor. Oí que alguien murmuraba: «Benditos sean los muertos sobre los que cae la lluvia». El hombre de ojos de lechuza dijo: «Amén».

Eso fue todo. Nos dispersamos rápido, corrimos hacia los autos bajo la lluvia. El hombre de

ojos de lechuza me detuvo antes de que alcanzara a subir.

—No pude llegar a la casa —se excusó.

—Nadie pudo.

—No puedo creerlo. ¿Nadie? —se sorprendió—. ¿Recuerda cómo llegaban de a manadas? Se sacó los anteojos y volvió a limpiarlos, por fuera y por dentro.

—Pobre infeliz —murmuró, y se alejó bajo la lluvia.

Uno de mis más vividos recuerdos es el de regresar del colegio (y de la universidad después) a casa en las vacaciones de Navidad. Los compañeros que vivían en Chicago se juntaban para despedir a los que vivían en otras ciudades más al Oeste. La cita era en la vieja y macabra Union Station, a las seis de la tarde. Recuerdo los tapados de piel de las chicas que volvían de sus clases en el instituto de la Señorita Tal o la Señorita Cual, recuerdo el aliento helado que salía de sus bocas, y las manos en alto despidiéndonos, y el encuentro con los viejos amigos o conocidos, y las comparaciones: «¿Te invitaron los Ordway? ¿Vas a lo de Hersey? ¿Te quedarás en casa de los Schultze?», y aquellos boletos verdes rectangulares que sosteníamos en nuestras manos enguantadas, y los vagones color amarillo oscuro de la línea Chicago-Milwaukee-Saint Paul en los andenes, listos para partir, como regalos de Navidad.

Cuando el tren se internaba en la noche invernal y la verdadera nieve, nuestra nieve, empezaba a destellar contra las ventanillas, y las luces mortecinas de las estaciones cada vez más remotas iban pasando delante de nuestros ojos, cuando por fin bajábamos en nuestro destino, el aire se hacía más penetrante, más salvaje. Y nosotros lo aspirábamos hasta lo más hondo mientras caminábamos por las frías calles y los helados vestíbulos, inexpresablemente conscientes de nuestro vínculo con esa región del país. Nunca duraba más que unos extraños minutos, antes de que nos fundiéramos indistinguiblemente en el paisaje de nuevo.

Ése es mi Medio Oeste: no el trigo, ni las llanuras, ni los pioneros suecos, sino los emocionantes trenes de regreso del colegio y la universidad, los faroles de las calles y los cascabeles de los trineos en la glacial oscuridad y las coronas de acebo entrevistas por las ventanas iluminadas y la sombra de las cosas sobre la nieve. De eso soy parte y materia, con mi solemne afecto por los largos inviernos, mi complacencia por haber sido criado en la casa Carraway, en una ciudad donde las casas siguen llevando el apellido de la familia que las construyó. Y, ahora que lo pienso, me doy cuenta de que ésta es una historia del Medio Oeste: Tom, Gatsby, Daisy, Jordan y yo, todos éramos del Medio Oeste, todos teníamos una deficiencia en común, que nos hacía inadaptables a la vida del Este.

Incluso cuando el Este me seducía como ninguna otra cosa, incluso cuando me resultaba evidente su superioridad respecto de las aburridas, chatas, flácidas ciudades de provincia al otro lado del Mississippi, con sus despiadadas Inquisiciones que sólo eximían a los muy niños y a los muy viejos, incluso entonces me parecía que el Este era dañino. West Egg, en especial, alimenta todavía mis pesadillas. Es como una escena nocturna de El Greco: un centenar de casas, convencionales y grotescas a la vez, bajo un cielo tormentoso y una luna sin lustre. En primer plano, cuatro hombres solemnemente vestidos de etiqueta caminan cargando una camilla donde yace una mujer borracha en un vestido de noche blanco. Una de sus manos cuelga al costado de la camilla, sus joyas destellan fríamente. Los hombres se plantan gravemente frente a una casa, pero es la casa equivocada. Nadie sabe el nombre de la mujer, a nadie le importa.

Después de la muerte de Gatsby, el Este me pareció embrujado, lo que veían mis ojos distorsionaba más allá de toda posibilidad correctiva. Así que cuando el humo azul de las fogatas de hojas caídas comenzó a impregnar el aire y el viento frío empezó a dejar tesa la ropa tendida a secar, decidí volver a casa.

Sólo me quedaba algo por hacer antes de irme, algo delicado e incómodo que quizá debió quedar trunco. Pero quería dejar las cosas en orden, en lugar de resignarme a que el mar de la indiferencia se llevara ola a ola mis residuos. Me cité con Jordan, le hablé largo y tendido de lo que nos había pasado a los dos, y de lo que me había pasado a mí después, y ella escuchó, inmóvil y silenciosa en su silla.

Estaba vestida de golfista, parecía la ilustración de una buena publicidad, el mentón ausentemente en alto, el pelo del color de las hojas de otoño, la piel de sus mejillas del mismo tono que el guante de golf apoyado sobre su rodilla. Cuando terminé, me informó sin más comentarios que se había comprometido con otro. No le creí, aunque sabía de varios con los cuales podría haberse casado con un mero movimiento de su altiva cabeza. Igual fingí sorpresa. Y por un breve instante me pregunté si no estaba cometiendo un error. Pero volví a pensarlo todo rápido y me puse de pie para despedirme.

—Que quede claro: *tú* me plantaste —dijo Jordan—. Me plantaste por teléfono. Ahora me da igual, pero fue toda una experiencia en ese momento. Por un tiempo quedé atontada.

Mientras me tendía la mano agregó:

—¿Recuerdas aquella conversación que tuvimos sobre cómo conducir un coche?

—No del todo.

—Yo dije que un mal conductor está a salvo porque los buenos conductores se mantienen fuera de su camino. Y tú dijiste que sólo está a salvo hasta que se cruza con otro mal conductor.

Por un instante creí que estaba hablando del accidente de Daisy, pero me equivocaba.

—Eso fue lo que me pasó —dijo Jordan—: me crucé con otro mal conductor. Reconozco que fue una negligencia de mi parte cometer semejante desatino. Pensé que eras más honesto, sin dobleces. Pensé que incluso te enorgullecías secretamente de eso.

—Ya cumplí los treinta. Estoy cinco años pasado, para andar mintiéndome a mí mismo y llamarlo honor.

Ella no contestó. Enojado, medio enamorado y profundamente abatido, di media vuelta y me fui.

Una tarde de fines de octubre me crucé a Tom Buchanan. Venía caminando por la Quinta Avenida, a su manera: alerta, enérgico, prepotente, los brazos un poco separados del cuerpo para evitar toda interferencia en su camino, el macizo cuello girando hacia un lado y otro, siguiendo los caprichos de sus ojos sin sosiego. Justo cuando yo aminoraba el paso para evitar cruzármelo, él se detuvo frente a la vidriera de una joyería. De repente se aburrió de lo que había llamado su atención y me vio, y se acercó tendiéndome la mano. Yo la ignoré.

—¿Qué pasa, Nick? ¿No vas a saludarme?

—Ya sabes lo que pienso de ti.

—Estás loco, Nick. Loco de remate. No entiendo cuál es tu problema.

—Dime, Tom, ¿qué le dijiste a Wilson cuando fue a verte, después del accidente?

Él me miró fijo sin decir una palabra, y supe que había adivinado el misterio de esas horas en blanco del pobre Wilson, antes de que apareciera en West Egg. Di un paso al costado para seguir mi camino, pero él me agarró del brazo y dijo:

—Sí, yo le conté. Se presentó en casa cuando estábamos arriba preparando el equipaje. Mandé decir que no estábamos, pero trató de entrar por la fuerza. Estaba tan fuera de sí que creo que me hubiera matado ahí mismo si no le decía quién era el dueño del coche. Tenía la mano en el bolsillo, y en el bolsillo una pistola apuntándome todo el tiempo. —Luego de una pausa, acercó desafiante su cara a la mía: —¿Y qué si le conté? Tu amiguito se lo tenía merecido. Supo encandilarte con su polvo de estrellas, igual que a Daisy, pero no era más que un matón. Le pasó el coche por encima a Myrtle como se le pasa por encima a un perro. Ni siquiera frenó después.

No había nada que pudiera decirle, salvo el pequeño y trascendental detalle de que nada de lo que decía era cierto.

—Y si te crees que no tuve mi cuota de sufrimiento, déjame decirte que cuando fui a vaciar aquel departamento y vi la maldita caja de galletas para perros en el aparador, me senté y lloré como un crío. Como un crío, ¿entiendes?

No podía perdonarlo, y no había nada en él que me agradara, pero entendí que lo que había hecho estaba plenamente justificado a sus ojos. Así eran las cosas en su impune mundo. Eran criaturas impunes, Tom y Daisy: destrozaban cosas y gente y luego se refugiaban en su dinero o en su vasta negligencia, o lo que fuera que los mantenía unidos, y que otra gente se encargara de arreglar los desastres que dejaban a su paso.

Le di la mano; me pareció estúpido no dársela, porque de repente sentí que estaba hablando con un niño. Luego lo vi entrar en la joyería, a comprar un collar de perlas o quizá sólo un par de gemelos, liberado para siempre de mis escrúpulos provincianos.

La casa de Gatsby seguía vacía cuando me fui: el pasto estaba tan crecido como en mi jardín. Uno de los taxistas del pueblo aparecía cada tanto por la entrada con algún curioso; frenaban un minuto y el conductor se volvía hacia el asiento trasero y daba su versión de los hechos. Quizás era el mismo que llevó a Daisy y Gatsby de West Egg a East Egg la noche del accidente; quizás era eso lo que contaba a sus pasajeros. No me importaba saberlo y evitaba siempre su taxi cuando me bajaba del tren en el pueblo.

Los viernes y sábados a la noche los pasaba en Nueva York porque el recuerdo de aquellas fiestas deslumbrantes era tan vívido, que podía oír aún la música y las risas, y las botellas descorchadas, y los coches que llegaban. Una noche oí un motor acercándose, y vi que un vehículo se había detenido en la entrada de lo de Gatsby, pero ni me asomé. Seguramente se trataba de un último invitado que había estado en los confines de la tierra y no sabía que la fiesta había terminado.

La última noche, luego de cerrar mi equipaje y vender mi viejo Dodge a un tendero del pueblo, fui a despedirme de aquel inmenso e incoherente caserón. En la blanca escalinata de la entrada vi una palabra obscena, garabateada por alguien con un pedazo de ladrillo; se destacaba impudicamente a la luz de la luna. Raspé el piso con la suela de mi zapato hasta que la borré. Luego bajé a la playa y me senté en la arena.

La mayoría de las mansiones que daban al Sound ya estaban cerradas. Las únicas luces que se veían eran las del ferry que cruzaba la bahía. A medida que la luna se elevaba, las casas se fueron fundiendo hasta desaparecer en el paisaje, y poco a poco fui capaz de ver ante mis ojos esa vieja isla que alguna vez atrajo a los marinos holandeses con su verde promesa de un nuevo mundo. Todos esos árboles, ahora talados para dar paso a mansiones como la de Gatsby, habían alguna vez apañado el más épico de todos los sueños humanos. Hubo alguna vez un instante encantado en que el ser humano contuvo el aliento ante la presencia de este continente, compelido a contemplar

una belleza que no entendía ni deseaba, cara a cara por última vez en la Historia con una inmensidad acorde a su capacidad de asombro y exaltación.

Mientras estaba allí añorando ese mundo extinguido, pensé en la exaltación de Gatsby cuando vio por primera vez la luz verde en el extremo del muelle de Daisy. Había recorrido un camino tan largo hasta ese jardín azul, su sueño parecía por fin tan cerca de su mano, que creyó que no podía fracasar en el intento. No sabía que ya estaba fuera de su alcance, en algún confín de esa vasta tiniebla más allá de las ciudades, donde las oscuras praderas de la república se extienden como un manto interminable bajo el cielo nocturno.

Gatsby creía en la luz verde, en el orgiástico futuro que año a año se retrae y se aleja de nosotros. No alcanzamos a atraparlo hoy, pero no importa: mañana correremos más rápido, mañana estiraremos más lejos los brazos, y llegará el día...

Así vivimos, como botes remando contra la corriente, arrastrados sin cesar hacia el pasado.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!

